



Algunos miembros del colectivo VOCES durante la presentación en Málaga del número 7 de nuestra revista

Colaboran con la Revista

VOCES
CUADERNOS DE LITERATURA



*Regalos
Bisutería
Plata*

Baja del Mar, 14
18690 ALMUÑÉCAR (Granada)
Telf.: 958 63 11 91 - Móvil: 600 065 543



La Italiana

Heladería - Cafetería

Pastelería

Lugar de encuentro y tertulia

*C/. Hurtado de Mendoza, 5, bajo
Almuñécar*

Telf.: 958 88 23 12

El colectivo de escritores de este número de *Voces*, está en condiciones de afirmar que, en pos de una *cultura libre y universal*, cualquier parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transferida de cualquier forma o medio, ya sea electrónico, por linotipia, repujado, pirograbación, taracea, miga de pan, microfilmación, valla publicitaria, grafiti, fotocopia o serigrafía e incluso manuscrito... con la complicidad previa del editor o sus autores.

SUMARIO

POESÍA	PAG
Juan Bruca	4-8
Manuel Sánchez Mariscal	5
Mariló Rodríguez Díaz	6-7
Juan Manuel Alaminos	7
Vanesa Vallejo	8
Juan Bruca	9
Alicia Gaona	9
Jean Defrancisco	10
Dolores Valero	10
Luís A Maldonado	11
Elmys García Rodríguez	11
Mari Carmen Martínez	12
Cuba Pareggi	13-14
Juan Diego	14-15
Alejandro García Boyano	16
Joaquín López Martín	17
Marisa Sendón	18
Pamela Pérez Bernal	19
Rosa de Nácar	20
Marina Tapia Pérez	20
Ricardo Sanz	21
José Vasanta	22
F A. Vidal -Nekovidal	23
María Tremiño	24
Franjamares	25
Begoña Ramírez	26
Juan José Vélez Otoro	27
José Barbero	28
Fernando Ávila	28
TEATRO	
Miguel Ávila Cabezas	29-30-31
NARRATIVA	
F A. Vidal -Nekovidal	32-42
Begoña Ramírez	33-44
Pilar Redondo	34
Lola Carmona	35-36
Alejandro García Boyano	37-38
Joaquín López Martín	39-40
Vicky Fernández	41
Vanesa Vallejo	42
Juan López	42
Ricardo Sanz	43-44
Begoña Ramírez	44
Jenny	45
Pilar Barrenechea	46-47
Helena Cosano	47-48
María Bueno	49
Alicia Gaona	50
Juan Bruca	45-52
Mari Carmen Martínez	53
José Vasanta	54-55
Víctor Manuel Ramos	55
Franjamares	56-57
Miguel Ángel Jiménez	57-58



Ilustración de portada:
 “Amapola”, técnica mixta: Katherina Andreck Domínguez

Edita: Asoc. Cultural VOCES, *Cuadernos de Literatura*, Avenida Príncipe de Asturias, nº 20, 5º A, Almuñécar, 18690 (Granada). **Contactos:** Tels: 958 63 50 09 (F. Javier Martín-Franjamares); 958 63 56 53 (Juan Bruca); e-mail: franjamares@hotmail.com; **Tertulias:** sábados, 18 h. *Casa de la Cultura*, 2.º planta, Almuñécar. Viernes 20 horas, *Centro Usos Múltiples*, C/ Carabeo, Nerja. **Colabora:** Concejalía de Cultura, Ayuntamiento de Almuñécar. **Depósito Legal:** Gr. 2009-2004. ISSN: 1887-7303. **Imprime:** Imprenta Comercial, Motril (Granada) **Diseño y Maquetación:** Revista VOCES y Manuel Castillo, *Gráficas Contreras*, Almuñécar



EDITORIAL

La crisis se combate con poesía

La crisis se **minimiza** (y se supera) con imaginación y sentido común; con pensamientos de abundancia: abundancia de palabras, de ideas de justicia y tolerancia, de sueños pequeños y grandes, de versos e historias contadas y recitadas desde el corazón mismo del poeta; y, por supuesto, dejando de pensar que la codicia es buena y cambiando nuestro sistema de valores.

La crisis se combate con poesía. El colapso irreversible de la banca de inversiones, la caída en picado en los tableros del negocio especulativo fiduciario, ha puesto al descubierto, en su indigna realidad, lo que no es sino la institucionalización perfecta de la usura, la gran banca, el poder económico, el más fáctico de todos los poderes de control sobre el hombre, y que nos ha dejado en la evidencia, en un segundo plano, a toda la miríada de políticos del tándem bipartidista establecido, que han aprobado planes de rescate para un inmenso buque a pique, cargado hasta los filos de dinero virtual, activos tóxicos y otros derivados sin valor real o físico. El poeta ve el mundo desde otro prisma y tal por ello las más envanecidas realidades le pasan a veces de largo, pero las injusticias más envenenadas acaban desveladas instintivamente ante la mirada de sus ojos o su alma.

El dinero es energía benéfica si se usa para crear. Ese es nuestro único gran valor: el valor de la justicia por encima de la caridad, de las artes por las artes, del espíritu universal del hombre por el hombre; de la propiedad compartida de las ideas que no tienen dueño pues flotan en el éter y de las obras que tampoco tienen dueño porque quien se acerca a ellas, quien las lee o las admira, termina de inmediato poseyéndolas.

La revista Voces ha hecho su propio plan de salvataje ante la crisis. Sale a la calle el número 9, gracias a la aportación económica de sus autores. Una treintena de voces que han puesto su energía y obra para que esta publicación siga viendo la luz y respirando, continúen sus aguas frescas rodando en la corriente de la creatividad... Para que usted, amigo lector (nuestro propósito último), pueda beber de ellas, e incluso repetir.

En vano Homenaje a Juan Bruca

En vano, ¡oh león viejo!,
te agarras a la vida
con las uñas cortadas
ya herido de muerte
con la flecha clavada
hasta el corazón
del que sale a goteo,
todavía caliente
del amor pretérito,
la sangre palidecida
que tan roja corría.

(en reconocimiento por su trabajo y desvelo con la Revista Voces desde su inicio, a pesar de su última forzada ausencia).

No ruges, ¡oh león viejo!,
Ya no temen oírte,
ya a lo suyo van
las hembras y los hijos
y demás cortesanos
que ansían tus despojos,
las hienas y los chacales,
aquellos que temían
hasta de tu bostezo.

En el sol otoñal
que apenas calienta
tus carnes y tus huesos,
pero siempre anima
tu gesto por vivir,
cerrados los párpados
sobre sueños huidizos
de poseer el mundo,
gacelas y panteras
ahora te rodean
sin temer tu zarpazo.

Y en lontananza,
cortando el desierto
al sol crepuscular,
blandiendo su saeta,
la sombra se alarga
del cazador furtivo,
que antes te huía.

Pues,
firme cierra los ojos,
no deja las lágrimas
aguar el vino nuevo
del año dos mil ocho.

J. B. octubre 2008

Equipo redactor:

Juan Bruca, Alejandro García Boyano, Pilar Redondo, Joaquín López Martín, José Guerrero Ruiz, Mariló Rodríguez, Mari Carmen Martínez, Marisa Sendón, Juan Diego, Begoña Ramírez y Francisco Javier Martín Franco.

Manuel Sánchez Mariscal

Vendaval

Eres un vendaval de luz
 inundando de ternura todo mi mundo
 mágico de sueños,
 lejana esperanza que enmudece
 hasta el silencio, que me muerde la sangre
 con el frío misterio de la copla, que me hace delirar
 por las arenas ardientes de tus pechos,
 cuando paseas sonámbula con tanta juventud
 preñada de nostalgias, manantial de lágrimas
 con que regar de golpe tanta soledad,
 tanta ausencia perdida en los recuerdos.

Y de pronto tu presencia
 por el intenso azul de tu ventana, fuego
 para esta sangre envenenada por tus ojos,
 batalla que pierdo y gano cada noche, lujuria
 para ese veneno caliente y andariego
 de tus años de niña perdida y soñadora,
 trepando por esa enredadera endemoniada
 donde las emociones marchitan hasta el llanto.

Déjame ese relámpago de luz
 despertando mi sangre, cuando tus pasos breves
 iluminan toda la oscuridad de mi sonrisa,
 haciéndome temblar a orillas de tu vientre,
 en ese mar ardiente de locuras y placeres...

Retorno

Eres una estrella de esperanza
 para alumbrar mi mundo
 de hombre apagado y solitario,
 jardín abierto a la belleza
 como grito de amor que siempre emana
 por el torrente caliente de tu cuerpo.

Pero son tus ojos -ribera del amor que tanto ansío-
 alumbrando una lluvia de ternura
 para este otoño gris que hoy se columpia
 en el lago azul de los recuerdos.

Descalzo voy hacia un mañana
 donde borrar de golpe tanta ausencia,
 sintiendo tu juventud y tu hermosura
 mordiéndome la sangre cada noche...

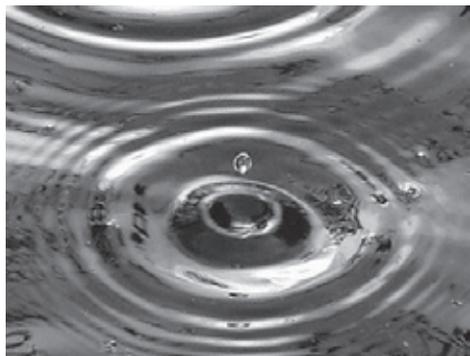


Siempre andabas perdida por bosques solitarios
 helándome la sangre,
 allí donde la palabra se hace eterna
 oscuridad, llanto abierto a una libertad mal entendida,
 sumergiéndome en ese mundo de luz y de locura
 que me escuece sediento por la sangre,
 mordiéndome la lengua y las palabras turbias
 para sentirme siempre bebiendo en tu belleza
 por los oscuros cristales de tu pena,
 marea negra que enturbia los recuerdos
 que se me van clavando despacio en las entrañas.

Y tengo que sentir como el fuego se apaga en tu mirada
 gritándole a la noche, cuando tu sonrisa más abierta
 descansa en la ribera de mis ojos,
 perdiéndote desnuda
 por el río caliente de mis sueños.

Y tiemblo como un niño al acercarme
 A tus playas salvajes,
 allí donde las olas mas endemoniadas
 se deslizan por el ardiente fuego de tu cuerpo,
 jardín de un mundo que nunca supo
 de secretos amargos, de silencios
 arañados al olvido, como truenos sin luz
 quemándole a la lluvia sus alas de nostalgia.

Quién pudiera dormir y despertar de golpe
 en uno de tus sueños más queridos,
 dejando que una sonrisa
 golpee con furia los sollozos más íntimos,
 esperanza de un mundo donde la ternura
 sea bandera ondeando por tu cuerpo...



Lluvia

Gotas de lluvia
que se dirigen
sin remedio
hacia el suelo,
que se estrellan
y se expanden
sobre superficies
deslizantes.
plasticidad
de formas.
Pequeñas lágrimas
que resbalan
sobre rostros
cristalinos.
Ojos de miradas
empañadas
visiones refrescantes
sonidos tintineantes
acompañados por
músicas celestiales.

Quiero ser...

Quiero ser sonrisa sobre tu almohada
bella mañana en tus despertares
sombra de tu esbelta silueta
un beso de buenas noches.

Quiero ser tu canción a media tarde
suaves notas que flotan en el aire
una canción de cuna para un bebé
que lo sosiega.

Quiero ser capitán de tu barco
y conducirte hacia lugares
que nunca antes viste
mares que no surcaste.

Mariló Rodríguez Díaz

Siento frío...

Siento frío cuando te veo lejos,
cuando te llamo
y me responde la soledad.

Siento frío cuando tus manos
ya no tocan mis manos.
Cuando tus labios
ya no rozan mis labios.
Cuando tu cuerpo
ya no habla con mi cuerpo.

Siento frío cuando llega
La mañana y estás ausente.
Cuando el silencio
lo inunda todo.
Cuando el amor se desvanece,
cuando no hay cabida
para los sentimientos.

Siento frío cuando
no llenas el día,
cuando me siento sola
cuando el teléfono
deja de sonar
y no hay ningún mensaje
en el contestador.

Siento frío en este vacío,
vacío de tu presencia
vacío de tu querer, vacío.

Quiero ser amapola de tus campos
suave marea en el atardecer
blanca espuma que rompe en la roca
y vuelve a renacer en otra nueva ola.

Quiero ser luna llena en tus noches
que te alumbra dulcemente
rayo de luz sobre tu ventana
el infinito de tus orbitas celestes.

Quiero ser el olor de tus días
las esencias de tus semanas
el perfume de tu vida.

Llueve sobre mi alcoba

Llueve sobre mi alcoba
cuando me miras con
ojos cerrados.
Siempre que no amanece
entre la penumbra del día.

Llueve sobre mi alcoba
cuando no recuerdo
tus caricias y te
disculpas por tu partida.

Llueve sobre mi alcoba
cuando niegas mi querer
y no eres capaz de
llamar a la realidad
por su nombre.

Llueve sobre mi alcoba
cuando tus manos ya
son transparentes
cuando dibujas siluetas
en la noche.
Cuando ya ni existe
tu presencia.
Llueve sobre mi alcoba.



Pilar Millán

Mariló R. Díaz

En una tarde de sol...

En una tarde de sol recordaba el sonido de tu voz.
 Grave e intensa.
 Me preguntabas si era capaz de escucharla y yo te respondí que tan clara como el agua.
 Un pequeño hilo de humo recorría la estancia.
 Olores a sándalo y a flores.
 Te miro y veo que esbozas una triste sonrisa, tus ojos hablan y me dicen que en el fondo estás melancólico.
 Recordando viejos momentos.
 El suave oleaje, la espuma blanca que llega a la orilla de tus pensamientos la brisa marina que te acaricia el rostro.
 Paseos a la luz de la luna que como un farol ilumina tu vida y la hace más dulce.



Juan Manuel Alaminos

Recolectores de amistad

A mis pies, aire.
 No hay sentido, miro alrededor.
 Vacío, solo en mi cuarto día y noche.
 Desastre, desamor, olvidarte es sólo una ilusión.
 Escribo sordas, secretas palabras para ti.

¿Dónde estás vida?
 ¿Dónde mi famélico error?
 Cierra los ojos, deja simulacros absurdos, miradas tensas... De esa tela se hace nuestro amor.
 ¿Qué pasa dentro? ¿Dime por qué tantas preguntas?

Quisiera subir lejos y allí esperar despierto un nuevo amanecer.
 No esperar milagros, nada que temer, sé que al final volverá a ser igual.
 Somos recolectores de amistad buscando raíces de profundidad.

A mis pies tú.
 ¡Ojalá estuvieras aquí!
 Espero tenso tu bondad libertadora,
 Perdido, preso... Dame tu gracia divina donde tú sabes; ayúdame a dar el paso.

Quisiera subir lejos y allí esperar despierto un nuevo amanecer.
 No esperar milagros, nada que temer. Sé que al final volverá a ser igual.
 Somos recolectores de amistad buscando raíces de profundidad.



Vanesa Vallejo Rodríguez

El corazón del poeta

A veces,
cuando el poeta escribe,
libera sapos y culebras
sin querer.

A veces,
destila su sangre,
desprendiendo la esencia del mal
que habita en su interior.

A veces,
esparce su semilla
en hojas de papel,

y a veces,
las musas lo abandonan
y pierde la confianza en él.



Egon Schieller

Desaliento

Me invaden los recuerdos;
yo sentada en tus rodillas
con el mundo en nuestras manos
y el placer creciendo en mi interior.

Y hundida en tu sofá me encuentro
con tus manos rodeando mis senos,
y una fiebre que nace
en forma de sudor.

El calor que mana de mi cuerpo
quema tus yemas
provocando un placentero dolor.

Efluvios de todos colores
manan de todas partes;
abriéndote camino a mi interior.

¡Anhelos! ¡Anhelos!
Que no pueden cumplirse,
que ya no se cumplieron.

¡Anhelos! ¡Anhelos!
Que no pueden cumplirse
y llega el desaliento.

Ausente mirada

Hoy he visto un ojo inverso,
que miraba al horizonte,
esperando ver las alas
que le cortaron un día.

Poco a poco las fue viendo,
se iban materializando.
A veces se difuminaban
y después se iban pintando.

Hoy he visto un ojo inverso,
que miraba hipnotizado,
los hechos que le ocurrían
cuando daba cada paso.

La vida le sonreía,
tendría que aprovecharlo.
Su camino se forjaba
lejos de su antigua patria.

Un olor vestía el aire
de fragancias de alegría
y las bocas le auguraban
que en Murcia se quedaría

Doble mortal

Rompimos las barreras
que gobiernan nuestra vida.
Si alguna vez lo hacía
no pensé que fuera contigo.

Terminamos asidos
piel con piel,
y al amanecer,
ninguna recompensa.

Dos cuerpos extraños
uno junto a otro,
abrigando la soledad
con un manto de ternura.

Terminamos asidos
piel con piel,
y al amanecer,
ninguna recompensa.

Salvo una noche mágica.
De ternura infinita,
en la que solo el contacto
nos satisfacía.

No hizo falta más
que la compañía,
aunque sólo eso
no se pretendía.

Pero esa ternura
fue muy especial.
La invadió el respeto,
el amor y la amistad.

La invadió el respeto
y nos hizo olvidar.

Juan Bruca

Hoy

Una cruz en el calendario
o una vela en el recuerdo
un descanso en la escalera
que de subidas en bajadas
te encamina a tu destino.

Un puentecillo sobre el río
que a la mar te va llevando,
un hito *sub-topométrico*
en el sendero sinuoso
que de paradas en correrías
de borracheras en resacas
a vía crucis se va llegando...

Un amasijo de instantes
que con presente confundimos
de entusiasmos y arrebatos,
un entramado sin salida
de sombras y luces vacilantes,
una madeja sin cabo suelto
de dudas más que de certezas...

Un ayer que mañana fue
que mañana ayer será
o víspera de un futuro
tan improbable como cierto
que te acerca al final...

Carpe diem decía el sabio
coge la flor del pensamiento
a la belleza da la rima
(y mejor aún si gongorina)
que marchitándose se va...

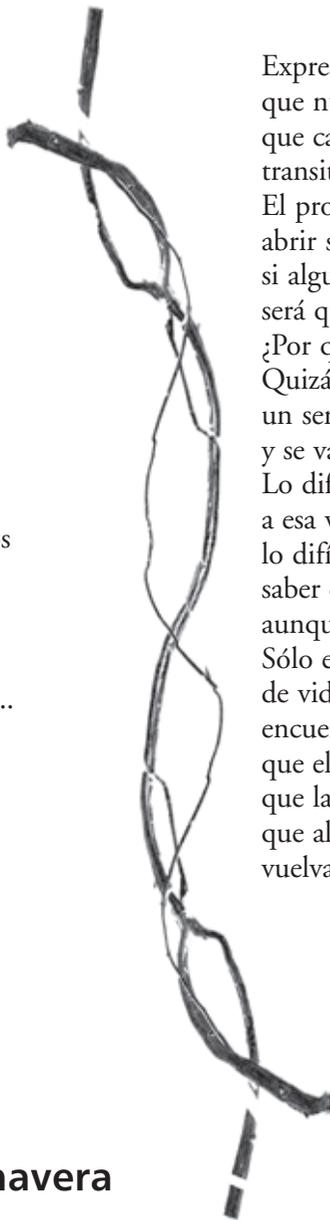
Colores de la primavera

El cielo... azul
de porcelana vieja.

Avenas rubias.
Trigales verdes.
Caminos blancos
polvorientos.

Una chica en bicicleta.
Su melena por banderita
como estela en mar abierto
(escondida la amapola
en el revuelo de su falda).

En la pradera la margarita
de amarillo corazón.



Alicia Gaona

La vida truncada

Expresar me expreso, me siento expresada,
que nunca más haya una vida truncada,
que cada persona que habite este mundo,
transite por ella hacia la llegada.
El problema creo, es hacer caminos,
abrir surcos tibios que marquen llegadas,
si algunos a ellas llegan muy temprano,
será que esta vida ya ha terminado.
¿Por qué pensar en vidas truncadas?
Quizá esa vida era un camino corto,
un sencillo lema, una lección aprendida,
y se va a sabiendas que no queda nada.
Lo difícil es, los que la rodean,
a esa vida corta, a esa vida yerma,
lo difícil es, aceptar la marcha,
saber que se ha ido, la vida truncada,
aunque al final ella, esté realizada.
Sólo en la creencia de vidas pasadas,
de vidas futuras, de vidas amadas,
encuentras consuelo de saber que es nada,
que el tiempo es nada, que la vida es nada
que la dicha es corta, que hay que aprovecharla,
que algún día tal vez, los lazos del alma,
vuelvan a unir dos vidas truncadas.



Man Ray



Oscar Domínguez

En la cuneta un pastorcito
bajo el cielo de mediodía
con sus perros y las ovejas
tirando a grises y a pardos.

Faltan el negro y el rojo...

En la distancia y el tiempo
corre la sangre en el transvase
de las ciudades a la playa
de los cuerpos a la autovía.
Su tributo pagando la gente
a la diosa velocidad,
compaginando sin trastorno
el cuervo de la funeraria
con el becerro de Osborne...

Jean Defrancisco

Amor de pajarito

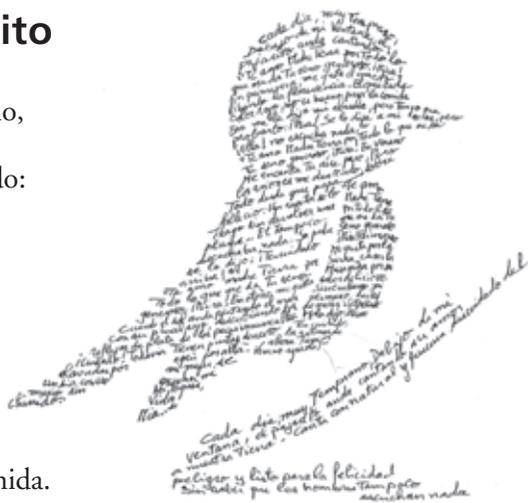
Cada día, muy temprano,
debajo de mi ventana,
el pajarito anda cantando:

«Te amo madre Tierra
por todo lo que me da
tu seno generoso.
¡Mira! En primavera,
me gusta el insecto
libando la floescencia.
El que es de color rojo
no es bueno para la comida.
Eso me lo dijo mi abuela,
pero tengo que probarlo:
¡Pua! Se lo dije a mi nena,
pero ¡ella!, no escucha nada.»

«Te amo madre Tierra
por todo lo que me da
tu seno generoso.
¡Mira! En verano,
me encanta tu aire puro,
pero los aviones me dan miedo,
sobre todo desde que papá
falleció: un reactor se lo tragó
sin devolver una pluma.
Él tampoco escuchaba nada.
Su padre se lo dijo:
¡Ten cuidado arriba!»

«Te amo madre Tierra
por todo lo que me da
tu seno generoso.
¡Mira! En otoño, me gusta
cuando el sol anda pintando
el mar con su pincel rojo,
descubriendo los reflejos de plata
de los peces innumerables... ¡Cuidado!
Todavía tienen puntas de acero
clavadas por aquí por allá.
Un día con eso mi mujer se murió
sin escuchar mi chillido:
¡No toques, mi vida!»

«Te amo madre Tierra
por todo lo que me da
tu seno generoso.
¡Mira! En invierno
me encanta, por la sierra
cazar la musaraña
por su sabor delicioso.



Sin embargo mi hermano,
antes de morir intoxicado
me lo dijo: ¡Niño, ten cuidado,
los ratones de ahora
tienen veneno agrícola...!»

Cada día, muy temprano,
debajo de mi ventana,
el pajarito anda cantando
su amor a nuestra Tierra.
Canta con naturalidad y frescura,
descuidado del peligro
y listo para la felicidad,
sin saber que los hombres
tampoco escuchan nada.

El gozo del tazón

Mi naturaleza de media esfera
me confiere una suerte incómoda,
pues los líquidos que encierro, a veces,
se vuelven sensibles y muy inestables.

Pociones amargas, chocolates, cafés,
caldos caseros, todos pueden volcarse
con desbordamientos muy intempestivos...
Así, los tratos torpes y descuidados,

no me perdonan nada. Y peor son las
inhalaciones. Las aborrezco. Mejor,
al amanecer, permanecer con calor,

Tierno y suave, en tus manos inciertas.
Sentir en tu aliento, niño, las risas,
y de tus besos húmedos, el esplendor.

Dolores Valero

Sopla el viento

Sopla el viento con tal fuerza
y su soplado es tan fuerte
que al mar pone furioso
y al viento enseña sus dientes.

Las nubes cubren el cielo
el sol que ve al mar
y al viento siente,
parece que le da miedo
y busca dónde esconderse.

Los árboles se cimbrean
como queriendo arrancarse
y los pájaros en las ramas
no se atreven a moverse.

Las playas están desiertas
el azul del mar se torna verde
las gaviotas asustadas
no saben dónde meterse.

De pronto el viento
aplaca sus fuerzas
el mar su bravura pierde
el sol saliendo de su escondite...
las nubes desaparecen.

El viento, el mar, las nubes,
la lluvia, la tierra con todos
sus elementos,
vuelven a estar tranquilos
y en calma y el sol riendo de nuevo.



Luís A. Maldonado

Blues del camionero

Con aires de peregrinos
viven haciendo distancias,
en sus corazones las distancias
van buscando sus destinos.

Gasoil llevan en sus venas...
y en su piel...
llevan asfalto.

Pueden llamarse don Pepe
o quizás el loco Juan,
si al final de la historia
todos se parecerán.

Mariposas

Yo quisiera volar
pero, no puedo.
¿Por qué será
que existe el miedo?

Mariposas que vuelan
mariposas que van
y tú allí impotente
sin poder volar...
y tú allí impotente
sin poderme amar...

Eres el ave que me lleva
en busca de una canción.
Eres mil versos en la piedra
que en la piedra quedarán.

Mariposas que vuelan
mariposas que van
y tú, impotente,
sin poder volar...
y tú allí impotente
sin poderme amar.

Eres el grito de mi noche
que me ayuda a despertar,
eres de agua entre mis manos
que no puedo detener.

Mariposas que vienen
mariposa que van
y tú allí impotente, sin poder volar
y tú allí impotente sin poderme amar.



Elmys García Rodríguez

Uno se multiplica a través de las razones

Me dijeron que en mi patio
no crecían madre selvas
que aprendí a ser independiente
a fuerza de circunstancias,
que vivo en un país habitado
por hombres que conforman mi piel.

Aquí he tenido noches de intensa vigilia,
han sido largos mis atardeceres,
me dijeron: "El horizonte es tuyo
decídetete a volar..."
y tuve miedo de emprender mi viaje,
me quedé sola
escuchando los latidos de mi sangre.
Tu recuerdo me sirve de abrigo
mis palabras alcanzaron otra dimensión;
pero el tiempo me dice que te has ido
y no sé cobijarme detrás de un adiós.

Para qué acercarnos
a lo que no tiene límites,
todo es debido a la soledad,
la locura la agonía.
Algo cae junto a mí
es mi corazón que late lejos,
duermo sobre los sueños de espanto.
Nací en un país hechizado por tambores,
tengo mis manos al rojo vivo.





Mari Carmen Martínez

La Rebelión de los Corchos

I
 Hola corcho corchito, que sobre la ola flotando estás.
 ¿Dónde vas?
 Donde me lleve la marea;
 me ha liberado del yugo del cogote vil,
 ¡y voy a vivir!

Porque cuando una botella a la playa llega,
 todos exclaman: ¡un mensaje en una botella,
 un mensaje en una botella!
 A mí me sacan de cuajo, y sin contemplaciones
 me tiran a la arena.
 Pues me he rebelado, ¡eah!

Que todo el mundo sepa que sin mí
 el mensaje de la botella,
 no hay un Dios que lo lea.

II
 A las playas de Cádiz el corcho llegó.
 A todas las bodegas de Jerez contagió.
 La revolución empezó.
 Uno a uno los tapones fueron saltando.
 En ejército organizado, de 4 en 4 fueron formando.
 (El vino se iba derramando).

Al unísono subieron hasta Montilla Moriles.
 La misma operación.
 Corchos saltando y uniéndose,
 para pasar por Valdepeñas,
 la Ribera del Duero, Cariñena,
 La Rioja y hasta El Penedés.

¡A cruzar la frontera!
 Las botellas de champán burbujeando, una locura,
 La Galia fueron inundando...

Y los borrachos del mundo entero,
 locos de contentos,
 arrimando los cartones de vino peleón
 a los ríos de vino, del vino mejor.

III
 Y los peces borrachos, hipando,
 las sirenas desafinando,
 las ballenas roncando,
 los cangrejos andando *pa lante*,
 los marineros mareaos de olor a anisaos.

¡La leche! la que puede organizar un tapón.



El Agua Que Corre

Me gustas dulce.
 Te amo extensa, profunda y salada.

Te prefiero cristalina.
 No te niego embarrada.

Te escucho en fuentes cantarinas.
 Te adivino en acequias soterradas.

Te deseo sólida, líquida o vaporizada.

Te respeto en movimiento.
 Me embelesas estancada.

Te sé en sangre, saliva,
 sudor y lágrima derramada.
 Te alabo en bolsa rota a término
 de hembra preñada.

Te venero porque sin ti,
 en setenta y dos horas, no somos nada.

Las Horas Muertas

Más vivas que nunca
 están las horas muertas.
 Porque desde hoy,
 aunque tú no lo sepas,
 desconocido, conocido,
 amigo, mis horas muertas,
 las voy a pasar contigo.

Cambiamos

Cambiamos de país.
 Cambiamos de pueblo.

Cambiamos de hábitos.
 Cambiamos de aspecto.

Cambiamos sin moneda de cambio.
 Cambiamos quedándonos la chaqueta.

Cambiamos por fuera.
 Cambiamos por dentro.

Cambiamos para volver a ser auténticos.



Cuba

Contradicción

Mantengo una guerra
de nunca acabar.
Renuevo soldados
de vez en cuando,
Sanciono las deserciones.
No paro de retocar
alarmas y trincheras.

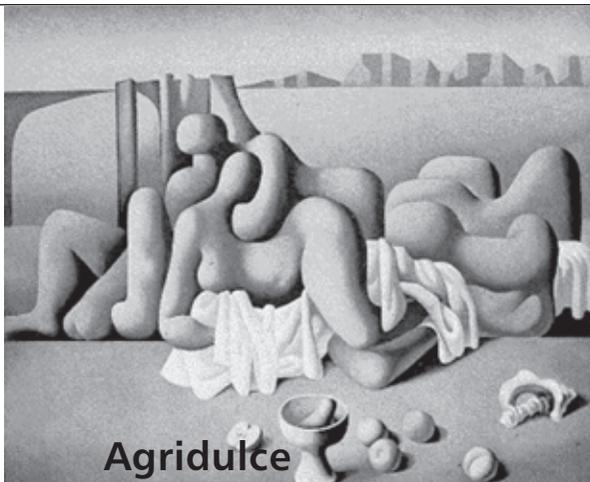
Mi guerra,
a ratos de izquierdas
a veces de requeté derecha
me sigue, apuntando con el dedo.
Contrabandea con mi lápiz
en un insufrible infierno.
No tiene miedo.
Expolia a destajo
los mejores barrios.
Viola la Naturaleza.
Bombardea hasta
los ataúdes de mis muertos.

Todo el futuro
pasando a cuchillo
los frágiles arqueros idealistas
de esta agonizante muñeca.

El continuo combate
impones su alerta.
Aquí no es posible ausentarse.
En este órdago me juego
el aliento, los encajes,
el ritmo del corazón,
el paso del aire.

Esta invasión
exigirá rehenes, a su tiempo.
Las letras de mis manos,
el adiós de algunos lazos,
besos, quizá, esperando.

Habré de ganarme
a cualquier precio.
Las treguas no llegan solas,
cobran rescate:
ha de morirse, muriendo.
Bien. Esta muerte más
no creo que robe
el vapor de ningún espejo.



Agridulce

Laberintos en la vida
creados a mano alzada.
¡Qué enorme putada!
Soñando siempre con la salida
y en la salida no hay nada.

Me vestía de lluvia
me asomaba a tu paraguas
resbalaba por tu solapa.
Y justo cuando arreciaba
te me perdiste en un taxi
sacudiendo toda mi agua.

Derrapaba en la última esquina.
Hundía los frenos
antes de tu casa.
Bajaba de la moto
y mientras esperaba
caían de la acacia cien ojos
de vecinos, de amantes, de otros.

Quería aprender de todo.
Asesinar los tiempos muertos
sin dar de comer
a ningún demonio.
Yo sé que me respetaban
sin tener que hacer de tonto.

¡Mira tú que tontería!
Cuando todo el orbe ya contaba
con una oveja más entre lobos.

Anónimo

Ah! Suspiros de pelo corto
duendes con tardes de falda larga
paseo de cuello alto
versos con sombrero de guayaba.

Ahí se quedan.
Las mejores lluvias
tu melena rizada
las sienes de luna
en mi smoking de plata.

Pareggi

Suspiros

Aguanta un rato
mariposa.
Mirando mientras volabas
con tus alas de mujer
dormidas, sin corsé.
Sí, soñé que me querías.
Aún no te puedes ir,
no todavía.

Aguanta un rato
violetilla.
Sufriendo mientras olía
la primavera de tus pétalos
herida, en mi sien.
Sí, pensé que te morías.
Siento no dejarte ir,
no, todavía.

Aguanta un rato
muñequita.
Atándote los lazos
jugando a los cien secretos
con tus ojos gemelos, de miel.
Sí, sentí que me perdería.
Tú no te vas a ir,
no todavía.

Aguanta un rato
poesía.
Apareciendo de noche
escribía la luna a ciegas
con tus manos, de satén.
Sí, ya sé que no serás mía,
y si te hubieras de ir ...
¡No pronuncies mi muerte hoy!
No todavía.



Ah! Estrellas con asiento de coche
Parkinson de la madrugada
los diablillos de tus ojos
silbando bajo mi manta.

Ahí me quedo.
El dolor se lava.
El perfume se guarda.
Las jambas del sueño
ahuman el perfil de la nada.

Cuba Pareggi

Melopea

Hoy llevo corazón tinto
con dobladillo de gaseosa.
Corazón de altura ardiente,
borracho, el día entero en vilo,
al paio, a su bola.

No pasa nada.
También a Caperucita
algún mal día que otro
se le caen los anillos
o se le hunde el techo
con todo su enquistado lodo.
Pero no dejo de pensar
desde qué mal trago me queda
mi propio cuerpo tan estrecho.
Por qué la bella durmiente
ha de aprisionarse dentro
tal que ostra preciadísima.
Salvaguardar...
¿qué mal bicho, ni qué tesoro?
¡Casi siempre absurdo, beodo!
¡Atragantados quilates, siempre por digerir!.

El sobrante de emoción,
la sobredosis de ansiedad,
el estrago del amor,
hierven a creciente presión.
Asesinos de válvulas
corrosivos de esqueletos,
reprimidos censores de la eclosión.

No habrá mundo bastante
para contener tan latente volcán,
la riada del champán
lavando años y años de hipocresía
de egoísmo, incomunicación,
lavando años de no explosión.



Juan Diego

El poeta

En lo más profundo
de mi humanidad
crece una flor amarilla
en el cielo, en el pecho,

llaman las olas a la noche
de luna, de rosa
amarilla creciente
y la brisa del recuerdo
sencilla, canta en la
noche estrellada

sin concepto, sin cultura
ganada
cantando sin más
la belleza de mi pecho
creciente.



(para ti poeta)

Ella

Al fondo de la playa desierta
estaba ella
morena y misteriosa.
Mis ojos se encendían
como quien descubre un tesoro
y el palpitar del corazón
callaba la embestida de las olas.
Allí, a lo lejos
supe que nunca sería mía
ni mía, ni suya
era demasiado bella
como una estrella cambiando de tono
al fondo de la inmensa playa.

Bajo los amantes

Sobre las hojas muertas
del eucalipto
mueren las adelfas
y nacen las adelfas.

Sobre la oscura
muerte de mi olvido
mueren los poemas
y nacen los poemas.

De azul, el fondo de mi vida
de verde sendero que me llevas
amarillo, el camino
de mi esperanza
que me lleva abajo
hasta la playa.



Mirador La Galera, p. Mediterráneo.

Juan Diego

Dolmen

Allá donde no se cierra el círculo
 rompe oscura entrada al dolmen
 laberinto del tiempo
 en pasillo hacia el alma
 viejo, siniestro, hacia el vano
 vieja, siniestra, la muerte.

La muerte en el vano
 la muerte en el pasillo
 Catedral de mis ancestros
 ancestral, atemporal,
 vano en el círculo.

Para entender la vida
 laberinto del tiempo
 viejo, siniestro hacia el vano
 la muerte en el pasillo.

Catedral por el frío
 se pierde la luz, la vida
 en el vano del pasillo
 a lo oscuro. Envuelto
 en ritual. Sin sangre
 putrefacto es a lo que
 llega la respuesta
 la respuesta del dolmen



Allá donde no se cierra el círculo
 rompe oscura entrada al alma
 en el vano, la nada
 y el círculo se cierra
 en aroma funerario
 ancestral, atemporal
 dramático círculo incompleto
 rompe oscura entrada
 a las no respuestas
 al drama humano.

Belleza

¡Qué fiesta
 qué armonía de mar
 qué belleza inunda
 la tristeza de mi alma,
 qué amor brota de mis ojos
 qué fuerza arrebatadora!

Un paisaje eterno
 Una profundidad inmensa,
 Un verso pequeño
 Un mar de caracolas.

Una playa dame asiento
 Una calma en mis adentros
 Una vuelta a la ignorancia
 Y una pequeñez inmensa.

El camino de la mariposa

Mariposa en el camino
 te paraste a escuchar
 el susurro de dos seres
 que te vieron al danzar.
 Te miraron con ternura
 y te amaron al mirar
 que la bella mariposa
 detuviérase a escuchar.
 Escuchara y entendiera
 y gozara en su belleza
 a los meros caminantes
 con camino hacia un final.
 Un final de mariposa
 un romántico final
 que el camino estaba hecho
 para verte a ti danzar.
 Un susurro te canté
 en mi alma y en mi fe,
 por crear una poesía
 que ayudáste a entender.
 Tu paciencia es mi poesía
 tu belleza inspiración
 Y esa fuerza en mis adentros
 que palpita de emoción.
 Gracias fiel mariposita
 por nacer en mí el amor
 porque yo a ti te completo
 en poesía de los dos.
 Sigue y sígueme esperando
 que la tinta se acabó
 pero esta poesía es eterna
 por la fuerza del amor.
 Vente, vente a mí regreso,
 al regreso de los dos
 que de amante es mi poesía
 de belleza es tu pasión.
 Me dejabas al quererme
 me querías al dejar
 que el final de la poesía
 estase apunto de acabar.
 Y mi corazón henchido
 desatada la pasión
 de un mar embravecido
 ¡que se apaga la canción!
 Y danzando tú te fuiste
 negra, roja la pasión
 ese azul de tus alitas
 Y esa gracia de los dos.



Déjate ir

Te recuerdo andar y
 hacer camino donde no lo hay.

Me recuerdo en comunión contigo
 naturaleza a cada paso contemplada.

Te recuerdo a ti poesía
 graciosa, alada y divina,
 condenando mi alma y
 tu cuerpo a la pasión.

Allí donde ya no era
 allí me perdí, en agua
 en brisa mariposa
 eterna estrella de mi cielo,
 rosa de mi pecho saliente,
 camino de la mariposa.

Semilla

Si mi vida poética naciera
 como un manantial
 en el camino de la mariposa
 y como un río de luz
 sólo brillara cuando la miras,
 cuando del amor que nace de ti
 miraras el brillo de sol
 contra el agua.
 Sólo brillara
 cuando renace en ti
 como una flor que tapa el agua,
 y de la belleza de tu flor naciera
 brillo de luna al agua
 manantial de bella flor
 poesía de tu boca callada.

Todo

Todo a mi alrededor grita
 gira, grita el mundo
 y mi alma sedienta de
 silencios
 de arrullos de agua
 de cantares eternos
 llora.

Todo a mi alrededor llora
 gira, llora el mundo
 y mi alma cantora y risueña
 busca en el cielo azul
 sueña el cielo azul,
 pero el mundo grita, grita
 el mundo pero el alma
 radiante y presurosa corre
 al silencio, al arrullo
 del río, y ahoga al mundo
 en mares de adentro.



Alejandro García Boyano

Nana

¡Duérmete niño!, descansa
 en tu cunita linda y blanda,
 duérmete prontito niño
 en esta noche en calma
 y no esperes al alba,
 que los niños buenos duermen
 antes que salga la luna
 a pasearse de nácar,
 que el viento y el mar te arrullan
 en esta noche en calma.
 Duérmete bien niño guapo,
 te estoy cantando la nana.
 La nana que yo recuerdo
 de cuando yo era pequeño,
 duérmete en tu cunita, guapo,
 duerme dulces sueños de paz,
 en esta noche en calma
 escucha el calido canto
 de esta nanita de mi alma
 duérmete nene, niño del alma
 y nunca esperes al alba.



Picasso

Poema

Construyo mis poemas
 amasando letras con arena
 paseando, solo, en mis desiertos,
 con penas, nostalgias y deseos
 con la belleza de las mujeres
 de calidos ojos y tersa piel.

Construyo mis poemas
 con vientos violentos y veletas,
 pensando en musas inquietantes
 de cuerpos geniales y perfectos
 con cadencias, ecos y presagios
 silencios, silencios, silencios
 vestidos de amor y esperanza
 contruidos en noches y alboradas
 con abatimientos y ternuras.

Construyo mis poemas
 charlando con mis amigos los perros
 pues ellos comprenden mis aullidos.
 Construyo mis poemas:
 en profundidades abisales,
 hurgando grietas negras y podridas
 y en lo más alto de mis cielos
 donde viven las formas deseadas
 lo mejor de las calmas y los besos
 y desde donde baja la muerte
 vestida de negro macilento
 al profundo abismo sin fronteras.

Construyo como puedo mis poemas
 con amor, con amor, con mucho amor
 y los asombros que mueven el alma
 pelando y acuchillando el cerebro
 recordando siempre el cielo de Madrid.

Presagio

Recorreré de nuevo los caminos,
 volveré a subir a otras montañas,
 cruzaré otra vez enormes llanuras.
 En uno de los altos del camino,
 ya cansado, miraré hacia atrás
 y veré como mi vida se apaga,
 silenciosa y lenta como el día,
 chisporroteando como el sol de tarde,
 presagio de la absoluta pereza
 disuelta en el recuerdo y la distancia.

Joaquín López Martín

Danza

Mundos divididos.
 Sueños rotos por un sudor frío.
 Escenografía incompleta de un ballet esbozado.
 La primera bailarina levanta una pierna,
 salta con agilidad levantando los brazos
 y enlazándolos por encima de su cabeza;
 cae sobre el suelo del escenario, inclina la cabeza
 con estudiada lentitud. Cesa la música.

Rojas

En un principio
 las flores rojas
 eran sostenidas por mujeres bellas.
 Amazonia.
 Mujeres Sagitario.
 Infinito retorno, a los orígenes,
 zigurats aprehendidos,
 inspiración tras expiración,
 minuto a minuto,
 latido a latido.

Joven

Doncel airoso, de mirada
 desafiante.
 La arrogancia de tu juventud
 disculpa tu vanidad.
 Te sabes bello y deseado,
 juegas con ello
 yo, paseo y te miro
 recordando cuantos como tú
 la vida ha doblegado.

El ayer

Ruinas venerables
 que nos hablan de un pasado glorioso
 libro en piedra
 cuyo lenguaje hay que conocer.
 Columnas, capiteles, muros y estatuas.
 Hermosura antigua de pueblos
 los cuales perfilaron nuestro presente.



Espera

Bajo dos antiguas columnas
 sentado en un bloque de piedra
 rodeado de hierbas, junto a un arbusto
 te espero.
 A lo lejos te distingo, avanzando
 por el camino, a cuyo lado
 crece un enorme cañaveral lleno de jopos.
 Llevas un carrizo en la mano
 a modo de bastoncillo.
 Desde mi atalaya anhelante
 te observo.
 Andares tranquilos
 figura de porte elegante y descuidado,
 son parte de tu encanto, joven amigo.

Sin ti

Alejado de ti vivo
 sin saber nada de tu actual deambular.
 Decidí mirar tu retrato.
 Hasta en él solo ver tu sombra.
 Locura de amor correspondido.
 Perfección en tu cuerpo,
 escultura viva.
 A la que mis ojos jamás se cansan de observar
 bellos días, juntos en Cabria.
 Solos y acompañados de amigos.
 Venido de un Olimpo cercano
 sólo para mí: poder contemplarte largamente.
 Tumbarme junto a ti
 mientras fumábamos un cigarrillo.
 Todo pasó, queda el recuerdo
 los bellos momentos compartidos.
 Amado mío.

Marisa Sendón

A la memoria de mi madre

Hoy, invadida de tristeza
por tu partida al infinito cielo
de los justos,
no lloro por tu ausencia.
Sé que descansas tus miserias
y no quiero estar de luto.

He abierto las ventanas.
Que entre la Vida.
El olor a muerte que se vaya.

Quiero oír el sonido de la gaita
que acompaña de nuevo los latidos
más intensos de mi pulso.

Huelo la lluvia
y seco el llanto
de las rosas de tu jardín.
Echan de menos tu voz
que en la mañana
las llamaba hermosas.

Martirio

Martirio,
cómo vistieron tu cuerpo
ropajes caros de lino
y adornaron tu cara
zarcillos de coral fino.

Cuántos hombres han perdido
por tu pasión su camino.
Te emborrachabas con ellos,
amantes de noche larga, mucho vino...
y en el te quiero un martirio.
Tú nunca quisiste a nadie,
a nadie nunca,
Martirio.

Bandera y timón

En mi barquito de vela,
navego sin tener pena
por lo que dejé atrás.

En mi barquito de vela,
la esperanza mi bandera,
por timón la libertad.



A esta edad

A mi edad
yo sé, no me lo digas,
que si yo fuera joven,
sonarían mis palabras
con otros dulces sonos.

A mi edad es un lujo
decir lo que se siente.
Nada se tiene en cuenta,
y además, no se miente.

A mi edad se ve el mundo
sin gafas de colores
y es difícil, yo creo,
que me engañen los hombres.

A mi edad pongo amigos
donde antes tuve amores.

A mi edad me perdonan
que aún cometa errores,
errores repetidos.
Como ya no soy joven...

A mi edad nada importa.
No hago sombra a los soles.

Pamela Pérez Bernal

Lejía II (1996)

Como en un juego
me coloco
el delantal-prisión
de las labores de limpieza.
Me miro en el espejo
y soy totalmente anónima.
Mis complementos,
el cubo,
la fregona,
la escoba,
el jabón,
la lejía,
los guantes de goma.
Como en un juego
de identidades
voy danzando por
los pasillos,
vertiendo agua,
bautizando rincones
y paredes
como sacerdotisa de blancura.
Los cristales se transparentan,
las paredes brillan.
A medida que voy
perdiendo luz
todo resplandece.
Acabada la tarea
me quito el delantal-prisión,
la máscara,
me miro en el espejo
para volver a ver mis ojos
nuevamente.

Desamor

Las estrellas alineadas
en un cielo oscuro
me consuelan.
Tengo adicciones lo confieso,
tengo temores y manías,
inquietudes y ternuras.
A todo me resisto
y de mucho me rebelo;
espacio son mis pasos
aéreas mis emociones.
Tuve la intrepidez de soñar,
tuve la arrogancia de amar
y por eso caí y volví a caer
por una pendiente
no transitada
sin una mano que me alce
ni una boca que me sonría
ni una luz que me guíe,
ay, cómo duele el desamor.



Picasso

Estaciones

I
Mi párpado retrocede
en las estaciones.
La espera es
tiempo adormecido,
modorra de instantes
rondando entre maletas,
ojos titubeantes,
bocas sin sonrisa.
Hay un testamento
no escrito que delego
en estas gentes
listas para el viaje.

II
En la resignación de esperar
y esperar
sobrevivo
al constante latir
de esta impaciencia
que me carcome,
piedad yo pido
al cielo inventado
a la imagen
que me inspira,
a la oración enmudecida
al temblor de mi miedo
que se emancipa
entre tanta duda.
Piedad me pido
a mi espejo empañado
de nostalgias.

Infancia

Me voy despojando de los
ropajes con que abrigo
mi existencia.
Tú pusiste prendas
en mi cuerpo,
me vestiste de largos silencios,
de duras noches de llamarte
entre sombras de distancia.
OH, Madre dolorida
de largas jornadas de trabajo.
Madre buena,
silenciosa,
doliente,
soportando las embestidas
de la vida,
firme como una estatua
sola tú
sola yo.
Sin un hilo que sepa unir
sentimientos acallados.
Madre lejana
de distancias tan largas
como los rieles del tren
que se llevó mi infancia.
Tristes ropajes llevo
sobre mi cuerpo
que no me aíslan
del frío que llevo dentro;
amargura concentrada
en cada fibra de esta tela
interminable tejida con
urdimbre de tristeza.
Madre querida
te encumbra en un pedestal
de ausencia,
de sermones
y palabras de abandono
que hirieron mi alma.
Madre triste
de ojos perdidos
de pena agarrotada
que te ciega para no verme
para no ver a la niña
que espera tu abrazo.



Rodin

Rosa de Nácar

Ausencias

Necesario es reflexionar
sobre la luz
que enciende
 el entendimiento,
posible es
cruzar calles
 incesantemente,
subir y bajar escalones
para habitar el vacío
que nos envuelve
en dramática suspicacia.
No soñaré ya más
las calles escritas
con tinta invisible
de esta ciudad sucia
de hojas secas.
Inevitable sopor
de tristezas enquistadas
tras las ventanas cerradas.
Hay un sello en mi piel
que ornamenta los días
de pereza y lentitud.
Puede haber un beso
detenido en el tiempo
de cerrojos y abismos.
Espero el clarear
 de tus ojos
en el comienzo
inaudible de mi ser.



Marina Tapia

La uña

La uña tiene un sabor amargo,
toda la tristeza, este pesar
dormido bajo carne.
Es la pared que guarda otra pared,
las emociones turbias, mi deseo
de desgarrar, a veces, otra piel.
Cutículas: aquellos bailarines
vestidos con los restos de la infancia.
Yo alumbro cada luna con esmalte,
o muerdo lentamente
cuando observo
tu rostro, otras batallas repentinas.
Es la uña ese carro de viajes espontáneos
a regiones de dudas.
Laberinto, retrato, escalón parecido
a mí,
a este quebrantamiento sucesivo.

Los dientes

No sé por qué
pero a veces, estos dientes,
rechinan y se mueven,
quieren decir otras palabras.

Un día fueron pájaros
volando por la boca,
fueron peces creando poesía.

Me lastiman sus brillos,
de blancura sombría,
aquellas aguas tristes
que bañan sus caderas.

Estalactitas
talladas por el verbo
que morirán temprano
(en nuestra infancia)
resucitando
fuertes
del dolor.

Sabrán siempre el porqué de tu sonrisa
y cuando no soporten
el juego de los labios,
morirán sin orgullo
dejando aquel vacío.



Marina Tapia

Ojos

La propiedad del ojo
no es juzgar,
ni desmentir el polvo acumulado,
llorar sobre ese mar del que se arrastra,
tijeretear la vida con astucia...
Esas podrían ser algunas facultades
para vivir exhalando algo de dicha,
para poner un bello pergamino
encima de la puerta.
Pero vi errante, al ojo,
como se resbalaba desde el párpado
y hablaba un alfabeto ajeno
al de los músculos,
agujereando un trozo en las murallas.
Y supe, que la intrínseca función
de la legaña,
que la postura aquella de bastones:
era pisar despacio todo el aire,
suspendiendo la luz
que se abriría
al fin, sin parpadeos,
en la muerte.

Ricardo Sanz

El tao de la escoba

Va riendo
 el Ricardo
 con su escoba
 barriendo
 colillas de cigarros
 cacas de perros
 boletos de bonoloto
 rotos en mil trozos
 qué agonioso
 el de la bonoloto
 va riendo
 el Ricardo
 con su escoba
 barriendo
 chuches gelatinosas
 hechas de chapapote
 pegadas en el pavimento
 pobres críos qué alimento
 barriendo
 pañuelitos pa los mocos
 plástico y más plástico
 publicidad de todo
 y ese celofán finito
 de los paquetes
 de tabaco
 que con la buganvilla
 es la pesadilla
 de los barrenderos
 va riendo
 el Ricardo
 con su escoba
 barriendo
 amaneceres de película
 y gatos muertos
 hostia veinte euros
 siempre alguna sorpresa
 como una compresa
 una goma usada
 un mar de cáscaras de pipas
 en la parada de los taxistas
 va riendo, barriendo
 va riendo, barriendo
 porque se recuerda
 de pequeño
 contemplando
 al barrendero
 con su cepillo
 por el bordillo

shas shas, chis chis
 shas shas, chis chis
 va riendo
 en silencio
 atento
 barriendo
 los malos humos
 los malos modos
 los malos sueños
 barriendo
 las calles del pueblo
 hablando con los chuchos
 mirando ese trasero
 que te alegra el día entero
 barriendo
 cuando llueve a cántaros
 cuando pega el Lorenzo
 cuando sopla el viento
 riendo
 cazando luces, versos al vuelo
 historias que no tienen
 ni un final ni un comienzo
 barriendo
 el Ricardo se va riendo
 barriendo barriendo barriendo...

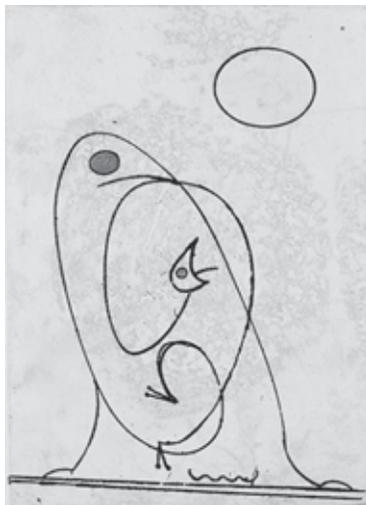
Breve

Breve un relámpago, un parpadeo,
 breve un euro en mi monedero,
 breve el paraíso perdido,
 breve el camino de regreso,
 breve el trago, breve el porro,
 breve, por favor, el verso,
 breve un beso, cualquier beso,
 breve el movimiento
 que de tan breve, quieto,
 breve un instante ciego,
 breve, pero en lo breve
 un eco de lo eterno,
 breve que te quiero breve,
 breve por si acaso,
 breve, pero alegre,
 breve busca breva,
 me lo publicáis en breves,
 breve
 que no voy a robarte más tiempo.

José Vasanta

La foto

Abrázala como se merece,
no la despintes
ni la retoques,
nada de coloretos,
así, al natural,
como amante de la vida
y punto. Puro corazón,
hecho de caramelo.
Sangría milagrosa de Granada
abierta de par en par;
surcando la savia
el pecador canalillo,
y discurriendo corriente abajo,
por las faldas del castillo rojo;
amasada con levadura de divino
mestizaje, mudéjar, cristiano, árabe,
judío, budista, hindú, taoísta, universal.
Que nadie pueda propalar
que la foto es plagiada,
o manipulada, sino tal cual.
Y el lienzo de tu cosecha está colgado
en la pared principal del Siglo XXI;
por la ventana se cuele
el encanto endiablado
de la alborada y los rayos ladradores del sol,
que se estrellan verticales
al mediodía en toda la cara;
luego asoma en el desfile
la luna llena derritiéndose
entre espuma y esperma de olas blancas
sobre la espalda marina del dibujo;
en el pecho una sinuosa playa
con globos de colores
rebosante de hechiceras sonrisas,
y arriba el bosque despeinado,
perdido en las copas
de los pinos, sin nido de pájaros,
volando por las nubes,
espiondo por entre las ramas
los secretos suspiros;
los indómitos ojos se revuelcan
en la órbita cósmica, y se tiran
sin paracaídas por peligrosos
latidos heridos partiéndote por la mitad;
una ardiente lava brota
del volcán de la boca,
invadiendo libidos, sinos, cielos,
ganando terreno y aplomo en el trapecio
cual pinito de oro, con turbadores
parpadeos que trenzan danzas
del vientre a través de las ventanas;
los efluvios del sexo se desinflan



Max Ernst

ante la actitud pulcra y ponderada de su pose,
esbozada con el pincel de su pulso,
enredándose en el negro pelo,
-parloteo- contoneo jaranero y díscolo,
que cincelan zanjas de guerra
en medio del ameno canal,
con flechas de Cupido rociadas
con arrobado fulgor...
Uy, qué hechizos, qué estremecimiento,
profusión de candidez bullendo
en el tarro coloquial,
a pique de reventar el cuenco
crepitante de miel, y de repente
fulminar al personal,
montando orgías
de fuegos artificiales –quizá virginales o báquicos
(no soñarás o desearás, no hurtarás...)-;
por la angosta vereda que,
en mitad del lóbrego diluvio,
el indigente viajero va.
Y entre dos luces se oía el leve
son de un piano lejano...
«Todos los días paso por tu calle a ver si te veo.
Me gustas mucho...
Carmen, Carmen, Carmen,
voy a tener que emborracharme,
porque si no nunca voy a hablarte»...
Y ella, al momento, cantando
responde, yo soy Carmen.



Desde la orilla

La piscina zarandea el agua airosa
despertando los instintos del nadador,
él replica autárquico y retador
con un abrimiento de boca gansa.

Su fantasía vuela alrededor
del recinto en busca de dulce fruta,
la gran manzana que ella tanto chupa
de Tántalo y muerde cual monitor.

Descubre ella ardiente desde la orilla
la erótica convulsión de los cuerpos
esbeltos, tersos partiéndose los pechos,

mientras miro el rostro rosa que brilla
en ella, encendido por una cerilla,
y el cigarro, embebida en la lectura

del libro «Seda», que lo enciende y apura.
Mas en primavera el sañudo Orestes
vengó el talento secando las nubes.



Me voy andando (Ensayo de epitafio)

Me voy **andando** de esta vida sorprendido del poco equipaje necesario para andar, y sospechando que aún menos es suficiente.

Me voy andando porque ya no tengo prisas, sé sin la más mínima duda que todo esto es regalado.

Me voy andando dejando en el camino un buen puñado de amistades y el peso de unos pocos enemigos que no conseguí que dejaran de serlo.

Me voy algo cansado porque como a vosotros, nadie me enseñó las reglas de este juego, nadie me enseñó a vivir ni a morir sin miedo, y a sobrevivir aprendí, como tantos, solo.

Me voy agradecido: guardo en la memoria personas muertas que creo merecían más que yo el regalo de la vida: son los caminos insondables del azar.

Me voy andando tras haber sembrado más que cosechado, nunca me gustaron las deudas.

Me voy andando seguro del retorno, de que mis cenizas estarán en el aire que respirareis y el vino que beberéis, en el sonido de vuestras risas y la sal de vuestras lágrimas.

Me voy andando convencido de que sólo el miedo de un ego fantasma puede provocar miedo al no retorno, porque sólo caminar es el camino y es camino suficiente.

Me voy andando después de haber apenas tocado el pensamiento paradójico, saboreando la idea aparentemente contradictoria que lo explica todo: sabiendo que vida y muerte son un mismo hecho constante, no un conflicto por resolver.

Me voy andando sabiendo que una parte del camino seguirá abierta mientras respire el más joven de mis amigos o hasta que se destruya el último de mis escritos.

Me voy andando porque, ya veis, tantas vueltas, tantos golpes, tantas lecciones, y aún no he aprendido a volar.

Antonio Vidal - Nekovidal



El reloj se ha parado

¿Quién quemó el olivo milenario del huerto, padre, ese que me contabas que ya era muy viejo cuando el abuelo de tu abuelo era un niño como yo?

¿Qué son esos agujeros en los campos de trigo, ese olor tan raro que pica la garganta, esos ruidos de cada noche?

Ya pasó la tormenta, ¿Por qué no me llevas a la escuela?

¿Por qué lloran escondidas en la cocina madre y la abuela?

Hace días que no veo a mi hermano, ¿Dónde está? ¿Por qué tú también estás triste?

.....

Hoy, Ibrahim, vuelve a llover fuego sobre nuestra tierra.

Ya no hay un hueco para tu inocencia entre tanto dolor:

La escuela es sólo escombros y la tumba de quince amigos tuyos.

Tu hermano nunca volverá.

Tus compañeros de escuela, tampoco.

Nadie puede consolar a tu abuela ni aliviar el dolor de tu madre.



María Tremiño

A estas alturas

Hoy sé que hay muchos modos
de jugar esta vida
el mío es uno de ellos
no diré si mejor o peor...
pues no es mi juego.

Uno más entre miles
de seres que se habitan
que se llenan, se rompen
o dormitan...

Lo que sí te diré
que a estas alturas
yo que aprendí a pedir perdón
en camiseta
que dejé versos, semillas
y promesas
que anduve reparando dolores
allá, donde los hice
que regalé sonrisas
a cambio de la espera
que he dejado mi llanto
mi risa, mis miedos
y mi prisa
allá, donde unos brazos se me abrieran
que he compartido sueños
y ternuras
que soy en plenitud
sin arma, armada...
que regreso de un viento
con arena
y aún creo que habrá sol
por la mañana...
que amé
y he sido amada
que sé decir quien soy
y lo que quiero
que hablo con las planta
con la gata...
que me espero en mi paz
la paz que espero
que tengo quien me ama
y a quien quiero...

A estas alturas

que sé quien de verdad
me aguarda
en el sosiego



Clovis Trouille

me mira con dulzura
me escucha
con casi más pasión
de la que entrego
me sabe como soy
y así me quiere.

A estas alturas

ya no puedo ceder
ni un triste resto más
de mi persona.

No pido que lo entiendas
Sólo puedo embarcarme
allá donde me soy.

Sólo voy a gastarme
donde este modo mío
de jugarme la vida
no digo que el peor o que el mejor
tan sólo el que, segura,
más me gusta...
se me permita
por quienes osen llamarse
mis Amigas.

Franjamares

La Risa

Ríe la ciudad sobre el asfalto,
 sus edificios nuevos, hormigón y cristal diseñado,
 traslucen una sonrisa cómplice;
 ríen por supuesto las piedras viejas
 y los raíles de los trenes oxidados,
 y los rieles del mercado que saben a sangre
 y suenan a pescado.
 Ríen los atascos, que ya es reír,
 sus hombres y mujeres atascados,
 y carcajean las ambulancias y las sirenas
 y los coches rotulados...
 Se mofa la urbe en su nube de diesel,
 en su ruido chistoso y abrumado.
 Ríe el hombre, y la mujer también ríe en paridad,
 se alborozan las niñas, los jóvenes y jubilados.
 Las nubes se descojonan limpiando las aceras
 con su llanto de risa,
 sale el sol con sonrisa de oreja a oreja,
 y febrero agotado relampaguea en los tejados
 y en los árboles del parque
 y en las calvas simpáticas del barrio acharado.
 Hoy la risa se descoyunta en la cabeza
 del fusilado de la historia y la memoria,
 los papeles rezuman tinta escupida
 por el gran censor,
 procesadores de angustias y sonrisas
 barnizadas de monalisa;
 acopiadores del crédito de sí mismos congelado,
 lictores del código de conducta
 y otros derechos de cartón...
 Pero hoy es casi primavera
 y la risa quiere rebelarse por doquiera
 y su buen humor no puede por menos
 que dar sentido a las cosas,
 su luz alumbra los felpudos del poder,
 donde urden y urden los agelastros,
 Rabelais ya lo dijo, esos *agelastros** que no saben reír,
 afectados de circumspecta seriedad,
 con el alma de acero,
 guardianes de la ortodoxia y el *new order* globalizado.
 Esos que carecen del sentido del humor
 porque son incapaces de distanciarse de sí mismos,
 que no disfrutan la risa trasgresora que libera,
 que limpia el cristal,
 que hace hilarante la perspectiva;
 un privilegio compartido entre carcajadas...
 La liberación de la mente enamorada.

* *agelastos*: (neologismo de Rabelais) para referirse
 a los que no saben reír.



Gerard Schlosser

Un guiño a la vida

*...creces y naces y al abrir los ojos te suspendes
 y aprendes a seguir suspendiendo y aprendiendo
 día tras día...*

Un guiño a la vida dulce y extraña
 que se abre y sucede entre sueños, sorbos y sinos.
 Un guiño al miedo que te encoje,
 que te sopla a la oreja su saeta fría.
 Un guiño al apetito de los niños que no es codicia,
 al de los púberes que es médula de fuego,
 al de los hombres que está nevado y arde,
 a las de las mujeres que es licuada nieve
 y sangre de lava...
 Un guiño al hombre que convive con los hombres
 y que no sólo habita frente a ellos.
 Un guiño del ojo izquierdo a la diestra madura,
 un guiño del derecho a la zurda empedernida y
 a los diez mil dedos que crecen en sus palmas
 y esquinas.
 Un guiño al amor de una palabra en su salsa,
 al amor de un pensamiento de amor,
 al amor de una flor en su tallo,
 al del viento brillante y al del sol vibrando.
 Un guiño con los dos ojos a los tragos
 hasta el estómago,
 a los ratos de zozobra, a los lapsos de reflexión...
 ... y a los momentos de sosiego,
 y a los instantes de plenitud,
 y a las micras de felicidad...
 y a los segundos de orgasmo.
 Un guiño, sí, a los rayos de sol marcando el día.
 Y otro guiño con los ojos abiertos
 al paso de la luz en las tardes oscuras,
 al descenso de la lluvia que no te deja parpadear...
 y a ver crecer a los niños, los adultos
 y los árboles que deslindan la avenida...

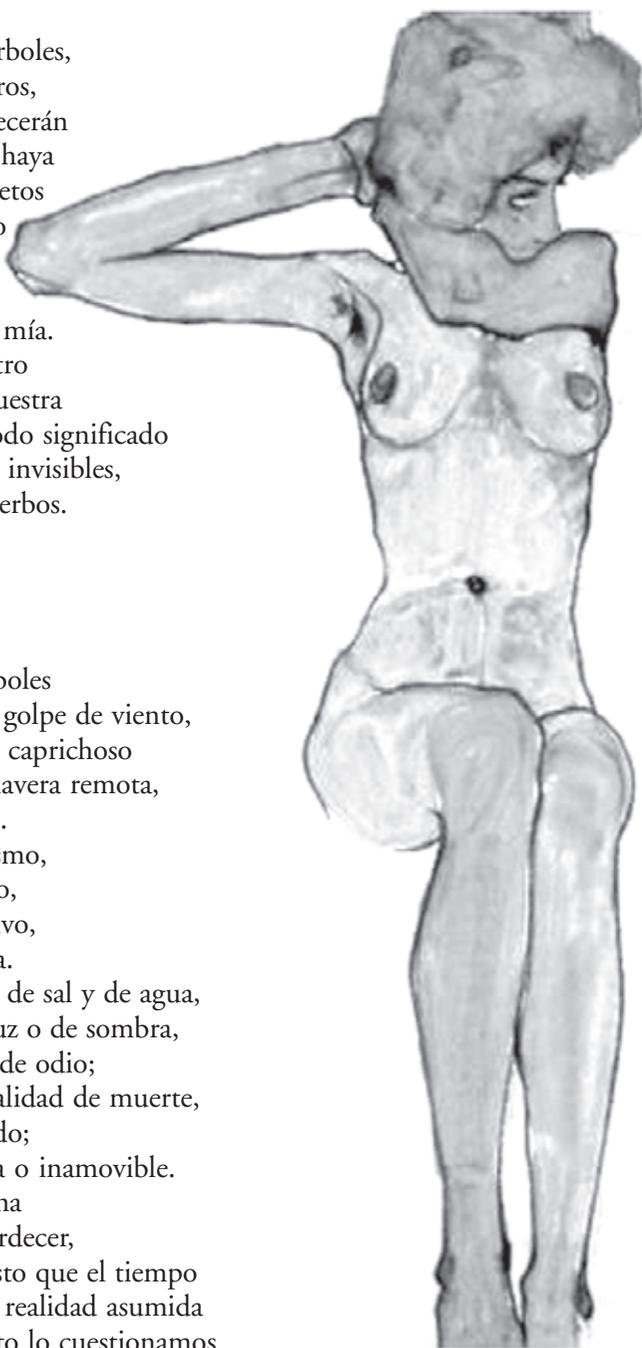
Begoña Ramírez

Parece que somos verbos

Todo permanecerá
cuando me haya
marchado.
La quietud de los árboles,
el trinar de los pájaros,
las sábanas permanecerán
puestas cuando me haya
marchado y allí quietos
quedarán el armario
y las mesitas y el
perfume en el aire
de tu presencia y la mía.
Suspendida, sin rastro
evidente quedará nuestra
ausencia dando a todo significado
marcando la acción invisibles,
como si fuéramos verbos.

Búsqueda

Las ramas de los árboles
quieren romperse a golpe de viento,
renacer en un brote caprichoso
al abrigo de la primavera remota,
desafiando el otoño.
Somos todos lo mismo,
cambia el envoltorio,
el capricho adaptativo,
la realidad impuesta.
Realidades diversas, de sal y de agua,
de oro o plata, de luz o de sombra,
realidad de amor o de odio;
realidad de vida, realidad de muerte,
de esperanza u olvido;
realidad que cambia o inamovible.
La búsqueda culmina
en la belleza del atardecer,
no hay derrota puesto que el tiempo
forma parte de una realidad asumida
que escapa en cuanto lo cuestionamos
y nos deja libres de su cepo.
Somos todos lo mismo,
viajeros incansables al abrigo del tiempo,
buscadores de tesoros,
aprendices inconstantes,
atrapados sin remedio
en el espejismo de la realidad.



Egon Schiele

Palabras sin Palabras

Te adivino sin palabras,
imprevisto y taciturno,
como los atardeceres de otoño.
Te adivino en el gesto,
en la mirada huérfana
buscando huidiza el encuentro.
Te adivino en tu silencio
ajeno a las palabras
ensimismado en su lejanía,
ahogado en el deseo.
Te adivino anticipando
tu latido incierto,
más allá de ti mismo,
allí donde la certeza
cruza la invisible frontera.
Te adivino y me adivinas sin palabras,
sin quererlo ni buscarlo,
presos de la incertidumbre,
navegando entre lo inexplicable,
sabiéndonos sin saber,
allí donde la contradicción
habita sin tapujos.

La suerte

La he visto pasar enganchada
a una gota de agua, en las primeras
lluvias del otoño.
También en el rostro de un incauto
enamorado
de la dicha del amor.
En el arrugado rostro del pasar
de los años
Y en la tersura invencible del neonato.
Navega sin rumbo, presa de una locura
que llaman transitoria,
pero que ya transita demasiado tiempo.
La he visto pasar, sí
y a veces sin su permiso
me he enganchado a ella.

II Certamen de Poesía “Amigos de La Herradura”

Primer premio absoluto: Juan José Vélez Otero

Piso de costa

*Si alguna vez has estado triste sin motivo,
es que has estado toda tu vida sin saberlo.*

E. Ciorán

En esta habitación yo soy el dueño
de mi noche, mi frío y mi tristeza,
del tabaco que fumo y de mis libros,
de los discos que oigo y de estos cuadros.

Un paisaje que cuelga en las paredes
apagadas de luz, tenue nostalgia,
naturalezas muertas y jarrones
inmóviles y blancos como el tiempo.

Pongo otra copa dulce aquí en mi mesa
y rompo el vidrio azul de los recuerdos.
Desamparado al fin nada persigo.

Tan sólo este silencio y estas gotas
pausadas del reloj. En la vitrina
una foto que mira a mi vacío.

He llegado hasta aquí como la nieve
llega a los montes gélidos y brunos,
como llegan, amor, las avefrías
a los lucios y anidan en silencio.

He llegado a este piso de la costa
para vivir en paz con el fracaso,
para escuchar detrás de las ventanas
el mar latir y así quedarme eterno.

Quieto en este recinto del olvido
oyendo el mar y el viento del otoño,
las hojas que recorren estas calles.

Es cierto que en tu piel dejé un verano
las ascuas de la luz y la tibieza
que tuviera otros días.

Se hace invierno.



Ladran los perros lejos. En la noche
sobre el jardín un canto de silencio,
una encendida voz de estrellas frías
en lucha contra el tiempo y el olvido.

En la noche un paisaje de sonidos
lejanos desde aquí, desde esta casa,
desde esta isla en paz que habito y vivo
olvidado del mundo y sus sirenas.

Sentado ante el papel me reconcilio
con la ceniza, el sueño y la memoria;
los aulladeros quietos del vacío.

Ladran los perros lejos y parece
que ha acabado el mundo y que los pájaros
ensucian las trompetas de la aurora.

Todos se fueron ya porque es otoño
y apagaron la luz de los pasillos,
dejaron un silencio como niebla
en el jardín sin signos de verano.

La luna es grande y blanca en la ventana,
la luna es la farola de esta noche
de lunes, larga, casi un río
de sueño y de infinito, casi muerte.

Aquí se oye el mar como un silencio
que no quisiera ser, como las hojas
de un viento que remueva la memoria.

Se oye el mar a lo lejos de esta casa,
la única con la luz en la ventana
que da a los barcos solos y vacíos.

II Certamen de Poesía “Amigos de La Herradura”

Primer y segundo premios, modalidad “Local”

José Barbero Jiménez

Negro bajo las uñas

Te mira con ojos tristes
pero siempre sinceros
cualquier rincón de la acera
bueno es a su sombrero.

Espera caer tu moneda
lo agradece con su gesto
vuelve a bajar la mirada
que se remite en el momento.

Nunca supo llorar
ni tampoco por qué hacerlo
él que nunca tuvo nada
jamás conoció el miedo.

Sus pasos son sin destino
la mirada hacia el frente
da igual cuál sea el camino
en eso nos gana a la gente.

Otro pueblo, eso da igual
nueva calle nuevo reto
siempre habrá un lugar
para quien no pasa el tiempo.

Cuando habla, no escuchamos
esas palabras que salen
qué nos importa a nosotros
si son de la boca de un vago.

Jamás conoció banderas
ni a quién tener que votar
para él no existen fronteras
vive la vida sin más.

Cielo limpio de estrellas
techo grandioso, infinito
en su cama de cartón
duerme feliz el mendigo.

Es una suave lluvia
lo que humedece sus huesos
un mojado despertar
que ya secará el viento.



Pienso que muchos por él
nos quisiéramos cambiar
a nadie nada deber
y tener mucho que dar.

Hoy su esquina está vacía
de nuevo emprendió el camino
descansa en la noche, anda de día
qué habrá sido del mendigo.

Ha pasado mucho tiempo
y nada se sabe de él
dicen que se fue al cielo
que Dios le quería ver.

El sol sale para todos
y el agua nos moja igual
no por mucho más tesoros
gozas de más libertad.

Dar comida a un mendigo
no es sólo de ser cristiano
la vida es una hoja al viento
y te puede cambiar de lado.



Fernando Ávila

Recuerdos

En el silencio de la noche
el murmullo incesante del mar
va entrando sigilosamente
y cavándose hasta el infinito
en el tímpano inerme,
hasta confundirse con el sueño
que se va mezclando imberbe
entre recuerdos de un pasado
con olor a sábanas blancas
y sonrisas de marfil impoluto
que los niños soltábamos sin miedo.

Recuerdos de una playa inmensa
con saludos de olas interminables
de arena pegada a la piel
que absorbía el tiempo sin paciencia
y te liberaban de ella
en un zambullir de espuma fiel
de agua cristalina y bella.

Recuerdos de una cueva de palomas
que deja volar la imaginación
y en Cantarriján y Calaiza
que es donde duerme el sol,
han dejado sin razón
de este pequeño gran puerto
a almas con corazón.

Bahía de historia cervantina
y de ocasos de colores
que llena de besos el cielo
y de poesía los rincones.

Recuerdos de unos años inquietantes
con momentos de angustia y felicidad,
de partidos de fútbol
entre sacos gigantes de amistad,
de goles con sabor a sal,
de veranos que duraban sólo unos días,
de inviernos con su llave de cristal
que retumbaban las ventanas
con relámpagos sobre el mar.

Recuerdos,
representación teatral
de una vida en La Herradura
que nadie volverá a interpretar.

EL TELEVISOR

(OBRITA EN UN ACTO MIRANDO AL VACÍO.
DIVERTIMIENTO FAMILIAR)

- ALUMNA.- *Mis padres desearían, si usted cree que eso es posible en tan poco tiempo, que obtenga el doctorado total.*

- PROFESOR.- *¿El doctorado total?... Es usted muy valiente, señorita, y le felicito sinceramente. Procuraremos, señorita, hacer todo lo que podamos. Por otra parte, usted sabe ya mucho, a pesar de ser tan joven.*

(Eugéne Ionesco, *La lección*)

En un lateral hay una mesa de camilla con los servicios preparados para la cena. En el centro del proscenio vemos, sentados en un sofá de cuerpo bajo y mirando al público con gran interés, a tres de los cuatro miembros de la familia, relajados y en sus correspondientes, si características, posturas: EL PADRE, que aparenta tener unos cincuenta años, en el centro, flanqueado por LA MADRE, aproximadamente de la misma edad del padre, aunque más ajada, a su derecha, y a su izquierda EL HIJO MAYOR, frisando la treintena. Llegando desde bastidores escuchamos la voz del HIJO MENOR. El ámbito de la escena se halla en absoluto silencio.

- EL HIJO MENOR: *¿Queréis hacer el favor de bajar el volumen de la televisión? ¿Así no hay quien estudie! ¿Cómo voy a aprobar después?*

- LA MADRE: *Te he dicho mil veces que te vayas a estudiar a la habitación del fondo. Hasta allí no llega el ruido del televisor. Ya sabes que este programa no nos lo perdemos nunca... Ni por todo el oro del mundo. Y además, tu padre no oye bien desde lo del accidente. (Gesto condescendiente del PADRE. EL HIJO MAYOR ni parpadea)*

- EL HIJO MENOR: *¿Cómo me voy a ir a estudiar a la habitación del fondo si allí no hay estufa y hace un frío que pela?*

- LA MADRE: *¿Y es que aquí tenemos estufa? ¿Cuándo has visto tú una estufa en esta casa? Aquí cada cual se calienta como mejor puede. Lo sabes prácticamente desde que naciste.*

(EL HIJO MAYOR pide silencio llevándose de lado el dedo índice a la boca. Nuevo gesto condescendiente del PADRE, que parece hallarse bajo los efectos del alcohol. De hecho, junto a él, hay tiradas por el suelo varias latas de cerveza vacías)

- EL HIJO MAYOR: *(Con gran excitación) ¡Ahora! ¡Ahora! ¡Vamos! ¡No, no, a la izquierda, a la izquierda, gilipollas!*



- EL PADRE: *(Sin mucha convicción y con voz destartada) Niño, habla bien y tráeme otra cerveza que tengo la garganta como una lija del seis... (EL HIJO MAYOR ni se inmuta)*

- EL HIJO MENOR: *(Desde dentro) ¿Sabéis lo que os digo? Que ya no estudio más. ¡Estoy harto, harto! ¡Harto de todos vosotros, de vuestros programas cinegéticos, del televisor, de la habitación del fondo, del frío y de la sordera de mi padre!*

- LA MADRE: *Pero... ¿cómo te atreves a hablar así de tu padre y de nosotros? ¡Un respeto, si quieres hoy acostarte como dios manda!*

- EL HIJO MAYOR: *Ci-ne-gé-ti-cos. Mira qué bien redicho es el... es-tu-dian-te.*

- EL PADRE: *(Aguantando la risa, aunque sin mover un solo músculo de su cuerpo) Niño... menos coña. Y tráeme la cerveza de una puta vez.*

- EL HIJO MAYOR: *(Sigue sin inmutarse) Habló quien pudo.*

- EL HIJO MENOR: *(Saliendo por el lateral derecho espectador. Sorprende su aspecto desastrado. Lleva puesto tan sólo unas raídas zapatillas de paño y un algo más que un viejo albornoz. Su edad sobrepasa con creces los setenta años): Habló también quien pudo de respeto. (A la MADRE) ¿Como dios manda? ¿Qué manda dios? ¿Qué yo no pueda estudiar tranquilamente o que me muera de frío? ¿Hablas de respeto? ¿Lo tenéis vosotros conmigo? Mañana, el es-tu-dian-te se examina de Conocimiento del Medio y así no hay forma. Con este ruido tan infernal, ¿quién se va a aprender de memoria la clasificación de los insectos y menos aún la de las rocas? (Recita la retahíla como para sí mismo) (Clasificación de las angiospermas: dicotiledóneas y monocotiledóneas. Las dicotiledóneas se clasifican en apétalas, dialipétalas y... -dudando- gamopétalas. Las apétalas se clasifican en...) ¿Veis? ¡No me sale! ¡No me sale!*

- EL PADRE: *(Inasequible al desaliento desde el sofá) ¿No te sale el qué? ¿El que las apétalas a su vez se clasifican*

en fagáceas, como el alcornoque, la encina y el roble, y en moráceas, como el moral y la higuera?

- EL HIJO: *(Continuando de inmediato la clasificación)* ¿O que las dialipétalas, que presentan los pétalos separados, se clasifican en leguminosas, rosáceas, crucíferas, umbelíferas, vitáceas y rutáceas.

- EL PADRE: *(Animado, a LA MADRE)* Anda, mamá, remata tú la jugada.

- LA MADRE: No sé. No lo veo oportuno. El niño se puede molestar.

- EL PADRE: *(Incorporándose muy levemente un punto)* ¿Por qué? Le vendrá incluso bien. Ataca con las gamopétalas, que entre éste *(dirigiendo la mirada al HIJO MAYOR)* y yo completamos con las monocotiledóneas.

(EL HIJO MENOR permanece estupefacto, como una imagen congelada en el punto en el que se encontraba cuando terminó su último parlamento)

- LA MADRE: No sé. No sé...

- EL PADRE: *(Imperativo)* Mamá... *(Al HIJO MAYOR)* ¿Y esa cerveza?



- LA MADRE: Vale. De acuerdo. *(Se levanta del sofá y se acerca, maternal, a un metro de distancia del HIJO MENOR que sigue extático en la misma postura)* Hijo mío, *(solemne)* has de saber que las gamopétalas, que al contrario de las dialipétalas, llevan los pétalos soldados, se clasifican de la siguiente manera: solanáceas, como la patata, el tomate, el pimiento y la berenjena, que tanto te gusta frita *(EL PADRE y EL HIJO MAYOR se retuercen de risa en el sofá)*; las labiadas, como el romero, el tomillo, la salvia y la menta, que te tomas en infusión cuando te duele la garganta de tanto gritar desde el cuarto de al lado *(EL PADRE y EL HIJO MAYOR arrecian en sus risas. Notamos cómo la madre se va animando)*; las cucurbitáceas, como el melón, la sandía, el pepino y la calabaza, que te van a dar en Conocimiento del Medio si no reconoces la importancia que tienen las angiospermas para nuestra vida y para tu examen. *(Los dos del sofá no pueden más)*; y, finalmente, las compuestas, como la margarita, la lechuga, el girasol y el cardo, sea borriquero o no.

(Sin dejar de reírse EL PADRE y EL HIJO MAYOR claman al unísono): ¡Bravo! *(Tras hacerles a todos una irónica reverencia, LA MADRE vuelve a sentarse en el sofá)*

- EL PADRE: Y ahora, el remate de la solanácea, digo del tomate. *(Risas de LA MADRE y EL HIJO MAYOR)* *(Al HIJO MAYOR)* ¿Preparado? *(EL HIJO MAYOR asiente con un movimiento cómplice de su convulsa cabeza)* Listos... ¡Ya!

- EL PADRE y EL HIJO MAYOR: *(Al unísono):* En lo que respecta a las monocotiledóneas, éstas se clasifican de la consecuente guisa en: gramíneas, palmáceas, orquidiáceas, liliáceas y musáceas.

- EL PADRE: ¿Te has enterado, musáceo banano?

(Risas del HIJO MAYOR) *(Repitiendo la pregunta al HIJO MENOR)* ¿Qué si te has enterado, musáceo banano! *(Al HIJO MAYOR)* Y tú, tráeme esa cerveza si no quieres que recite de corrido las funciones vitales en los animales pluricelulares.

(El HIJO MAYOR asiente por fin y, sin dejar de reírse, se levanta del sofá para ir a buscar la cerveza por el mismo lateral por el que entró el HIJO MENOR. LA MADRE ha adoptado en el sofá idéntica postura a la que mantenía al principio)

- EL HIJO MENOR: *(Reaccionando muy lentamente)* Y... Y... vosotros... ¿cómo sabéis todo eso? ¿Dónde lo habéis... aprendido?

- EL PADRE: *(Replantigado en el sofá)* ¿Qué cómo y dónde lo hemos aprendido? ¡Vaya pregunta más estúpida! Cómo y dónde lo hemos aprendido... ¿Cómo y dónde lo vamos a aprender, pedazo de cucurbitáceo! ¡Ahí! *(Señalando al televisor invisible, es decir, al patio de butacas)*

- EL HIJO MENOR: ¿A...hí?

- EL PADRE: Sí, ahí, listillo. Ése, ahí donde lo ves, sabe más que tú y yo juntos, y más todavía que tu profesor del Conocimiento del Miedo ese.

- EL HIJO MAYOR: *(Corrigiéndolo)* Profesora, y es Conocimiento del Medio, no del «Miedo ese».

- EL PADRE: Profesora o Medio me es inverosímil. Ése *(al televisor-patio de butacas)* es el que sabe de verdad. *(A bastidores)* ¿Y la cerveza?!

- EL HIJO MENOR: Ignoro si ése *(al televisor-patio de butacas)* sabrá de verdad o de mentira. Pero lo que a mí sí me consta ahora es que aquí se está mejor que *(dirigiendo su mirada hacia el lateral por donde entró)* en esa habitación, donde sólo hace frío y se oyen ruidos extraños, a veces incluso voces.

- EL PADRE: ¿Voces?

- EL HIJO MENOR: Voces, sí, voces.

- EL PADRE: *(Interesado, aunque sin dejar de mirar al televisor-patio de butacas)* ¿Y qué te dicen esas voces?

- EL HIJO MENOR: Nada en concreto. Unas veces hablan de sonidos y de lenguas neoespañolas. Y otras resuelven operaciones aritméticas del tipo cuántos son, por ejemplo, tres mil setecientos cincuenta y cinco millones novecientos noventa y ocho mil doscientos cincuenta y uno, multiplicados por cinco mil ciento sesenta y dos millones trescientos tres mil quinientos ocho.

- LA MADRE: *(Como en trance)* Diecinueve trillones trescientos noventa mil millones dos mil ochocientos cuarenta y cuatro mil doscientos diecinueve millones ciento sesenta y cuatro mil quinientos ocho.

(En el momento en que LA MADRE desgrana su parlamento, EL HIJO MAYOR entra en escena y cuando oye el recitado de la retabla aritmética se para en seco manteniendo en alto la lata de cerveza que lleva en su mano derecha)

- EL PADRE: *(Recogiendo la cerveza de manos del HIJO MAYOR, que vuelve a sentarse en el mismo lugar que anteriormente ocupaba en el sofá)* Voces... Voces... No te irá a pasar lo que al profesor chiflado del tercero izquierda, que, según dicen, empezó oyendo voces y acabó asesinando a cinco alumnas suyas, con la complicidad de María, su sirvienta...

- LA MADRE: *(Volviendo de su ensimismamiento. En tono admonitorio)* Papá... ¿Cómo te atreves a compararlo con el profesor del tercero? Ese estaba loco de remate y tu hijo menor está muy, pero que muy cuerdo; vamos, más cuerdo que tú, que yo, que éste *(señalando al HIJO MAYOR)* y que ése *(al televisor)* juntos.

- EL PADRE: Ya salió la madre-materna protectora. Digo yo que muy bien no estará cuando él dice que oye voces y otros ruidos extraños. *(Toma un larguíssimo trago de cerveza)*

- EL HIJO MAYOR: *(Terciando)* Hablando de ruidos, todo esto me suena ya a historia repetida, a más de lo mismo. *(Mira al televisor-patio de butacas)* Y para colmo de los colmos, acaba de terminar el programa. ¿Ahora qué hacemos?

- LA MADRE: No te preocupes, hijo. Después de los anuncios va a empezar otro programa, y después otro, y otro, y otro más adelante, y así...

- EL PADRE: ... hasta la consumación de los tiempos.

- EL HIJO MAYOR: Aaamén. *(Se ríe, pero nadie lo secunda, así que opta por cambiar de expresión y sentarse en el sofá, a la izquierda nuevamente del padre)*

- EL HIJO MENOR: *(Sin saber qué hacer y sin mucha convicción)* Bueno, yo creo que me voy a retirar a la habitación de estudio. Todavía me quedan los insectos y los minerales y...

- EL PADRE: *(Rotundo)* ...y las angiospermas. *(EL HIJO MAYOR reprime la risa y LA MADRE mira al HIJO MENOR más maternal que nunca)*. Así que ya estás tardando y no se te ocurra volver a interrumpirnos.

- LA MADRE: *(En el mismo tono admonitorio de antes)* Papá... *(Al HIJO MENOR)* Hijo, ¿por qué no te quedas con nosotros a ver el próximo programa? Creo que es uno que va de naturaleza salvaje. *(Al HIJO MAYOR, que asiente)* ¿No es así? Ya sabes: los fundamentos antropológicos de la reciprocidad, las fuerzas físicas y biológicas de la naturaleza, «el caos de los orígenes», las estructuras elementales del parentesco, *(va perdiendo fuelle)* la reciprocidad binaria y la reciprocidad ternaria, la cadena..., el ciclo..., y todas esas cosas que tú conoces mejor que nadie. Seguro que en algún momento hasta hablan de las angiospermas.

- EL HIJO MAYOR: *(Haciéndose el gracioso)* ¿Con periantio o sin periantio? *(Nadie le hace caso)*

- EL HIJO MENOR: *(Dubitativo)* No sé... *(A LA MADRE)* ¿Tú crees que dirán algo de las angiospermas? Yo no lo tengo muy claro. ¿Y de los minerales? A lo mejor tampoco hacen la más mínima referencia a los insectos.

- EL PADRE: *(En tono solemne)* Hijo mío, en la vida salvaje todo cabe, con pareado o sin él. La interacción entre biocenosis y biotopo, el ecosistema, el hábitat... Todo, todo, como ocurre aquí en casa, entre todos nosotros y también *(señalando al televisor-patio de butacas)* con lo que ves ahí enfrente, que no tiene sexo y sin embargo posee todos los sexos a la vez.

- EL HIJO MENOR: *(Movido por la curiosidad, se acerca al proscenio y se pone a mirar en diferentes direcciones, arriba y abajo, a izquierda y derecha, y de frente, como intentando encontrar un punto de luz que le aclare la paradoja que acaba de proferir el padre)* Yo... no veo nada. Se siente, sí, como una especie de vacío. Exactamente algo que está vacío por dentro y vacío por fuera. Todo vacío.

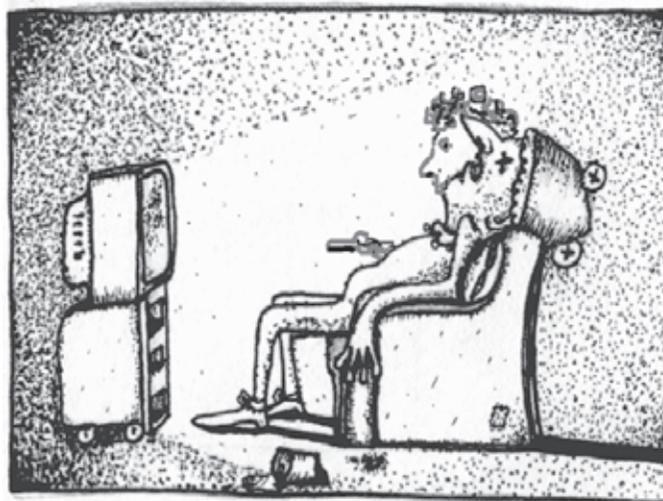
- EL PADRE: Por supuesto. Tú lo acabas de decir con la misma precisión del vacío. Hay... nada. ¿Qué mejor que la nada para una familia como la nuestra que quiere mantenerse unida a toda costa? Acércate, hijo, hazle caso a tu madre, siéntate con nosotros y disfruta del vacío. A lo mejor tenemos suerte y en menos de lo que canta un gallo...

- EL HIJO MAYOR: *(Jocosos)*... o barrita un elefante...

- EL PADRE: *(Fulminando con la mirada al HIJO MAYOR)*... se produce...

- TODOS *(al unísono, menos EL HIJO MENOR)*: ... la consumación de los tiempos.

(EL HIJO MENOR permanece indeciso. Mira alternativamente hacia el invisible televisor-patio de butacas y hacia los miembros de su familia que desde el sofá le hacen expresivos gestos para que se acerque y se siente junto a ellos. Duda un punto más, pero acaba acercándose y sentando a la derecha de LA MADRE, quien lo acoge dulcemente en su regazo. Terminada la tanda de anuncios, parece que va a dar comienzo el tan ansiado programa sobre la vida salvaje: los fundamentos antropológicos de la reciprocidad, las fuerzas físicas y biológicas de la naturaleza, «el caos de los orígenes»... y, por supuesto, las angiospermas. TODOS permanecen expectantes mientras baja el TELÓN)



PALABRAS SECUESTRADAS

Antonio Vidal - Nekovidal

El Miedo, tan cobarde como arrogante y astuto, lideraba la horda de palabras violentas y enajenadas que iban arrasando, una tras otra, todas las aldeas habitadas por los diferentes idiomas que hasta entonces habían convivido en armonía.

Tomad la lista, que no escape ni una: Ilusión, Libertad, Curiosidad, Empatía, Amistad, Convivencia . . . y, sobre todo, que no escape el cabecilla, un tal Amor. Los quiero a todos muertos y olvidados o prisioneros antes de que acabe el día.

Miedo observaba desde lo alto de una colina como eran arrasadas una a una las aldeas, como ardían las innumerables casas de las palabras, mientras comentaba indiferente a Envidia, una de sus amantes, lo grandioso de su obra, el bien que hacían poniendo orden en esas palabras rebeldes que durante siglos se habían negado a servir al poder instituido por Miedo, buen hijo de Hipocresía y nieto de Debilidad, pero incapaz de atraer a Consecuencia y a Igualdad, sus amores platónicos secretos, a las que tanto hubiera deseado poseer.

Envidia disfrutaba viendo la destrucción de cuanto nunca alcanzaría a tener ni compartir. Soberbia sonreía, imaginando el sufrimiento de Libertad y Modestia, sus siempre odiadas enemigas. A Cobardía le brillaban los ojos observando la enorme llanura donde, al morir cada palabra, se elevaban al cielo las letras que la componían simulando volutas de humo.

Desde su cueva, el Silencio Creador, notaba el palpar de su hermano gemelo y vecino, el Silencio Destructor, fiel servidor del Miedo. Sabía que algo grave estaba sucediendo.

La abuela Magia no pudo resistir tanto dolor, murió observando como Integrista, Fanatismo e Ignorancia saqueaban sus baúles y pretendían con ello robar su sabiduría. Sólo la consoló, en su último momento, ver a su nieta Ciencia ponerse a salvo con su madre Razón, huyendo ambas a lomos de Pensamiento, el caballo de Abs-



tracción, su otra abuela.

Tras el ataque, dirigido personalmente por la hija mayor de Miedo, la insaciable y estúpida Ira, vino el reparto del botín:

Libertad, Ilusión y Curiosidad fueron, junto con tantas otras palabras hasta entonces libres, cargadas de cadenas y desde entonces, secuestradas y esclavas, arrastran una triste existencia entre sus captores. Alguna ya comienza a padecer el síndrome de Estocolmo.

Otras fueron llevadas a los burdeles administrados por Egoísmo, un hijo bastardo de Miedo. Allí acabaron Poesía, Política y Democracia entre otras y allí el ingenuo e inocente Paraíso acabó transformándose en paraíso fiscal.

Lógica, Alegría y Anarquía, en compañía de Placer, Solidaridad, Sexo y Hedonismo entre otras, huyeron al monte, resistiéndose al nuevo orden, y desde entonces fueron llamadas bandoleras, criminales y proscritas indeseables. Allí se reunieron días después con otro fugitivo, Amor, y su inseparable amigo Respeto. Aún siguen su lucha.

Mientras, desde la más alta de las colinas que rodeaban los reinos de las palabras, el imprevisible y siempre bienhumorado abuelo Azar sonreía enigmáticamente.

De la violación de la hermosa Empatía por Miedo, creía éste que habría de nacer su heredero, una princesa a la que pensaba llamar Tiranía. Nunca llegó a sospechar que el fruto que Empatía llevaba en su vientre desde días antes era una niña hija del compañero de Empatía, el rebelde, sabio y tierno Amor.

Miedo sintió miedo de no conceder a Empatía, que habría de criar a la que creía su heredera, su única petición: poder elegir el nombre de su hija y, tras sopesar los pros y los contras, lo consintió.

Empatía llamó a su recién nacida hija, que algún día habría de gobernar sobre todos los reinos del Miedo, como había acordado llamarla con Amor, su eterno compañero de juegos y padre de la niña: la llamó Esperanza.

Ya Son Diez Años

Por Begoña Ramírez

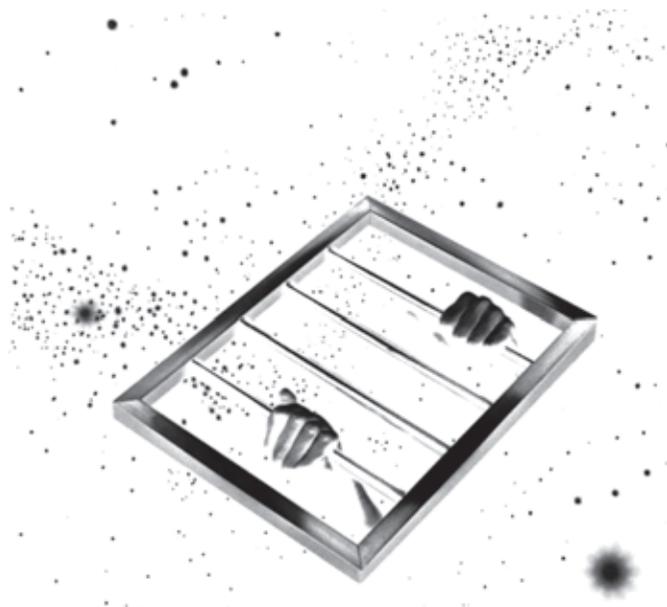
Ya son diez años encerrado entre estas cuatro paredes que al principio se cerraban ante mí y me engullían y no me dejaban respirar. Los primeros días fueron los peores, cuando oía el chasquido de la cerradura tras de mí y me dejaba caer en la cama exhausto. Entonces miraba a mi alrededor y nada tenía color, todo era de un blanquecino amarillento que me corroía por dentro. Cuando la rabia se hacía insostenible golpeaba mi cabeza contra la pared y no paraba hasta que comenzaba a sangrar por la nariz o los oídos. No paraba hasta que el dolor ya no me dejaba continuar o venía algún guardia y como en un eco lejano escuchaba «qué pasa aquí... este hijo de puta está sangrando otra vez... «Habrás que llevarlo a la enfermería». Lo recuerdo todo como en una nebulosa, como si no se tratara de mi persona, algo lejano, y muy confuso.

Recuerdo que me fui familiarizando con cada recodo de aquellas paredes, conocía al dedillo cada desconchón, cada diminuto palmo; a veces dejaba vagar mi fantasía y de la pared salían imágenes que sólo yo podía ver. Hasta que me fui aficionando a dejar volar mis ideas y deambulaba como un zombi hasta caer rendido en el camastro. A menudo se hacía de noche sin que hubiera tenido conciencia del transcurso de las horas. Parece increíble como nos adaptamos a las situaciones más inverosímiles, incluso aquellas que estamos convencidos de no poder soportar.

En medio de todo aquello y sin saber cómo, busqué refugio en el último rincón de mí mismo y allí en la más absoluta desolación pasaban los días y las noches iguales, como en un tiovivo macabro, sin principio ni fin ni lugar para la esperanza.

Empecé a idear la forma de acabar con mi desdichada vida, y eso me tuvo entretenido un tiempo. Hasta que un día a una hora indeterminada, pues para mí todas las horas allí eran iguales, me encontré sin saber cómo con un libro en las manos. Cuando después de examinar detenidamente sus tapas y jugar con él con total embeleso me decidí a abrirlo, las letras se amontonaban todas agrupándose en un borrón difuminado de tinta. No, mi visión no fallaba pero mi mente seguía demasiado confusa, atemorizada, bloqueada.

Comencé a leer repitiendo quedamente las letras, como un niño que acaba de aprender y poco a poco me fui engancho a las historias, los paisajes... De pronto me encontraba en Londres, en los años 20 o en la Rusia im-



perial o en el París ocupado por los nazis o en cualquier otro lugar.

La lectura se convirtió en una adicción que me liberaba. Libre por fin otra vez. Con infinita paciencia y por mero instinto de supervivencia fui limando hora tras hora cada barrote impreso en mi mente y dejaba que volara mi imaginación tan lejos como pudiera llegar, tanto que a veces me costaba regresar de nuevo. Un día recuerdo que vi de pronto delante de mí la silueta de uno de los guardias que movía los labios enfadado, pero yo no oía lo que me decía; hasta que el sonido se hizo patente y escuché: «Llevo más de diez minutos gritándote desgraciado estás sordo o qué... Tienes que empezar a trabajar en algún taller».

El funcionario me dejaba entrever de esa manera tan burda que no me quedaba más remedio que colaborar. Allí dentro estaba claro que no eras nada ni nadie... un «tú» cualquiera bastaba para nombrarte. Y eso que yo era un preso común, como suele decirse, a los especiales los tenían aparte y de vez en cuando llegaba alguna noticia fugaz de que en algún módulo se había producido un altercado. Siempre desagradables y en la mayoría de los casos con heridos o lesionados, o algo peor.

Pero nada de eso importaba cuando conseguía abstraer mi mente y ya no estaba allí ni en ningún lugar, sino flotando en un espacio indeterminado en el que sólo yo tenía la llave para entrar y salir.

De todas las cárceles, las que aprisionan nuestro pensamiento sin que a veces seamos conscientes, tal vez sean las que más nos esclavizan.

He visto muchos presos en la calle, deambulando con desenfadada furia, anquilosados en un esquema fijo de pensamiento, sin ojos para ver ni oídos para escuchar, sin tacto, ni olfato, ni gusto. Los veo ahora a diario, ahora que por fin he conquistado también esa otra libertad tangible, esa que me permite pasear y contemplar la belleza.

REY DE CORAZONES

Por Pilar Redondo

En el estanque de la condesa De Morange están bañándose ya los granados. Las araucarias se han ido arremolinando a su alrededor para contemplar desde primera fila las trepidantes caídas libres, las ahogadillas de supervivencia y las piruetas de payaso... ¡algunas tan patéticas! de las novatas que hasta hace unos pocos días se jactaban de sus vidas alto privilegiadas en los mejores áticos del jardín. El pequeño lago se va patinando de un marrón-amarillo, que va a dar algo más que hablar y hasta más que oler, si el jardinero ese que nunca aparece donde hace falta, no le pone remedio desde ya.

El viento se ha disgustado con Manuel, el jardinero maniatado por la condesa en un lazo de tres por uno, que vive obsesionado con ese tira y afloja ante las rebeldías de adolescencia de su afrancesado jardín. Ese morbo de sábado noche, cuando la condesa, antes de regresar su marido del club de golf, le ofrece una breve tacita de té, mojado en una sonrisa de cocina con olor a croissant, camareras invisibles y un poso un tanto almizclado, que mezclado con el de su perfume, le produce instantáneamente un vértigo irracional, un miedo visceral a perder el remanso de su jardín, en el que se ha refugiado desde que mi madre se fue, hace ya más de cinco años, y del que no está dispuesto a salir por nada de este infiel y solapado mundo.

El viento, cuando se disgusta con Manuel, acumula y no para de acumular corazoncitos verdes por doquier, que ya no son para él. Manolillo, como le llamaban por aquel entonces, perdió a la mujer de su única vida una desquiciada noche, tras una tormenta de rayos y truenos como latigazos y una partida de golf que se alargó hasta algo más del amanecer. Una partida entre caballeros, eso sí. El conde, su cuñado, uno de sus sobrinos y su propio hijo.

Y ahora Manuel, el jardinero de este jardín tan embaucador, recoge con cara de sable todos los corazones muertos de un jardín que no es del conde, ni mucho menos. Ni tan siquiera de la condesa. Este embrujo de jardín pertenece ya tan sólo y a perpetuidad a la tierra.

La tierra que parió a todos sus árboles y los amamantó hasta que pudieron erguirse altos y fuertes. La tierra que los sujetó firme ante las adversidades. La tierra que rezó por todos ellos durante las tormentas que llegaron desde los nórdicos deshielos. La tierra, al fin, que suspira por cada hoja que va al suelo, que sufre viendo a sus hijos medio desnudos a las puertas de los meses de rigor, de manta y abrigo.



Sabe, porque es muy sabia, que esto pasará. Pero intuye asimismo, que el siguiente andén se les echará encima a casi todos ellos dentro de poco. Casi todos indefensos y sin experiencia alguna en la lucha libre contra las jugarretas de otro invierno más, siempre tan largamente blanco, arisco, silencioso.

No hay opciones. La tierra se vuelve a encoger de hombros y deja pasar atropelladamente sus hojas más atractivas quizá, las más entrañables, incluso las más fuertes y atrevidas, atrapadas por un viento que no es de por aquí, eso bien lo sabemos todos. Por una lluvia que viaja hacia no se sabe dónde, por un destino que volverá a sumir en un mortal letargo a este jardín de mis mejores años de infancia. De mi primer beso bajo el naranjo. De la siempre y por siempre aplazada fuga con mi primer príncipe de acero azul.

LA FOTO

Por Lola Carmona

Por fin llegaba a mi casa después de una semana de viaje, que parecía haber sido un mes por la intensidad de las vivencias. Había estado en el Sahara y estaba impaciente por descubrir el resultado de aquellas fotos que yo hice con tanto entusiasmo, mientras los demás observaban con bastante hastío y aburrimiento.

El viaje había surgido de repente. Unos amigos me animaron a descubrir el encanto del desierto sahariano y yo pensé que si de verdad existía lo tenía que plasmar.

Llevaba muchos años viajando sin cámara y me molestaban muchas veces las personas que llegaban a convertir la fotografía en su principal objetivo del viaje. Algunas paradas se hacían interminables y otras parecían imposibles de disfrutar ante la persistencia de las cámaras.

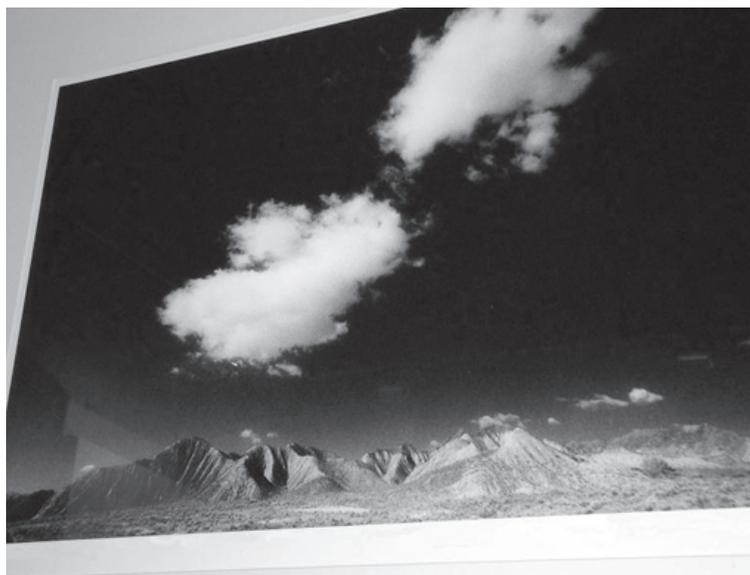
Para mí sentir el momento era fundamental y al hacer la foto dejaba de sentir por pensar en encuadrar, colocar, recordar, contar... y eso, anulaba la magia del paisaje.

Y esos principios que parecían ya arraigados en mí, fueron dejando lugar a otros que me animaron a comprar una cámara de fotos. Pensé en la posibilidad de plasmar la magia de un lugar único por su pureza de ambiente y en continuo cambio físico por el viento. Quería fotografiar el presente más puro que se transforma a cada instante.

Las caras, los paisajes, los objetos, los colores, la belleza, hasta los sentimientos salen fácilmente en las fotos, pero ¿y la luz que los rodea? Esa luz que envuelve todo y que va más allá de la claridad y del color, era la que yo me había propuesto atrapar.

Cuando llegué me cautivó la noche y el intercambio con el día. La salida y puesta de sol es un gran regalo diario que se puede disfrutar desde cualquier lugar de la Tierra. Ese momento mágico en el que el sol nos deslumbra con sus colores, allí adquiriría una especial belleza al irradiarse sobre la arena. Los colores iban transformando todo y la luz nos hacía suya.

Una idea surgió en mi cabeza y era la de retener el momento que nos transportaba fuera del tiempo y del



espacio, donde dejábamos de ser yo para integrarnos en el todo.

Precipitadamente saqué la cámara, la conecté al ordenador, visualicé las imágenes y... ¡un desastre! No sé si era por la máquina o por mí, pero la verdad es que las fotos eran mediocres y por supuesto no había conseguido fotografiar la luz que envuelve cada instante ni

nada que se le pareciera.

A pesar de mi gran desilusión tenía que hacer un esfuerzo y trabajar con aquellas fotos para tener algún recuerdo del viaje. Así que, pasado el duelo, me puse a ello seleccionando las que veía más adecuadas y eliminando las que estaban mal, entre las que se encontraban numerosas nocturnas donde no se veía nada más que manchas.

Yo había hecho muchas de noche, en lugares oscuros y sin flash, para poder atrapar la luz de la oscuridad. Sí, la oscuridad tiene su propia luz, aunque muchos creen que es la ausencia de ella, y esa luz había sido mi gran obsesión. La noche del desierto tiene una luz especial. Las estrellas allí brillan con una intensidad desconocida para nosotros, pues la luminosidad, la contaminación y la humedad no las debilitan.

Aquello lo viví como un verdadero fracaso ya que yo estaba convencida de que iba a conseguir mi objetivo y en el peor de los casos tendría unas fotos maravillosas que serían admiradas y valoradas por todo el mundo. Como era obvio que me había quedado muy por debajo de mis expectativas, me empecé a sentir mal. Mi estado anímico bajó tanto que empecé incluso a coquetear con una pequeña depresión. No podía dejar de pensar en ello. Todo mi esfuerzo no había servido para nada.

Y cuando me encontraba más frustrada y decaída, en ese momento en el que todo se funde en un sentimiento de anulación personal, entonces y sólo entonces la vi.

En un desesperado intento de búsqueda había decidido volver a revisar las fotos por última vez y fue cuando la descubrí. Sí, sí, la encontré. Se me había pasado porque estaba muy oscura y se veía muy poco. De hecho no la



había eliminado por dejar alguna como recuerdo de esa obsesión foto lumínica nocturna que había tenido.

Era una foto en la que se veía la primera luz del último amanecer en el desierto. La foto se había echado desde el interior de la haima y a través de la puerta abierta se veía una mínima claridad. Con esa mínima claridad se percibía perfectamente la luz de dentro y de fuera, mientras que todo lo demás quedaba en un claroscuro dónde las cosas más que verse se imaginan. En aquella foto quedó atrapada la primera luz del día y la última de la noche.

¿Qué había ocurrido para que la luz se hubiera quedado en aquella imagen?

¿Por qué sólo en ella?

Tendría que conocer el funcionamiento de la luz y eso se me hacía muy difícil. Pero pensando en la causa, busqué la razón y entre un montón de ideas desechables encontré mi respuesta.

La luz había jugado conmigo. Tiene entidad propia, aunque la percibamos de forma diferente. Está en todos lados y aunque parezca que es parte de las cosas, no es así.

Son las cosas las que le pertenecen.

Cuando hacemos una foto la luz deja que nos llevemos colores, formas, incluso emociones y sentimientos; pero ella sale a hurtadillas sin que nadie la perciba y queda de constancia de su existencia.

Ese día, la luz quiso dejarme un regalo de despedida. En mi intento por atraparla nos habíamos sentido, al sentirnos nos habíamos conocido y al conocernos habíamos creado unos lazos afectivos entre las dos.

Ella jugó conmigo. Me demostró quién tenía el poder, pero a su vez me quiso dar una muestra de amistad regalándome lo que yo más deseaba «la luz de un instante» y esperó al primer rayo del último amanecer.

El mejor momento era ese en el que la noche va dejando paso a un nuevo día. En ese instante la luz toma posesión de su fuerza e irradia todas las cosas haciéndolas suyas. Ese instante, me lo quiso regalar como despedida.

Desde entonces, cada vez que me despierto, lo primero que hago cuando abro los ojos, es saludar a mi amiga y darle las gracias. Hoy, creo que me ha sonreído.

EL NIÑO SOLDADO



Por Alejandro García Boyano

Está roto encima de la jungla como un muñeco de trapo. En su cuerpo se mezclaban la juventud y la muerte. Tenía 16 años.

Es algo tan gigantescamente pequeño como un hombre. Un hombre niño hecho de la misma levadura que los demás; amasados con huesos, sangre, pellejo y vísceras, no sabía para qué vivía y por qué mataba. O quizá, cuando al niño hombre se le vació la vida, tuviera el pensamiento lleno de sueños hermosos, de causas nobles y acciones generosas y bonitas, no se sabe.

Es posible que su corazón sintiera el calor de la mujer que hizo algo tan importante como darle el ser, y en el alma la caricia tibia del beso ansioso que empezaba a intuir de la mujer que pudiera ser la mitad de la razón de vivir.

Nunca se sabrá quién fue ni cómo se llamaba, es uno más de los que se quedan en esa esquina del mundo que esta roja de fuego y negra de odio.

El macuto del nene guerrillero estaba lleno de balas. Caminaría con él muchos kilómetros y es probable que pensara, al sentir su peso sobre la espalda, que llevaba colgado el saco donde guardan todas las maldiciones del mundo.

Las manos del niño humano parecen querer atenzar, desesperadamente, a los recuerdos que fueron la parte rosa de su vida.

El guerrillero destrozado en la jungla, nos sobrecoge, nos araña el alma y nos amarga a todos. Lo del jovencito muerto es despiadado, brutal e inhumano.

El suelo ardiente de África, el fango de las selvas de Asia y sus montañas y las arenas de sitios diferentes de este nuestro globo se siguen tiñendo de rojo.

Al suelo ardiente, al fango de las selvas, a las arenas irredentas ya le duelen las entrañas desgarradas de tener dentro tanta muerte.

Los fabricantes de armas y sus representantes se reúnen con ministros en el mejor hotel de los Estados Unidos, allí la prensa y los fotógrafos no paran, ninguno lleva entre sus manos la fotografía del hombre muerto con las manos crispadas.

Leyenda de Ab-Morokueis y Lailaa (Amor eterno)

Por Alejandro García Boyano

Ab-Morokueis (Kueis) es (mucho antes del nacimiento de Mahoma) un miembro de la tribu de Koreish, de la Arabia Feliz. Lailaa es de la misma tribu pero de distinta fracción, que, circunstancialmente está enemistada con la fracción de Kueis. Kueis se enamora intensamente de Lailaa, hasta el punto de seguirla a todas partes (no olvidemos que las fracciones –familiares– estaban en guerra), y consigue que Lailaa, que es indiferente a las luchas tribales, le dé una cita a la orilla del mar.

Cree Kueis en la promesa y se va a esperar a Lailaa, sin pensar en que ella olvide la promesa hecha y no acuda.

Pasa un mes esperando y Kueis se alimenta únicamente con «imesuac» (palillo que emplean los musulmanes para limpiarse los dientes) y por temor a que le pase desapercibida la aparición de Lailaa, adopta una postura que no cambia, hasta el punto que se le paraliza un brazo y el costado izquierdo, y el sobaco se le llena de granos que Kueis soporta estoicamente, a pesar de no conocer nada sobre el estoicismo.

Extrañada Lailaa, de no ver a Kueis, pues estaba acostumbrada a ser seguida, decide pasar cerca de la playa «por si Kueis estuviera esperándola», como así es. Se acerca montada en su digno camello, ve a Kueis entre unas rocas y se da cuenta de que él no puede levantarse. Ella entonces le hecha su isaaz (manto) y ayuda a subir al tullido, marchando juntos.

Lailaa, aterrada por aquella manifestación de amor quietista, promete a Alá que jamás querrá a un hombre que no sea Ab-Morokueis.

Tiempo después Lailaa recibe de Kueis un poema en el que, en traducción muy libre dice:

*¡Oh Dios mío! ¡Oh mi Dios!
Tú que eres el Dios de Lailaa
imprégna la de voluntad
para que pueda quererme
como a ella yó la quiero.*



Por lo que sigue en la leyenda, da la impresión de que ese ruego es escuchado, y posteriormente hay un intercambio de poemas y el amor de ambos arraiga firme y seguro.

Según un pensamiento musulmán «la mujer que ama hace lo contrario de lo que el hombre desea para incitarlo al amor»

Reina la paz entre las familias y los enamorados y cuando nada ya se opone a su unión, Lailaa no

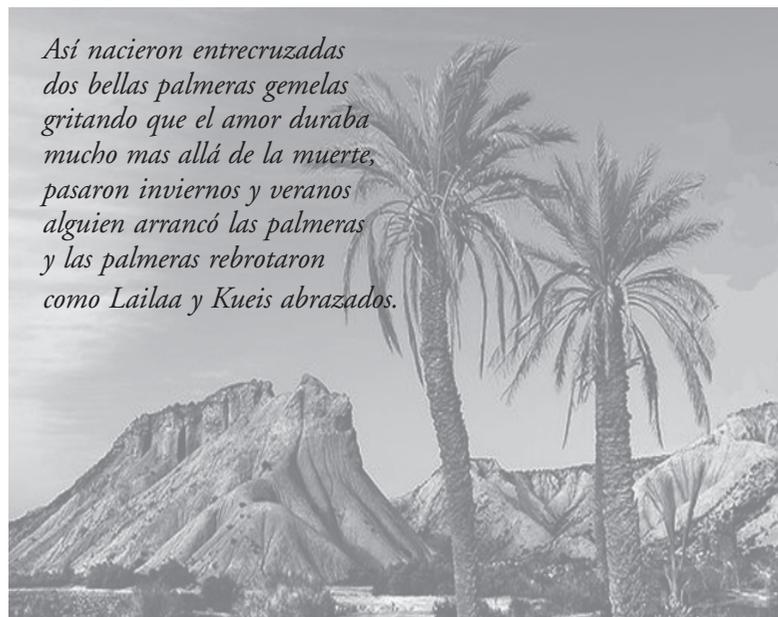
quiere resolver su amor en boda y decide no casarse.

Ab-Morokueis muere de tristeza, de la más terrible de todas las penas, la pena de amor; pero antes de morir hace una petición a Lailaa «Si algún día pasas cerca de mi tumba y me llamas, mi alma habrá de contestarte».

Pasa el tiempo, y Lailaa visita la sepultura y decide llamar a Kueis. La voz profunda que contesta asusta al pobre camello que montaba la bella árabe, y ésta cae, matándose al instante.

Es enterrada con Kueis y meses después, al pie de la sepultura, nacen dos palmeras unidas que dan fe de su amor en el más allá.

*Así nacieron entrecruzadas
dos bellas palmeras gemelas
gritando que el amor duraba
mucho más allá de la muerte,
pasaron inviernos y veranos
alguien arrancó las palmeras
y las palmeras rebrotaron
como Lailaa y Kueis abrazados.*



RETAZOS DE LA MEMORIA (TAPIZ)

Por Joaquín López Martín

I. Laguna de Fuente Piedra

Sobrevolando la vega y el río, posadas en la rama de un chirimoyo, sobre el paredón casi siempre en grupos o parejas, las garcillas blancas nos visitan. Hace años cuando había una charca donde hoy se levanta un hotel en la playa de San Cristóbal al lado del puente, entre juncos y jopos de agua, se concentraban allí con algunos patos. Sobre un árbol de chirimoyo seco, bajo mi casa, se posaron en ocasiones grupos de doce o más.

Hace pocos años fui con mi sobrina Luisa a Río Verde a ver dos familias de anátidas de distinto plumaje, con sus patitos, que tranquilos nadaban por el estuario del río, cerca de la playa y antes del puente, donde tiempo atrás se hallaba la laguna de Fuente Piedra, desecada para construir parte del barrio Fígares y las Góndolas.

La laguna a pocos metros de la orilla del mar, estaba formada por el estuario del Río Verde, que se ensanchaba y alimentaba por un manantial de agua dulce, rodeada de juncos, cañaverales, multitud de plantas acuáticas, algunas de verbena y profusión de algas. A principios de los sesenta era un humedal, habitado por anfibios, peces y anátidas, bebedero para toda clase de pájaros.

Allí iban las mujeres a lavar la ropa en sus márgenes sirviéndose de tablas o grandes piedras y los niños jugábamos por las orillas entre juncos, matranzos, hierbabuena y algas, pues el interior, aunque no mucho, era profundo.

Mientras jugábamos veíamos saltar a las ranas y renacuajos, gusarapos en sus diferentes estadios de metamorfosis. Era un lugar de cuento que nunca debería haber desaparecido.

II. Selva de chirimoyos

Cuando era un niño, acompañado de mi hermano menor, y algún amigo o amiga, me gustaba explorar las hazas de chirimoyos como si nos encontrásemos en la selva. Andando por la margen izquierda de Río Seco, entre los árboles, siguiendo las acequias y los pequeños balates, en uno de ellos encontramos una lechuza que nos miraba fijamente con sus ojos muy abiertos. Descubrimos un altozano en el que crecían un par de higueras y algunos plataneros, el suelo estaba cubierto de grama y algunas hierbas arborescentes.

Aquel sitio nos cautivó, parecía una isla en medio de



un verde mar de árboles.

Algunas tardes nos llevábamos la merienda y nos la comíamos allí sentados, después de jugar. Una vez encontramos un gran rancho de plátanos oculto bajo unas hierbas secas.

III. Cázulas

Se acercaba el verano y el buen tiempo, junto con las largas tardes, invitaba a salir de excursión. Ese día Antonio M. nos subió a todos los niños en el Land Rover y fuimos por la carretera de la Cabra Montés hasta el desvío de Cázulas. Pasado Jete y Otívar, subiendo a la izquierda, se tomaba un camino de tierra que descendía entre pinos hasta el valle del río, en donde una imponente mansión con su capilla se erguía solitaria, propiedad de la vieja marquesa de Cázulas.

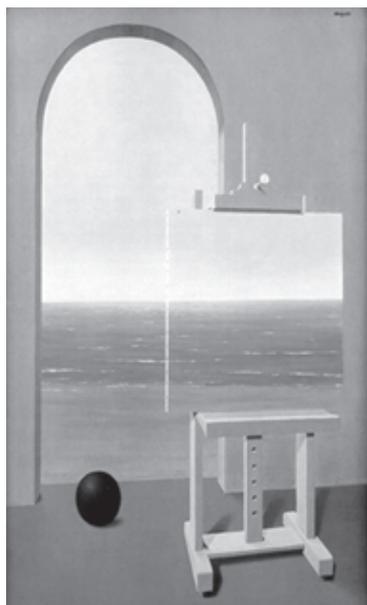
Cerca de allí había un estanque de aguas claras alimentado por un riachuelo que manaba de una fuente cercana. En unas aguas frías y transparentes nos bañábamos y jugábamos. Luego dábamos un largo paseo bajo los pinos buscando piñas y piñones. Entre unas rocas cubiertas de musgo un manantial surgía en un hilo de agua de una hoja seca dispuesta en su nacimiento. A veces una mariposa revoloteaba delicadamente posándose en cualquier florecilla. A mi me entretenía coger ramos de plantas aromáticas, cuyo olor más tarde en casa me evocaba el paraje en que las hallara.

IV. Día de playa

Para acceder a la playa en la que deseábamos pasar el día, después de caminar hasta la de Cotobro, tuvimos que atravesar varios tramos de rocas sin camino; había una parte la cual sólo se podía atravesar a nado, cuidando de no mojar la comida ni las toallas y la ropa. Queríamos pasar el día en una playa solitaria y no nos deteníamos ante nada. Al llegar a la cala encontramos una barquita varada y una pareja con su sombrilla, el resto quedaba

sólo para nosotros.

En la arena de la orilla del mar, semienterradas destacábanse nacaradas caracolas, de las que en ese día encontramos en profusión en este lugar poco concurrido, en donde el continuo oleaje había depositado multitud de caracolas y conchas marinas de formas elegantes; algunos resacos caballitos de mar, enredados en algas filamentosas y pequeñas estrellas de mar aún en el rebalaje.



A eso de las cuatro de la tarde sacamos la comida que amorosamente nos prepararon nuestras madres, algo de beber y compartimos entre todo el grupo lo que llevábamos. Pasamos toda la tarde bañándonos, tomando el sol, explorando los alrededores entre almendros y un barranco en el extremo contrario al de llegada, al oeste, por el cual subimos un poco.

Éramos muy jóvenes y la jornada constituyó toda una bella aventura para hoy, en la distancia, ser rememorada.

V. Adolescencia

Nosotros a principios de los setenta éramos un grupo de muchachos y muchachas adolescentes. Debido entre otras cosas a nuestra formación, trato y amistad con extranjeros, sobre todo americanos y alemanes, y por las ganas de experimentar cosas nuevas, constituíamos la vanguardia y modernidad entre los jóvenes de nuestra edad. Vestíamos de forma diferente y atrevida, no teníamos prejuicios; fumábamos maría y hachis. Nos sentíamos y comulgábamos con la filosofía hippie y sus ideales.

Independientes para nuestras edades y con personalidades definidas; hacíamos una pandilla que brillaba con luz propia entre la monocromía reinante en este pequeño pueblo de veraneo.

Sobre todo en otoño e invierno, venía la gente más interesante, algunos de ellos volvían de India o Nepal: americanos, alemanes, suizos, franceses, con los que congeniábamos. Ellos solían ser algo mayores y nos veían como a pequeños adelantados.

Algunos vivían aquí durante años, otros se quedaban largas temporadas. Músicos, escultores, pintores, escritores y artistas en general formaban parte de ellos.

Hacíamos fiestas en los chalets alquilados por ellos: en las que fumábamos, bebíamos, se tocaba música, cantábamos y bailábamos. Eran tiempos de grandes ideales y exaltación de la amistad.

Mar

Por Joaquín López Martín

Mascota, compañera y amiga, ser lleno de cariño cuyo amor y fidelidad me emocionan y llenan mi alma de correspondido amor, su mirada tan llena de palabras y a veces preguntas. Sus gemidos y ronroneos pidiendo contacto y caricias, leves aullidos.

Pasamos los días juntos y me cuesta tanto separarme de ella, ahora duerme en su cestita de goma espuma cosida a una tela azul y roja; con corazones y círculos dibujados encima de un cobertor doblado para aislarla de la frialdad del suelo, tapada con su mantita azul descansa. Hace poco más de un mes fue operada de un tumor en una mama, ya esta bien. Unos años atrás tuvieron que extirparle los ovarios porque los tenía inflamados, llenos de pus.

La quiero tanto a mi Mar, compañera silenciosa siempre pendiente de mi estado de ánimo. Si me ve meditando o triste se acerca y gime llamando mi atención y demostrándome que está a mi lado.

Algún día el hombre se sorprenderá ante la sabiduría de estos seres —dispuestos a darlo todo sin exigir nada más que un poco de cariño.

Algunas tardes más o menos a la misma hora salgo a dar un paseo con mi perra. Me dirijo siguiendo el cauce de Río Seco, hacia la playa de San Cristóbal, en otoño invierno es ideal para ver los largos atardeceres, sobre todo en otoño, a hora temprana.

Mar va contenta, pues lo que más le gusta es correr y revolcarse de espaldas en las piedrecitas o la arena de la orilla de la playa; si se acalora mete su vientre en el agua, juega un poco en el rompeolas, se refresca y sale como si fuera todavía un cachorrillo.

Aquel día no era demasiado soleado, más bien se nublaba a intervalos lo cual repercutía en que hubiese menos gente en San Cristóbal.

Mar y yo paseamos por el rebalaje, busqué algunas caracolas entre las barcas varadas y nos sentamos un ratito en la playa. Al poco noté la intensa humedad, y nos dirigimos al bar para tomarme un té, mientras esperaba el ocaso del astro rey. Ella tumbada a mi lado me miraba y descansaba.

Mar compañera de mis días, siempre callada observándome amorosamente, mi fiel amiga te quiero tanto.



EL EFECTO MARIPOSA

Por **Vicky Fernández**

Natalio Rueda, además de la desgracia que, según su madre, tuvo cuando estaba preñada de él, se le unió la mala fortuna de ver la luz primera, en Ruilverde, mi pueblo. Un pueblo pequeño, de interior, agrícola y como consecuencia de su orografía e idiosincrasia el más intolerante, cateto y cerrado no sólo de los pueblos de la comarca, sino también, del país y del mundo entero.

Así que, el pobre Natalio que casi desde su cuna ya mostraba algunos signos de ser diferente a todos los de su género masculino, y empezaba a tomar el camino más bien por la acera de enfrente, o como se dice ahora: perdía aceite, tuvo que aguantar el tiempo que vivió en Ruilverde los sobrenombres más variopintos, como mariposón, sarasa, mariquita, maricón. La incompreensión de los vecinos de todas las edades hacía distinta su manera de ser.

Pero, a pesar de que investigadores y psicólogos no se pongan de acuerdo en el origen de la tendencia sexual hacia el mismo sexo que tienen algunos habitantes del planeta, otros lo llamen enfermedad, o como la Iglesia que la califica de perversión y de vicio, los de mi pueblo sin ser pedagogos, ni tener entendederas psicológicas, opinaban que a Natalio le venía su mariconería de diversas variantes que se le presentaron en su vida.

Una era que a Rosa, su madre, le aseguraron las mujeres más veteranas que “estaba de niña”. Que tenía la barriga muy gorda, que los labios hinchados, que las manchas en la cara, que si andaba así o asao. La prueba más fiable fue la del péndulo, con la medalla del santo patrono oscilando encima del vientre materno. En fin, que como en aquellos años no había ecografía que augurara el sexo del feto, ella preparó toda la ropita de color rosa, recargada de encajes y lazos, sábanitas de cuna y cochecito con los mayores floripondios y miriñaques. La habitación rebosaba de muñecas y peluches, además, después de diez años de esterilidad matrimonial, la alegría de la pareja al saberse padres fue tal, que quisieron echar la casa por la ventana. Durante los casi diez meses que duró el embarazo, el parto la burra como llaman a las que se pasan de las nueve lunas, se confirmó con todo pronósti-

co que la Rosa estaba “pa niña”.

Pero algo falló en los cálculos femeniles, porque la partera lo primero que vio al tirar de la llorona criatura fue una pilila.

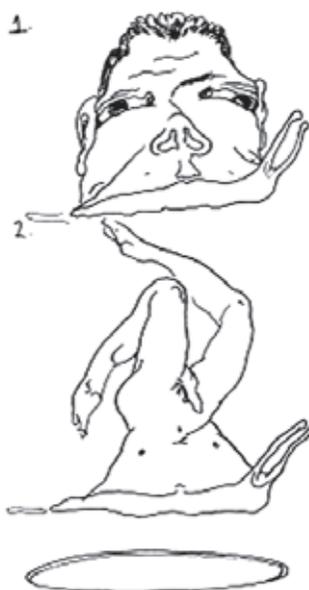
Así que, además de la momentánea decepción de los nuevos papás, les pilló de sorpresa y por supuesto colocaron al recién nacido toda la ropita que habían preparado y además el ajuar y los juguetes. Tenían bordado en casi todos los faldones y sábanas el nombre de Natalia y tan sólo tuvieron que quitarle el rabito de la a; así que se llamó Natalio.

Una segunda variante que barajaban los del pueblo era que el niño se crió con muchos mimos y gachas, que los zagales tenían que ser más sufridos y Natalito era un blandengue.

Y una última variante era, que hasta de mocetón estaba todo el santo

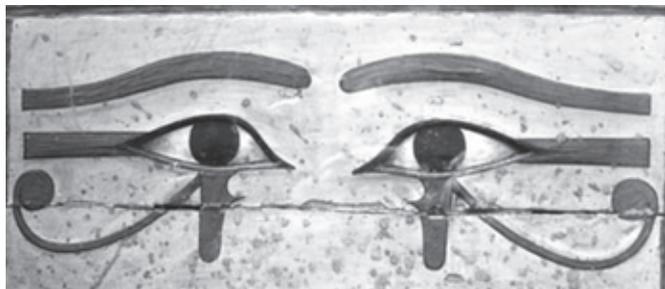
día en casa bajo las faldas de las mujeres, cuando no de la madre, era de la abuela, de las tías, primas y vecinas. Que los muchachos tenían que estar en la plaza tirando «pedrás» y detrás de las chiquillas, o en el campo con los animales. Que si no, pasaría lo que pasó.

Para Rosa, la madre, la única explicación de que su Natalio fuera como fuera, era el efecto mariposa, lo tenía clarísimo. Cuando estaba embarazada de cinco meses, se le antojó una mariposa que vio revoloteando en el patio, era bellísima, de unos colores indescriptibles. Ella se pasó el día intentando atraparla, pero le fue imposible. Consecuencia de no poder satisfacer su antojo: en vez de salirle una mariposa en la cara, en la espalda o en cualquier otra parte del cuerpo como a otros bebés, el suyo se convirtió en mariposa.



NOCHE DE VIGILIA

Por Vanesa Vallejo



A esta hora de la mañana, las siete menos cuarto, y después de estar desvelada algún tiempo, me he puesto a escribir la reflexión que llevo haciéndome desde hace un tiempo, aunque nunca antes he sido capaz de expresarla. Ahora bien, me parece un poco confuso, que en los tiempos que corren, en los que reina en teoría un espíritu democrático, las personas que como yo creemos en Dios, (aunque quizás yo no sea el mejor ejemplo, pues no creo en el Dios que se nos impone desde pequeños) tengamos que hacerlo de manera oculta o avergonzándonos de ello. Sí, y digo bien, avergonzándonos de ello, pues eso es lo que siento o sentimos cuando reconocemos ante alguien el hecho de creer, con lo cual, cada vez lo hacemos menos o no lo hacemos.

Muchas veces me siento, y perdón a los homosexuales de antemano, «en el armario» y dándome vergüenza o miedo salir. Últimamente, y no sé si habrá más personas que sientan lo mismo, parece como si creer fuera un signo de falta de cultura, o una señal de carencia de inteligencia. Y quizás lo sea en mi caso, o en el tuyo, pero no pienso que todas las personas que creen en Dios, vayan a carecer de estas dos cualidades. En fin, no sé si tendréis esta percepción del tema, quizás los que ven el hecho de creer así, son los miembros de mi entorno cercano, familia, amigos, conocidos... Quizás porque ha ocurrido alguna tragedia... No sé... El caso es que en un tiempo de tolerancia, has de omitir tus creencias para sentirte bien, y que no te tachen de inculta o poco inteligente, bueno, sentirte bien no, quedar bien sería más correcto.

He de reconocer que quizás cueste entender a los demás, quizás yo haya hecho lo mismo en otros aspectos de la vida sin darme cuenta; lo que sí tengo claro es una cosa, quiero estar siempre en constante evolución, en continuo proceso de cambio, pues que yo no tenga tus mismas ideas, tus mismos principios, no significa que sea superior a ti, más inteligente, lo que importa no es pensar todos de la misma manera, o creer en las mismas cosas, lo que importa es crecer aportando cada uno su granito de arena, eso sí, apoyo las diferentes creencias e ideas siempre que no vayan en detrimento del ser humano. Con esto, cierro mi reflexión por hoy, espero que les haya gustado.

COSAS DE JUANICO



¿Pensamientos? Por Juan López

A lo largo de nuestra existencia se nos recuerda, sin aviso y casi siempre inoportunamente, de que todo tiene su fin. La perseverancia de este hecho nos indigna y exaspera. Así, egoístas, ignoramos todas las maravillosas e irremplazables existencias que nacen a nuestro alrededor, que como justa retribución a la pérdida, son nuestra razón de futuro.

De esta manera no advertimos que todo ello es solamente una enseñanza más con la que nos obsequia la vida, con el único buen propósito de aleccionar tanto nuestra ingenuidad, como nuestra soberbia, para que no olvidemos que lo longevo nunca es eterno, y que todo lo que amamos y creemos poseer, nunca fue, ni será nuestro.

La botella de agua

Por Antonio Vidal _ Nekovidal

La botella de agua en el río de la vida.

Me dejé llevar por el río y empapado comprendí, que el mismo agua cristalina que riega la vida es lluvia fértil, lágrimas, baño dulce, riada o sudor, que no hay placer al que no acompañe un dolor ni dolor tras el que no se esconda, cauto, un placer, que todo forma parte de todo y todo vale por igual, que los sueños no tienen propietarios y así ha de ser, y que en una botella de agua no se puede encerrar, ni el río de la vida, ni un deseo sincero de crecer.

Ligera flotará la botella arrastrada por el río, y se hundirá poco a poco, triste y arrogante, cuando, pesada y llena, río se llegue a crear. Porque en el juego de la vida, al final, sólo gana quien juega como la vida . . .

...

y la vida siempre juega limpio.



Poco antes del diluvio

Por Ricardo Sanz



–Hola, Noé.

–¡Eh!, ¿quién anda ahí? –preguntó Noé sin dejar caer el azadón con el que intentaba trazar algún surco en aquel pedregal en el que vivía sólo con su familia y apartado del mundanal ruido.

Bajo el único árbol, una higuera, que crecía en muchos kilómetros a la redonda había un hombre joven de aspecto desaliñado.

–¿Quién eres tú? –volvió a preguntar Noé–, ¿cómo has aparecido aquí sin que yo me diera cuenta? ¿No habrás venido para hacerme algún daño? No tengo nada de valor y ya he cumplido seiscientos años, la muerte me importa poco.

–Para, para –interrumpió el forastero–, mira que sois mal pensados los humanos, no os fiáis ni de vuestra propia sombra. ¿Qué quién soy? ¡Ja! Soy el que Soy o el que No Soy, como tú quieras; siempre he estado aquí y siempre estaré, y no me refiero a estar sentado debajo de esta higuera.

–Al menos podrás decirme tu nombre –dijo Noé, manteniendo las distancias con el forastero y sin soltar el azadón de su mano.

–¿Mi nombre? ¡Ja! Yo soy El Innombrable, yo no tengo nombre, aunque os empeñéis en dármelo, o yo soy todos los nombres, como tú prefieras, a mí me da lo mismo.

–Ya, El Innombrable –repitió Noé sarcástico–. Bueno, ¿y qué es lo que quieres de mí?

–He venido a anunciarte el Diluvio Universal; mira, me caes bien y quiero que te salves.

–¿El Diluvio Universal? ¿Y eso qué cosa es?

–Pues no lo sé muy bien, se me ocurrió y todo lo que se me ocurre, ocurre. Me pasó lo mismo cuando se me ocurrió lo de «hágase la luz», pero yo no soy electricista ni nada por el estilo, yo simplemente imagino, pero no te puedo explicar lo de la implosión cósmica del vacío caótico, porque no tiene explicación, simplemente ocurrió. Y con el Diluvio Universal pasa lo mismo, que no sé muy bien cómo va a ser, pero sí sé que va a caer agua a manta sobre la tierra y todo bicho viviente que hay en ella perecerá, incluidos vosotros.

–Ya –volvió a interrumpir Noé en el mismo tono sarcástico, mientras pensaba: otro mesiánico iluminado, menudo majara que se me ha juntado esta mañana, ay Dios mío cómo si no tuviera suficiente con tener que currar esta tierra inmisericorde.

–Bueno, Noé, a lo que iba. Que yo no sé muy bien lo que será el Diluvio Universal, pero las aguas del mar y las de los cielos se tragarán toda la tierra y perecerá toda crea-

tura que imaginé, así los humanos, como los animales y las plantas.

–¿Y eso por qué?, vamos, si es que se puede saber – Noé había optado por seguir la corriente a aquel loco, no se fuera a poner furioso.

–Pues porque me tenéis aburrido con tanta disputa y tanta cicatería como vivís. Os di el Jardín del Edén y lo habéis convertido en una Jaula de Grillos.

–No te sigo –dijo Noé–, vamos que no entiendo ni papa de lo que estás diciendo.

–¡Ja! No hay nada que entender, yo soy El Indescifrable.

–Pues El Indescifrable se podía dar media vuelta y largarse por donde ha llegado, porque a mí me queda mucha faena por hacer.

–Ya está, ya he desaparecido. ¿Mejor así?

–Eh, ¿dónde te has escondido? –preguntó Noé acercándose a la higuera para mirar detrás del tronco, único lugar donde aquel jipi loco se podía haber escondido.

–Estoy aquí –oyó decir Noé y miró hacia las ramas de la higuera de donde procedía la voz y vio a un cuervo.

–¿Te gusta más así? O prefieres que me convierta en lagartija –y Noé miró a sus pies, de donde ahora procedía la voz y vio a una lagartija –, o prefieres que sea una piedra o un dragón o un gigante –y Noé dio un salto hacia atrás ante aquel descomunal tipo que se encontraba frente a él.

–¿¡Cómo puede ser!?! –exclamo Noé. Tengo que dejar de beber leche fermentada de cabra, pensó.

–La culpa no la tiene la leche fermentada de cabra – oyó decir al forastero que estaba otra vez debajo de la higuera –. Da lo mismo cómo puede ser, es, soy, yo soy El Incognoscible. Y quieres ya dejar de dudar y prestar oído a mis advertencias o tengo que seguir con los trucos para que te convenzas.

–¿Cómo lo haces? –preguntó todavía Noé que no las tenía todas consigo.

–No sé cómo lo hago, y si no lo sé yo, menos lo vas a saber tú. Yo soy El Misterio, El Sagrado, El Secreto, dilo como quieras, o mejor no lo digas que también soy El Inefable. Mira, hazme el favor, no le des más vueltas, coge a tu mujer, a tus hijos Sem, Cam y Jafet y a las mujeres de tus hijos y tiráis para Abisinia...

–¡Eh!, para, para –interrumpió Noé–, ¿cómo que tiremos para Abisinia?

–Me estoy dando cuenta –dijo el forastero– que ade-

más soy El Paciente, porque mira que hay que ser paciente contigo. ¡Quieres dejar de interrumpirme y escuchar! Te coges a tu familia, te vas para Abisinia, porque allí hay muchos árboles de rica madera, y te construyes un arca así –y acto seguido se sacó unos planos de la manga de su sayo y se los entregó a Noé–. Luego metes a los tuyos en el Arca y metes una pareja de animales de cada especie.

–¡Pero qué dices! ¡Tú estás loco! –gritó Noé–, tú sabes el tiempo que me llevaría recoger una pareja de animales de cada especie.

–Hombre, Noé, tampoco hay que tomárselo al pie de la letra. Tú salva las especies que puedas y que más te gusten, que los bichos luego se multiplican solos, eso sí, mete elefantes y jirafas y que no falten los hipopótamos y las comadreja porque son mis animales preferidos. Ah, y recoge semillas que te van a hacer falta.

–En fin –dijo Noé resignado–, y esto del Diluvio Universal ¿cuándo va a ocurrir?

–Y yo qué sé, no te he dicho que yo sólo lo he imaginado, pero no tengo ni idea de cómo va a ser ni de cuándo va a ser, yo no me encargo de los detalles. Será cuando tenga que ser, pero por mi experiencia te puedo asegurar que tienes una semana o diez días como máximo.

–¿Y en diez días quieres que cierre mi casa aquí, me traslade a Abisinia, que queda por donde Adán pidió el gorro, que construya ese pedazo de barco y que lo convierta en un zoo... ¿Y luego qué?

–Luego, nada. Esperas a que escampe el temporal y cuando las aguas se retiren, bajáis del Arca y, hala, a crecer y multiplicarse como conejos.

–Hombre, eso de multiplicarse ya me gusta más, pero ¿podemos ir adelantando trabajo durante el tiempo que estemos en el Arca? Porque nos va a llevar nuestro tiempo, vamos a quedar, como quien dice, cuatro gatos.

–Qué prisas tenéis siempre los humanos, pero, bueno, haced lo que queráis.

–Y a todo esto. ¿Por qué me has elegido a mí?

–¿Quieres saber la respuesta?, ¿seguro que quieres saber la respuesta?

–Por supuesto.

–Pues porque eres idiota. Y no te lo digo en plan peyorativo, Noé, no te lo tomes a mal. Pero es que me cargan los listillos y los humanos se han convertido en unos enteradillos. Así que he buscado por la faz de la tierra a un idiota y has aparecido tú.

–Sigo sin entender nada de nada...

–Cómo me vas a entender, yo soy El Insondable. No hay nada que entender o te pones las pilas o te va a llevar la riada, tú haz lo que yo te he dicho y confía que todo va a ir bien.

Joder, pensó Noé, como para que después digan que la realidad no supera siempre a la ficción.

–Déjate de darle vueltas, amigo, aquí la Única Realidad soy yo, el resto es ficción. Ay, Dios mío, nunca aprenderéis.

Y bueno, lo que pasó después ya lo conocéis.



Verdades y mentiras

Por Begoña Ramírez

Verdades

La luz reflejada en un rostro juvenil un día cualquiera; una suave brisa acariciando el rostro; la bici, el ocasional instrumento que le transporta a su esencia; su cuerpo se balancea al compás del infinito; un momento de eternidad.

El amigo/a, el compañero/a, el colega, el otro/a, aquel/lla, por el que luchas en el momento necesario, el que te hace bueno, el que te acepta, el que te quiere, a quien no puedes fallar.

La empatía, esa simpatía extraña por otro ser humano, o por otro ser, sin necesidad de lazo, por el mero hecho de ser.

La antipatía, mezcolanza de sensaciones que te predispone sin o con motivo aparente contra otros.

Mentiras

Las patrias, la guerra y toda su parafernalia. La excusa indecente para matar a otros, en la que todos sufren, en la que se destruye, en la que el ser humano se transforma. Y en la que al final luchas por salvar no tu patria sino tu vida y por el que tienes al lado o delante o detrás, por tus amigos. Al final tú eres el camino, si no te destrozan los salva-patrias.

El poder, el dinero... inventos malintencionados para establecer el predominio de unos sobre otros... para controlar, manipular, sobornar, adormecer, comprar... para deshumanizar.

Verdad y mentira como dos caras de la misma moneda; dos formas que se dan sentido mutuamente. Verdad y mentira como contraste, como la vida misma.

Mi Madre

Por **Jenny**

La última vez que escuché su voz estaba muriéndose, llamando a su madre muerta hacía tiempo. No fui capaz de acercarme a ella porque era la primera vez que veía la muerte y me intimidaba.

Me hubiera gustado cogerla de la mano y hablarle; pero no sabía. No me daba cuenta de que hubiera sido mejor para mí y para ella.

Fue una lección muy dura y no lo reconocí hasta años más tarde.

Mi madre era una persona inmadura, hablaba mucho y no sabía escuchar.

Teníamos los papeles interpuestos, ella era la hija y yo la madre, posiblemente la razón por la cual no quise tener hijos. Ya había tenido una hija: mi madre.



Man Ray

Por Qué

Por **Jenny**

¿Tenemos que envejecer? Se preguntó Carolina observando a su padre echando un solitario sobre la mesa del comedor. Se acordaba de este hombre alto, guapo, de cabello negro y humor fácil, que le decía que había que ver siempre el lado positivo de la vida. Ser optimista era su lema. Lo veía tan decaído que se lo recordó.

– Cuando tengas 82 años ya verás.

– Pero papá eres joven todavía, para nuestros tiempos.

Sin embargo el alcohol y el tabaco habían hecho estragos, especialmente en su ánimo.

Ya no hablaba, ni contaba sus incesantes bromas, se había vuelto silencioso. Sólo le interesaba el coñac, su veneno favorito, que su doctor le había prohibido terminantemente.

Nunca entendió por qué se había autodestruido tanto. Su padre le había enseñado a beber desde jovencita para que no “abusaran de ella”.

No tuvo la necesidad de emborracharse, ni de beber demasiado, quizás porque no lo tenía prohibido.

– Papá cómo te quiero y qué poco te comprendo.

Debe haber algo más que el alcohol para disfrutar de la vida.

El Polvorón

Por **Jenny**

Acababa de anochecer y Elena estaba sentada delante del televisor, esperando la llegada de sus invitados para la cena de Navidad.

Todo estaba listo. La mesa puesta con esmero, ya con las velas encendidas. La comida

estaba al llegar, no había tenido ganas de cocinar y la había encargada al restaurante favorito de sus sobrinos, que pronto llegarían con sus hijos y parejas.

Sintió ganas de algo dulce y aunque no le gustaban los polvorones, tenía que comerse uno cada Navidad para la buena suerte y también para ver si a fuerza de probarlos, se le despertaba el gusto en este dulce de arena de harina, azúcar y grasa de cerdo. Le dio un mordisco y se lo trago. Este año tampoco le convenció.

De pronto se sintió mareada y un fuerte gusto a almendras amargas le invadió las papilas gustativas, dejándole la lengua anestesiada. Intentó recordar quién le había regalado la caja. Le latía cada vez más el corazón y sentía como, poco a poco, iba perdiendo la consciencia. Intentaba concentrarse para no perder el conocimiento.

Ahora se acordó. Era su sobrina quien se los había regalado. Porque quería envenenarla. Se habrá enterado que iba a dejar la herencia a su hermano gemelo y para vengarse puso cianuro en los polvorones.

Se sentía cada vez más débil, cuando oyó la voz de su sobrina:

– Tía, me parece que te vendría bien un poco de whisky, para subirte la tensión, estás blanca como un fantasma. Veo que has probado los polvorones, los he comprados en el herbolario, están hechos con aceite de oliva y aceite de almendras amargas.

Saboreando el whisky, se sintió cada vez mejor y fue olvidándose de su ataque de ansiedad, su paranoia y su mala consciencia.

Cambiará el testamento.

Dame tres minutos

Por Pilar Barrenechea

Dame tres minutos, nueve, todo el tiempo del mundo para maravillarme con el vuelo estático, invisible, del colibrí. Para aceptar, con una sonrisa despectiva, que la vida es la sumisa amante de la muerte. Para vivir sabiendo que el amable vecino que, de buena mañana, me desea de corazón buenos días, es el violador de sus propios hijos, y yo, cobarde, no me tomo la molestia de reventarle a patadas la cara y quebrarle el espinazo. Para caminar hasta el sur cuando mis pies rebeldes se encaminan al norte. Para abrir la boca y tragar los sapos envenenados que esta puñetera vida nos hace masticar a toda prisa. Para estrechar la mano tendida de mi peor amigo. Para cosechar dignidad allí donde sólo cosecho inquina. Para estremecerme de alegría con la inocencia inocente de los niños. Para cabalgar por horizontes lejanos. Para vislumbrar la belleza desde el resquicio entornado de mis parpados. Para aceptar el fardo de las penas y seguir avanzando hacia la nada. Para esperar que alguna que otra cosa me sorprenda. Para envidiar la pasión desorbitada de los jóvenes amantes. Para sucumbir por un instante al sueño de los dioses absolutos. Para negar una y mil veces la existencia misma de esos dioses. Para poseer el silencio cegador de la noche en algunas ciudades a las que amo. Para bailar hasta desollar los pies sobre las tumbas de todos los mal paridos que detentan el poder. Para escapar al desierto y hacerme azul polvo de estrellas. Para cantar con mis hermanos los hombres el canto primordial y retornar a la tierra prometida. Para ajustar mis cuentas. Para mordisquear, perezosa, la roja sandía de las inacabables siestas del verano. Para retar con mi mirada la mirada del león abatido. Para recuperar mi colección de tebeos y de la mano de Carpanta regresar a los sueños. Para aceptar que nacemos con la fecha de caducidad impresa en los costados. Para tender mi mano al humillado. Para beber del árbol de la vida. Para mantener intacto un hálito de esperanza. Para maldecir mis maldades. Para caminar, por última vez, hasta el mar y, cómplices, reírnos ambos, hasta desaparecer en la gran ola, desternillados. Para en el último suspiro hacerme mar con el mar. Para dar gracias a la lluvia por tantas tardes de acurrucadas nostalgias. Para despedirme de los que amo, que tampoco son tantos. Para hacerme carne con la carne de los que amo, que son más de los que pienso. Para imaginar que terminaré mis días, acariciando con mis manos, las sagradas calles de Samarcanda, la más hermosa de las ciudades. Para desnudar mi alma de mi despreciable jactancia. Para triturar la soberbia que me arruina. Para respetar a Buda, sólo porque Buda me respeta. Para ser el tercer movimiento de la Incompleta de Brahms. Para saber renunciar a la fragan-

Modigliani

cia de las rosas. Para pasear por la memoria, antes de que la memoria borre los recuerdos. Para vislumbrar a lo lejos la física cuántica. Para recordar sin tristeza a los ausentes de la tierra. Para orar con un verso sencillito. Para soltar, a diestro y siniestro, mis postreros zarpazos. Para encender el fuego que caliente el frío de los desvencijados huesos. Para acariciar el lomo del gato que me ama. Para perderme en un lienzo de Chagall y jugar a ser como él, un ángel. Para retener en la retina la mirada ausente de mi perro ausente. Para tener el coraje de mirar a los ojos de los condenados de la tierra, pobre y sucia. Para inventar más jodidas mentiras con las que justificar mi desnuda indiferencia. Para esperar que la muerte limpie la mierda que va dejando mi rastro de animal acorralado. Para agazaparme en la trinchera a ver pasar con podrido odio los cadáveres de mis enemigos. Para beber la gota helada del rocío. Para saltar a la comba. Para relamerme de placer, chupando un helado gigante de chocolate. Para leer a los poetas. Para decir adiós a las armas. Para recobrar mi infancia en todas las plazas donde los niños juegan al guá. Para limpiar mis culpas en la piedra raída del muro de las lamentaciones. Para lamentarme de no lamentarme. Para transitar de la razón al desvarío. Para no dejar que la mano tiemble y sacrificar sin piedad al cordero. Para envolver mi piel con la notas calientes de B. B. Jackson. Para saltar sin red al vacío. Para navegar con los delfines. Para decir adiós, sin llanto, a la tórtola que ahora vuela fuera de la

jaula. Para ser una simple y fragante primavera. Para mirar a los ojos de mis amigos en su muerte y en la mía. Para hundirme en la butaca de terciopelo rojo ajado de mi cine de barrio. Para saltar hasta la luna y columpiarme en sus cuernos. Para desembarrancarme en todos los desembarrancaderos. Para no renunciar al mañana. Para charlotear con Fellini. Para jugar al parchís. Para despojarme de mis miedos. Para ser la hebra de mariamoco, que hizo un camión y le sobro para otro. Para desafiar el vuelo del águila. Para arrojarme, de puro imbécil, a tumba abierta hacia el valle de la vida. Para conjugar los verbos irregulares, sólo porque con ellos regreso a la infancia. Para recrearme en mi dislexia. Para regresar a la inocencia con una tocata de Bach. Para saciar la sed con una fría lata de cerveza. Para embriagar mis sentidos con la voz negra de Otis Redding. Para buscar en París a Modigliani. Para aplastar, como a un perro sarnoso, a Pepito Grillo. Para finalmente amar a los británicos. Para asesinar a sangre fría a la Reina de Corazones. Para detestar el fútbol, que me encanta. Para practicar la conmiseración con los que sufren. Para saberme aceptablemente persona. Para quemar todas las banderas. Para no perdonar a los señores de la guerra. Para comer dos huevos fritos con patatas. Para escribir una elegía. Para asistir a mi propio funeral. Para hablar de tú a Dios. Para escuchar la palabra alucinada del místico en el desierto. Para amansar mis demonios personales. Para cultivar los lirios del jardín. Para insuflarle valor y coraje al soldado desertor de la batalla. Para hurtarle la luz al sol. Para viajar sin equipaje. Para en Lisboa llorar con un fado. Para atrapar las brumas que me envuelven. Para no ser ciego en Granada. Para reinar en el caos. Para seguir navegando por la Galaxia Internet. Para ser la reina de Saba. Para empuñar la espada del samurai. Para hacerme bulería. Para encabronarme contigo. Para engazar un collar con perlas de agua. Para regresar a Ítaca. Para mantenerme distante. Para dibujar los sueños. Para sentarme en el diván del psicoanalista. Para coser en mi antebrazo la estrella amarilla de David. Para seguir comiendo y bebiendo del árbol del bien y del mal. Para atravesar el desierto de Arizona. Para juntar en un hatillo los recuerdos. Para oír el rumor de las fuentes en Roma. Para pasear descalza por los jardines de Topkapi. Para esperar el sueño de la muerte con un levante otoñal...



Roland Topor

Obsesiones

El amor,
el amor,
el amor...

Por **Helena Cosano**

(*mariposas locas, enamoradas, artistas, asesinas...*
del libro *Mariposas*)

Querida Michelle:

¿Te acuerdas de mí? Piénsalo bien, seguro que sí, nos conocimos en la estación del Este, en París. Tú llevabas un largo abrigo gris, y tenías labios muy rojos y el cabello ensortijado... Sé que tus rizos son sedosos y que huelen a miel como las flores a polen. Bueno. Yo estoy bien. Pienso mucho en ti. Sigo en París. Me pregunto dónde estarás tú... Me pregunto si tus padres te hicieron llegar mis cartas. La verdad es que estoy un poquito enfadado contigo por haberme dado sólo la dirección de tus padres. ¿Y la tuya? ¿O es que no te atreves? ¿Te doy miedo? Claro, es verdad, no nos conocemos. Pero tu imagen se quedó grabada profundamente en mí. Esta es la quinta carta que te escribo. Y he vuelto a poner mi dirección en el sobre, por si por fin me quisieras escribir. ¡Escríbeme, Michelle, anda, por favor, Michelle, escríbeme! No dejo de pensar en ti, no pasa un instante sin que piense en ti. Te lo ruego, te lo suplico, ¡escríbeme! Veo tu imagen. Me sigues como un fantasma. Sé que tú también piensas en mí. Sé valiente, Michelle, coge cualquier trozo de papel, y ¡escríbeme! Siento que estás siempre a mi lado. Todas las noches le rezo a Dios para que te dé valor y me escribas, todas las noches rezo arrodillado sobre las losetas heladas del cuarto de baño, si me vieras, Michelle, todas las noches, te lo suplico, ven, si supieras cómo te adoro, cómo te venero, ¡ven! Olvidaste decirme tu apellido. Pero sé que mis cartas te llegan.

Lo sé: porque lo quiero. Y quiero que vengas Michelle, ¡lo QUIERO! Te lo ordeno. No tienes excusas. TIENES que venir. ¡AHORA! ¿Dónde estás, Michelle? Sí, ya te veo, tus ojos azules chispean de alegría, yo también te estaba esperando, Michelle. Te quitas el abrigo negro. Llevas un suave jersey de cachemira que ciñe tus dulces formas, y una falda azul bastante corta. Tienes piernas largas y finas. Michelle, ¿no tendrás familia en California? Te iría mejor llamarte Jane, o Brenda o Jennifer. ¡Con esas piernas! ¡Mi querida, queridísima Brenda! Largas piernas delgadas, con transparentes medias negras, zapatos rojos de tacón de aguja, ay mi Brenda, y tu piel es blanca, lisa, afrutada... Brenda, ¿por qué no te quitaste el abrigo? Recuerdas, Brenda, ese cinco de enero, en la estación del Este, en París. Yo te llevé las maletas y te ayudé a subir al tren. ¡Cuánto pesaban! Pero fue un placer llevarlas. ¡Y tú me sonreíste! Fue la sonrisa más bonita que he visto en mi vida. De noche, te imagino en la cama, desnuda, ¡y sonríes! Yo te haré feliz, Brenda. Sigo viendo tus rizos de oro esparcidos sobre la almohada, y tus labios rojos, y tu dulce sonrisa... ¡Yo te quiero, Brenda! ¿No lo ves, no lo sientes? ¡¡TE QUIERO!! No; sé que tú lo sabes, sé que sabes que te llevé las maletas porque lo haría todo por ti, ¡tú eso lo sabías! ¡Sonreíste! Una sonrisa es una promesa, una sonrisa es un «sí», ¡o acaso no lo sabías! Ay Jennifer, Jennifer, ¿por qué no te quitaste ese abrigo? Me sonreíste. ¡Y luego me dejaste! Sé que tu tren iba hacia el Este, ¿pero dónde se paró, en Praga, en Viena, en Budapest? No sé dónde buscarte. Jennifer, ¿dónde estás? Ni siquiera me diste la mano. Huíste a tu compartimiento. Eres cobarde, Jennifer. ¡Con todos tus rizos negros y tus grandes ojos de azabache y tus labios rojos de andaluza ardiente! Y eres cobarde. ¡COBARDE! Tú no tienes derecho a huir. Eres mía. Hiciste una promesa: tu vida me pertenece. ¿Cómo te atreves a fingir que me has olvidado? ¿Cómo te atreves a huir de tu amo? Pero yo te encontraré. ¡Y ya verás cuando te encuentre! ¿Pero cómo te ATREVES? Ingrata. Finges, engañas, huyes, ¡cuánto te desprecio! ¡Merecerías una lección! Sí, alguien tendrá que educarte. Imagino tus rizos pelirrojos: ¡cuando vuelvas a casa, yo te los arrancaré uno a uno! ¡Te daré golpes hasta que se te borren las pecas, te haré besar el suelo, te haré lamer las losetas frías del cuarto de baño! ¡Aplastaré tu boca de vampiro hasta que se vacíe de toda esa sangre de víbora, por tu bien, Brenda, mi amor, porque yo te quiero! Y luego te perdonaré. Y seremos muy felices. Yo te amo de verdad. ¡Escríbeme, Michelle, no tengas miedo, te perdonaré! Te necesito, Michelle, ¡vuelve!... ¡Te estoy viendo venir! ¿Ya vienes? Yo te espero, Michelle, te espero. Llevo siete meses esperándote. Y lo haría todo por ti, Michelle, pero mi paciencia tiene límites. ¿Cómo pude creer en ti? Los ojos que ríen son culpables, siempre me lo han dicho, siempre lo he sabido. Y tus ojos son verdes y se ríen tras sus largas pestañas, los oigo reír, sus carcajadas resuenan día y noche en mi cabeza, les grito que se callen, me golpeo la

cabeza contra las paredes para que se callen. ¡Y tú te ríes! ¡Te ríes cada vez más fuerte! Odio tus risas. Son risas de mujer. Eres la única mujer que me da fuerzas para vivir. Pensar en ti me hace fuerte. Me siento lleno de energía, capaz de todo, seguro de conseguirlo todo. De conseguirte a ti. Te veo venir. Michelle, ¿dónde estás? Oigo tus pasos, tus tacones de aguja resuenan en el pasillo, ¡me llegan oleadas de tu perfume! Hueles a rosa y a limón; sueño con sentirte en mis brazos y abrazarte, exprimerte hasta la última gota fragante. Conozco el sabor de tu lengua ácida y dulce. ¡Conozco cada milímetro de tu cuerpo! ¿No me crees? ¿Crees que estoy loco? Yo he trabajado, Michelle, he trabajado toda la vida. Tú me devolverás mi juventud. ¡Necesito vivir, quiero VIVIR! Y ya no sé vivir sin ti. ¿Me ves como a un padre, como a un abuelo? ¡Yo lo seré todo para ti! Tu padre, tu abuelo, tu hermano, tu tía... ¡TODO! Porque tú lo eres todo para mí. Te cuidaré, pondré a tu servicio todo mi amor acumulado. ¡Te haré feliz! ¿Te he dicho que soy médico? He visto a muchísimas pacientes. Ninguna como tú, Jennifer. Ninguna tenía tu misterio. Ninguna tenía cabellos que oliesen a miel. ¡Ninguna!! Y he buscado, Michelle, he buscado. He desnudado a miles de mujeres. ¡Y ninguna, NINGUNA era como tú! ¡Eres un ser único en el universo, eres un regalo de Dios para mí y sólo para mí, eres la Mujer de mi Vida! Lo sé. Esta certeza me tortura desde aquella tarde, en la estación del Este, en París. Sé que te encontraré. ¿No me crees? ¿Crees que estoy loco? Tú no sabes nada. Escucha y aprende. Yo te enseñaré. ¡Te enseñaré el amor, la vida, te enseñaré a ser mujer, pondré toda mi experiencia a tus pies, todos mis años, toda mi sabiduría, todo mi dinero! Todo a tus pies. ¡¡TODO!! Ya no soporto mi soledad. Mi diosa, ¡ten piedad! Las mujeres me huyen. Tú no. ¡Tú me sonreíste y me enseñaste tus maletas, y caminamos juntos hasta el tren! Tus ojos reían: eso era un «sí». Te siento, te estás acercando, ¡ya casi estás aquí! Ay, ¡ven, ven, Brenda, ven! Tú eres la PLENITUD. Quisiera refugiarme en tu cuerpo, hundirme en él, disolverme..., y desaparecer, ¡desaparecer! tus ojos risueños, tu mirada color miel me derrite de placer, tus cabellos de ébano plateado relucen como las estrellas, tu respiración es profunda, me quema tu aliento, me embriaga tu olor, siento todo tu cuerpo y todo vibra como el mar..., eres feliz, Jennifer, sé hacerte feliz, y siento que estoy dentro de ti y me oigo chillar como un loco, chillar de placer, por fin, ¡por fin!, placer, fusión, plenitud, alegría, felicidad, mi Venus, mi plenitud, te abrazo con todas mis fuerzas, nadie te arrancará nunca jamás de mis brazos, eres mía, he soñado tanto contigo, me he masturbado tanto pensando en ti, he imaginado tantas veces que te mordía hasta que corriera tu sangre, tus gritos me hacen reír, tu cuerpo desnudo en las losetas frías, tu cabellera de fuego, tus ojos estrellados, tu sangre salvaje formando ríos de lava, tu olor me vuelve loco, más, más, otra vez, ¡por fin!, me perteneces, mi María adorada, te lo ruego, te lo suplico, ¡cásate conmigo!

Planeta Agua

Por María Bueno

¡Tenéis que creerme!

Gritaba Pedro, mientras forcejaba con dos enfermeros que le sujetaban —¡Yo no estoy loco!—. Llegó un tercero, le puso un calmante y poco a poco se quedó dormido.

Pedro era pescador; unos días antes, estaba muy contento porque después de un tiempo parado, su patrón lo llamó para salir a la mar. ¡Por fin! Esa era su vida, nunca se sentía mejor que cuando estaba en alta mar, rodeado por la inmensidad del océano.

Pero aquella vez, el azar le iba a jugar una mala pasada. Cuando ya venían de vuelta se desencadenó una terrible tempestad y el barco zozobró.

El capitán pudo pedir auxilio por radio, pudieron salvarse algunos y a otros los recogieron ya cadáveres, dos desaparecieron, Pedro y Manuel.

Pedro notó cómo se hundía, intentó nadar, cogerse a algo, pero la fuerza del agua no se lo permitió, luego notó un golpe y perdió el conocimiento.

Cuando despertó estaba en un sitio con una luz muy brillante, tumbado en una camilla y con unos seres rodeándolos.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntaron. Eran unas personas muy bellas, altas, delicadas y armoniosas, de piel muy blanca, pelo muy rubio y ojos claros. Vestían como una especie de túnica dorada. Pedro se incorporó y preguntó ingenuamente:

—¿Me han cogido los extraterrestres? —aquellos seres se echaron a reír.

—No, estás en el mismo planeta, sólo que no en la tierra, estás en el agua.

—¡Sí, ya recuerdo! —exclamó Pedro—. Hubo una tormenta... ¿Me ahogué?, ¿estoy muerto?

—No, te cogimos y te trajimos a nuestro mundo, nosotros somos del mismo planeta, sólo que vosotros lo llamáis Tierra porque vivís en ella y nosotros Agua porque habitamos en el fondo del océano, habitamos todo el centro de la tierra. Nuestro mundo es más vasto y extenso que el vuestro, la vida salió del mar, nosotros ya existíamos antes que los terrícolas aparecieran en la tierra. Hay muchos «aguanitas» entre los terrícolas, son científicos y guías espirituales y os están ayudando a evolucionar, las naves que llamáis OVNI, son nuestras, exploramos otros planetas y sistemas solares, no podemos darnos a conocer porque aún no estáis preparados, pero si hiciera falta intervendríamos.

Y los «aguanitas» fueron explicando a Pedro y a Ma-



nuel su sistema de vida y como era su mundo, y los invitaron a quedarse allí.

—Ya hay otros muchos de la tierra por aquí —le dijeron.

Y Manuel fascinado por aquel mundo y por una bella «aguanita» que había conocido, aceptó quedarse encantado. Pero Pedro pensó en su mujer y sus hijos y quiso regresar. Quiso quedarse unos días más para conocer mejor a los «aguanitas» y su mundo, les preguntó si podían respirar en el agua, ellos le dijeron que sí, tenían pulmones y branquias y podían estar en la tierra y en el mar. También les preguntó por qué no había guerras ni contaminación, y ellos le contestaron que tenían una tecnología desconocida aún en la Tierra, que no contaminaba, y respecto a las guerras, hacía miles de años que descubrieron el gen de la maldad, que hacía que el hombre se inclinara a la violencia y al mal, que desde entonces nadie nacía con ese gen, y que nosotros en la tierra estábamos a punto de descubrirlo.

Los llevaron en una de sus naves a ver su mundo, había valles, lagos, cascadas, grandes ciudades, pequeñas aldeas, espesos bosques, y todo puro, sin contaminar.

Cuando llegó la hora de su partida, le dijeron que podía divulgar lo que sabía, pero que lo más seguro era que lo tomaran por loco.

—¡Estaremos en contacto!

—¿Pero como? —les preguntó Pedro—

—Mírate el brazo —y se vio dos pequeños lunares que antes no tenía—. Ya sabrás cómo.

Luego lo sedaron y despertó en la playa.

Había pasado una semana y todos pensaron que era milagroso. Como no paraba de hablar de los «aguanitas y su mundo», lo internaron hasta su recuperación, y los médicos decían que esos delirios eran a causa de tanto sol y de beber agua del mar, que se le había trastornado el cerebro.

Pedro decidió callar hasta poder salir de allí. Luego tendría tiempo de escribir y divulgar todo cuanto sabía. Nadie lo creería, pero tal vez algunos sí; y quién sabe, lo mismo, algún día, todos estaríamos en contacto. Al fin y al cabo habitamos en el mismo planeta.

Repartiendo Colores

Por Alicia Gaona

Una semana más me siento a pensar y a volcar mi alma al papel, ¿es posible? No lo sé. El ruido de la cabeza me invade de palabras y a pesar de buscar el silencio y la inspiración, se me arremolinan recuerdos vividos, mejores, peores, ambiguos, incompletos...

Cómo encontrar el sentido de la vida cuando has vivido tan intensamente, que llega un momento que no sabes qué hiciste, ni cómo lo hiciste. Ruido, ruido. Tengo mi idea, quiero hablar de vos, de mí, de los dos, de lo que compartimos, de lo que perdimos.

Creo que no encontraré a nadie que me entienda como nadie nos entendía a ambos; tan autosuficientes, simbióticos, ajenos a todo lo que nos rodeaba, líricos, utópicos... Mirábamos al mundo a través de nuestra ventana de amor y no nos dábamos cuenta de que, él, seguía impertérrito caminando hacia la mayoría de las cosas que despreciábamos y evitábamos.

Educamos hijos alucinados con nuestras propias alucinaciones, el bien, el amor, la lealtad, la pureza, la verdad, la bondad...

Despreciábamos todo lo material, quizá, porque nunca nos había faltado, éramos felices con muy poco, según nuestro modo de ver, que hoy veo que es mucho para demasiada gente.

Nunca tuvimos frío, ni hambre, ni faltas, ni apuros y las necesidades pasaban muy lejos de nuestra puerta.

Quizá en ese momento hubiéramos tenido que hacer como la hormiga, guardar y esperar, mas éramos cigarras felices disfrutando del libre albedrío, ¿cómo extrañar las vacaciones viviendo al lado del Atlántico? Y ¿cómo extrañar las montañas habiéndolas recorrido, de arriba abajo, con nieve y con sol, aunque fuera por trabajo?

Soñadores innatos, pacifistas por vocación, cuando empezaron a dañarnos, nos dolía más la putrefacción que nos rodeaba, que el daño que nos hacían.

Un día cualquiera decidimos pintar nuestro futuro de colores, dejar atrás ese país tan triste, gris y nostálgico como su música. El tango.

Amando siempre la cuna de mis padres, acostumbraba a decir como una videncia inexorable, el día que me vaya a vivir a España, será a Andalucía, con su sol y sus bellezas multicolores. Y aquí vinimos y aquí estoy.

Al principio quedamos deslumbrados por la belleza natural de sus playas y montañas, el contraste de la nieve y el sol, y éste reflejado en el mar. Y junto a todo ello, los colores del amor que nos unía.

Durante algún tiempo y como nunca, vivimos maravillados por la ausencia de problemas o por el exceso de felicidad. Pero todo se termina, ¿no?

Hoy pinto de negro y de gris esta Andalucía de grandes contrastes, en parte docta y en parte ignorante, en parte acogedora y en parte rechazante.

Hoy pinto Andalucía con el dolor de mi alma, por los



Guillermo Roux

hospitales recorridos, por el rechazo causado, por la incompreensión de los que creen que tienen el poder, por los que nos llevaron a un callejón sin salida.

A pesar de ello, aquí, aquí mismo en el Mediterráneo, reposan tus cenizas como deseo póstumo. No puedo odiar lo que te contiene, no puedo dejar de pensar que en los veranos me sumerjo en el mar y un poco de tu materia vaya a mi cuerpo y a mi alma. No sé como presentarte sin caer en la cursilería, no sé como presentarte sin que piensen, como de todos los muertos... ¡¡¡Era tan bueno!!!

Pero me gustaría que te conocieran, me gustaría poder gritar al mundo lo que perdí, para que entendiera que aún en el más frío razonamiento, puedo encontrar amigos y compañeros de camino, mas nunca reemplazarte.

¿Te acordás?, cuando te decía:

«Si algún día sabes, que te vas a morir... pedime que nos separemos...»

Yo sabía en lo más recóndito de mi ser, que nunca superaría este suceso. Tal vez al separarse, inevitablemente se guarda algún rencor, que hace más fácil aceptar el abandono.

Pero no hubo tiempo de fingir desavenencias, todo fue muy rápido y caótico, y sólo hubo tiempo de seguir afianzando esta relación en la que confiabas plenamente.

Cómo decirte que cuando me preguntaste si saldrías adelante, en algunas de esas noches insomnes que compartimos, te dije que sí, porque lo creía. Cómo decirte que nunca pensé que no tendríamos tiempo para la lucha. Cómo decirte que hoy el alma se me encoje cuando pienso que quizá creas que te mentí, y no es así, yo tenía fe, tenía fe en vos, en mí, en Dios, en el futuro, nada me hacía pensar que no tendríamos tiempo. No te mentí, como mucho me mentí a mí misma, porque si no, no podría haber velado por vos... sin esperanza... o quizá hubiera elegido el momento en que nos marcháramos juntos, pero esto también fue un derecho que me fue negado.

Gris y negro, negro y gris. Dios, dame un poco de cordura para seguir el camino, dame un poco de consuelo. Sale el sol, llega el verano y ahí sé que me esperas para abrazarme en la espuma del Mediterráneo. Y allí estaré, es una cita, nuestra cita, lástima que me falta el coraje de Alfonsina y sólo podré tenerte un verano, mas para volver a otro invierno de espera.

MILLÉNIUM*

(Stieg Larsson, tres tomos de 575, 653 y 711 páginas. Vol. I: Los hombres que no amaban a las mujeres. Vol II: La chica que soñaba con un jerrycan de gasolina y fósforos. Vol. III: La reina en el palacio de las corrientes de aire)

Por Juan Bruca



Éxito de librería *colossal** —no sólo comercial— para esta larga *novela-thriller* que, desde el inicio, alentará al lector de fondo, y algo temerario al entrar en este laberinto de acontecimientos criminales de envergadura que, en un sistema socio-democrático minado por el ultraliberalismo —estamos en Suecia— caracteriza las derivas de las últimas décadas en un país moderno. Donde salen a diario revelaciones sobre tráfico de todas clases: de mujeres, de dinero, de drogas, de armas y de influencias políticas. El todo plasmado en un trasfondo de relentes de fascismo visceral, de post-guerra fría, de poderes dinástico-industriales agónicos, revelados por un equipo de periodistas de investigaciones expertos en usar medios informáticos multiformes y moverse en la *tela* y sus trastiendas como Pedro por su casa.

Después de enfrentarse a algunas faltas de traducción léxicas o sintácticas, a la tarea de memorizar patronímicos que en su mayoría escapan a la terminología latina —se llaman Kart Mikael Blomkvist, Hans-Erick Wennerström, Bertil Cannermarker, William Borg, Robban Lindberg, Dragan Armanskij, Lisbeth Salander-Zalachenko, Holgan Palmgren, Dirk Frode, Erika Berger, Lars Beckam los primeros en entrar en escena—, de tropezar en topónimos extraños repletos de letras impronunciables, tendrá el atento lector, al dejarse llevar de la mano del magnífico autor, además del placer de disfrutar de una escritura precisa que poco a poco se impone, el de entrar en situaciones complejas, dentro de un cuadro original que se va a llenar de una multitud de protagonistas los más sorprendentes, cada uno con su genio, implicados en un entramado que, al empezar, parecía inextricable.

El todo tejido de suspense sostenido, multiforme, salpicado de violencia sexual patológica, de sexo bueno o malo y dinero, regado de litros de mal café y otras bebidas propias del clima septentrional; es decir, aderezado con los ingredientes sin los cuales este género, aunque renovado, no tendría sus promesas... Y, fuera de toda retórica superflua, trenzado con una lucidez implacable, todavía deja aflorar una honda, tierna y discreta impronta de sencilla humanidad.

‘Armanskij lo tenía difícil para habituarse al hecho que su más fino limier fuese una chica pálida, de una delgadez de anoréxica, con cabellos cortados archicortos y unos piercings en la nariz y las cejas. Tenía un tatuaje en el cuello que consistía en una avispa de dos centímetros y un lazo entorno el bíceps izquierdo. Las raras veces que vestía un debardeur, había podido remarcar que tenía otro tatuaje más grande en el omoplato figurando un dragón. De pello rojo se había teñido en negro ala de cuervo. Tenía siempre el aire de una que acaba de salir de una semana de juerga en compañía de una banda de hard-roqueros.

Su boca era ancha, su nariz pequeña y sus pómulos altos, lo que le daba un vago aspecto oriental. Sus movimientos eran rápidos y arácnos y cuando estaba trabajando con el ordenador sus dedos volaban frenéticos sobre el teclado. Su cuerpo no hubiera servido para una carrera de modelo, pero con un maquillaje adecuado, un plan gordo sobre su cara no hubiese afeado una valla publicitaria. Debajo de su maquillaje —algunas veces lucía un repugnante rojo de labios negro —sic—, los tatuajes y los piercings, estaba, diríamos, atractiva. De una manera totalmente incomprensible.’

Así habla el autor de Lisbeth Salander, una joven asocial, bajo tutela judicial, investigadora *free-lance* de *Milton Security*.

Empieza la saga con las investigaciones del equipo del mensual *Millenium*, liderados por Mikael Blomkvist —apodado super Blomkvist por conseguir desenmascarar en sus primeras encuestas a una banda de atracadores de bancos— cuyo proyecto es denunciar, primero la situación de las mujeres sometidas al poder y la violencia machista y, segundo, las irregularidades empresariales de un tal Wannerström, richísimo *affairiste*, quien después de la caída del muro, pretende invertir cantidades, sacadas de manobrias bursátiles sucias, en empresas ficticias ubicadas en la ex Europa del Este para tapar tráfico de armas, beneficiándose además de ayudas institucionales.

Acusado de difamación agravada, *super Blomkvist*, algo imprudente, engañado a propósito por una fuente floja, es condenado a tres meses de prisión, deja *Millenium* y encuentra así nuevas perspectivas como *seudo privado*, que le hacen penetrar en el seno mismo de una decadente y numerosa tribu familiar –todavía potente– de industriales cuyo patriarca quiere esclarecer la desaparición de su nieta hace treinta años y emprender, en la búsqueda de un *serial killer* sádico, una relación ambigü con Salander, la superdotada, la rebelde sin perdón, quien, por cuenta propia, –es la hija de un mafioso, tráfugo ruso del KGB, criminal de envergadura protegido de la SAPO y de los poderes ocultos suecos– tiene cosas que arreglar.

Se instala una extraña complicidad entre dos seres tan dispares pero unidos por su meta: la primera vengarse de su padre mafioso que maltrataba y prostituía a su madre y con altas complicidades la hizo declarar incapacitada y ponerla bajo tutela judicial; el segundo para rehabilitar su imagen, salvar *Millenium* y seguir denunciando las derivas criminales de la sociedad del poder político-económico. Tardan mucho en establecer relaciones... Blomkvist es guapo y le gustan las bellas mujeres, pero no quiere ponerse trabas y Salander, que se cree fea y sin atractivos, busca su sexualidad en relaciones anticonformistas que brotan en las márgenes de las convencionales.

Violentada por su tutor, víctima de la duplicidad de los médicos que la mantienen encerrada en la incapacidad de reconstruirse una vida decente, acaba Salander por entrar en guerra contra su progenitor y se hace –con la complicidad de Armanskij– el aliado objetivo de Blomkvist quien, con su equipo de *Millenium*, quiere desenmascarar y afrentar a los asesinos de una pareja de colaboradores con los que preparaban un número especial denunciando –a partir de fuentes fiables– tráfico de prostitutas menores venidas del Este y cuyos clientes pertenecen a cuerpos institucionales representantes de la moralidad oficial.

Después de una multitud de episodios típicos de la *serie negra* en los que entran sin casi nunca salir –sólo se van los muertos– una retahíla de policías de todo rango y gremios, de jueces y fiscales que no se pueden tipificar en una breve noticia, Salander, acusada de matar a su padre, por su rabia en defenderse consigue escapar a sus verdugos y –aunque sí contaminada por los maltratos y la violencia sufridos en psiquiátricos–, desaparece, y cogiendo doble identidad, aprovechándose de sus

dotes de *hacker* entra en los *discos duros* de todos aquellos que deseaban su condena. Consiguiendo vaciar las cuentas *off shore* del riquísimo Vannerström, lo empuja a suicidarse, se constituye un tesoro de guerra que va a facilitar su venganza y seguir viva hasta apurar cuentas pendientes con los aliados mafiosos de su padre ya eliminado por aquellos que temían sus posibles revelaciones.

*'Optó –podíamos esperarlo– por elegir el mejor: el Apple PowerBook G4 de 1 Ghz, casco de aluminio, dotado de un procesador PowerPC 7451 Alta Velocity Engine, de 960 Mo de Ram y disco duro de 60 Go, con Blue Tooth y grabadora de CD y DVD integrados... con una Pantalla de 17 pulgadas y una carta gráfica Nvidia de 1440 x 990 pixels de resolución y teclado con retro alumbrado. La Rolls de los portables' **...*

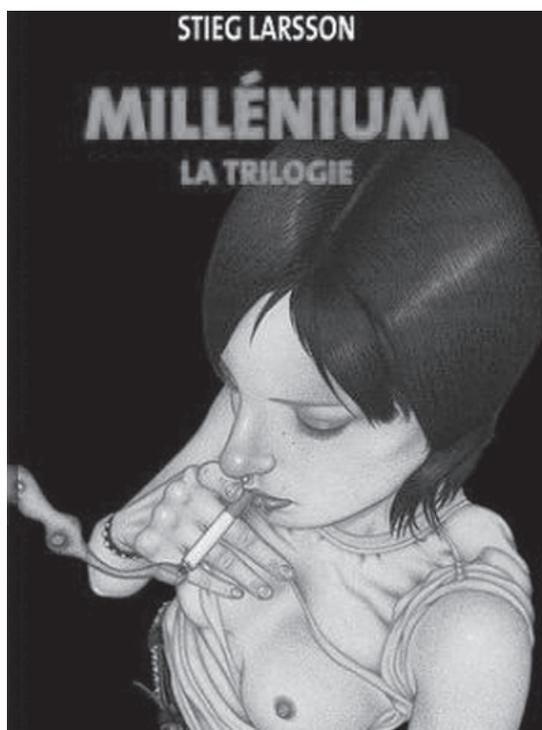
Con la ayuda de Blomkvist y otros pocos aliados, su juicio ha revelado la corrupción de parte del aparato de la justicia y se inicia la debacle de sus protegidos.

¿Triunfarán los dos? No estaría a propósito –y menos para un incondicional y autor de relatos negros– desvelar como acaba la novela antes de salir Salander de su vía crucis y Blomkvist recuperar su honra profesional y algo de serenidad en su vida personal.

Millenium –que podría condensarse en la historia de una amistad entre seres tan dispares– por cierto marcará, por su amplia demostración, un hito que dará cuenta de que este género tan subestimado puede adquirir letras de nobleza en el panorama de la literatura actual. No sólo por la riqueza de su contenido sino por ser un reflejo pertinente de la sociedad liberal –tan dura para las víctimas indefensas e indulgente para los poderosos – en cualquiera parte del mundo llamado civilizado. Donde más y más emerge la criminalidad bajo sus nuevos aspectos inquietantes, relacionados con el

desamparo progresivo de los individuos frente a la presión de poderes incontrolados.

Deseándole buena lectura hasta entrado el invierno – ¡qué son 1939 páginas!



** de la edición francesa. Después de consultar el traductor –falleció ya el autor– no se puede deducir claramente lo que significa en el contexto este vocablo. Opino por su sentido irónico de Edad de Oro...*

*** adictos incondicionales a los medios informáticos y sus aplicaciones las más avanzadas seguirán con envidia las actuaciones de Salander y su amigo Plague dignas de los mejores virtuosos de la pantalla.*

Coleccionista de Verdades...

Por Mari Carmen Martínez

Hacía dos semanas que ella había muerto. Desde entonces el silencio de la casa amenaza con tragárselo todo, con aplastarlo a él. No es que en vida ella fuera muy habladora, al menos con él. No, más bien no tenían casi ningún tema de conversaron, más allá de los habituales pásame esto o aquello, ¿qué hacemos mañana?, ¿dónde vamos de vacaciones? No podía recordar ni una conversación trascendental con ella. Ella callaba. Sí, siempre miraba, observaba y callaba.

Él había tomado la costumbre de coleccionar bolsitas de azúcar con frases hechas, tal vez para suplir el silencio. Como amenazaban con perderse por los cajones, un día había decidido enmarcarlas. Tenía cubierta las paredes con aquellos cuadros ultraplano repletos de sentencias.

Acostumbraba a leerlas para ratificarse en la sabiduría de las mismas y de paso en la suya por coleccionar tanta sapiencia. Pero esa noche no hallaba consuelo en las frases hechas, por importante que hubiera sido su autor. Decidió que lo mejor era empezar a deshacerse de los recuerdos de ella. Así tal vez aliviaría su pesar, esa tapadera que parecía bajar del techo cada día un centímetro más.

Pensó que sería buena idea deshacerse primero de la colección de muñecas que ocupaba un mueble esquinero en el pasillo. Desde el funeral, las miradas de aquellas muñecas parecían seguirlo hacia todos los rincones. No sabía si darlas en bloque o de una a una, ni a quien. Buscó en Internet y halló el museo de la Dona en Figueras donde aceptaban la colección sin compromiso de exposición ni de devolución al no ser una colección aparentemente ordenada ni documentada.

Abrió el armario y comenzó por el estante superior, sacó una muñeca de porcelana que tenía un cazamariposas en una mano y un bolsito de red para guardarlas en la otra. Al sacarla cayó al suelo un trocito de papel muy doblado. Lo desplegó: Regalada por F, primavera 1995, comprada en PRYCA los Patios «cazadora de sueños», revisión cardiólogo, hospital universitario, Málaga. Sacó otra muñeca de gran tamaño que llevaba un sombrero de tela. El papel decía: verano 1998, regalada por H, «no sin sombrero», traída de Canarias.

Una tras otra fue sacando y leyendo las papelinas. Las había de todos los lugares del mundo, de París, «una Madame Pompadour» maltrecha, la primera de la colección, 1963, regalada por el primo Pepito. Un deshollinador «que traía suerte». Una de Rusia, aristocrática muñeca de trapo con la que jugaban las niñitas rusas. De Japón, «con amor», regalada por R. Un guacho de Argentina, una cubana, una desde la plaza Nabona, «con cariño», de Kika. De esta el documento relatava que «en la tienda sólo dejaban pasar un número determinado de personas y que la cara era única y hecha a mano». Y



había más, una de Alemania, otra de Inglaterra, otra de Holanda, de Bélgica, de China, de Colombia, de África «a beneficio de una ONG de planificación familiar», una patinadora y hasta una de Finlandia con un poema, una tejida a mano en punto «de una paciente», un pepón comprado en una tienda de muñecas de la Gran Vía en Madrid.

Cada una de aquellas muñecas tenía su propia historia y su nombre. Hasta había alguna que él le había regalado. Todas tenían escondido en los refajos su fecha, la ocasión, una breve biografía y el nombre de quien se la regaló.

Había una particularmente descocada con un deshabillé negro transparente, tumbada de lado, fumando en boquilla. También estaban las regionales, una Fallera, una Lagarterana, una Gallega, una Asturiana, una de Cáceres con un sombrero de mil espejos, una bruja, un payaso, una vestida de flamenca. De esta se acordaba bien, la habían rescatado de un caja de basura en una calle de Nerja, frente a una tienda todo a cien de chinos. Tenía un mecanismo que no funcionaba; ella le había arreglado el vestido, puesto pendientes, collares y un abanico; aún recordaba la alegría que llevaban las tres parejas después de cenar y tomar unas copas. Una juega lo bastante gorda como para recoger muñecas de las cajas de basura entre risotadas. Había sido José Luís quien se la dio. Eran los tiempos en que se estaban emparejando José Luís y Gloria... Todo estaba brevemente relatado en el papelito.

Se quedó atónito delante de las cien muñecas, cada una con su historia. Se sintió idiota. Idiota por haber estado coleccionando frases de la vida de otros, sin darse cuenta de que a su lado alguien no estaba coleccionando muñecas, sino haciendo de estas las frases y los momentos propios de su vida.

Esa colección era su verdad, no la verdad de otros, en lugares y circunstancias lejanas y tal vez desfasadas y revisables. Volvió a poner primorosamente cada muñeca, con su trozo de papel, en su sitio.

Ya no parecían seguirlo con la mirada, ya no lo atormentarían cuando pasara por el pasillo.

Ellas habían hablado y le habían contado cosas insospechadas de la mujer con la que había compartido su vida. ¿De dónde habían salido tantos amigos, tantas amigas? ¿Quién le había regalado tantas muñecas?, que eran otros tantos momentos de su vida, una vida paralela, la cual, él, enfrascado en leer frases enlatadas, se había perdido.

Depuradora

Por José Vasanta

Virgilio se zambulló en el oleaje solitario del desierto por propia voluntad, no lo hacía por motivos esotéricos, inconfesables, como si acudiera a un campo de concentración, a las frías estepas, recluso por una autoridad superior con coercitivos y severos planes de exterminio, lavado de cerebro, cambio de personalidad.

Instaló la tienda con los pertrechos que llevaba lo mejor que pudo, en busca de sosiego, una muda nueva que lo catapultase a espejos galantes, áreas de descanso sin miasma envilecida, con centros prestos para depurar el material más corrosivo, y a renglón seguido configurar un interiorismo personal renovado, acorde con el sugestivo estilo de vida que se había propuesto, cansado de bucear por canonjías, cloacas, o célebres púlpitos.

Planificó un amplio abanico de sistemas indagatorios, cartas, manos, bendiciones del chamán, aquelarres, pócimas, nigromancia, hechicería, encantamientos, tradiciones con ungüentos de los ancestros entre otros rituales. Mas no le sonrió la suerte. Permanecía en la estricta nocturnidad, sin vislumbrar una estrella por el camino, un resquicio que elucidase los bancos de niebla, los acuciantes y broncos interrogantes que oprimían el pecho.

Antes de subir al tren rumbo a su catarsis, al oasis purgativo, había guardado en el archivo *borradores* de Windows:

Toñi, mi bien, como te decía (en el mensaje que voló), mordí los labios de las palabras que enviaste, la boca de tus frases, la lengua de los sentimientos, y, -torpe de mí, puedo contarlo, he vuelto a nacer, vivir-, al querer engullir todas a la vez me atraganté, con tan mala sombra que fui a parar a la vorágine hospitalaria, las urgencias del centro de salud, ante el oscuro pronóstico que apuntaba el liviano percance.

En tales circunstancias, me dije, alégrate, Virgilio, eres libre en este mundo de siervos, un hombre rico, poderoso, ¿quién como tú?

Imaginé que había dado el golpe del siglo a un banco emblemático, pintando de plata mi vida, llenando el furgón con docenas de sacas de libras y euros, auténticas montañas de oro; lo cual generaría en mí una confianza a prueba de bombas, permitiría afincarme en un tierno paraíso, iluminado por la clarividencia y savia de tus palabras, dormir en los laureles el resto de los días, inmune a la adversidad y abastecido de todo cuanto pudiere precisar para el cuerpo y el alma, sustento, vestuario, sueños, palmaditas en la espalda o caricias, aboliendo dudas y desalientos sin cuento.

Lo más apremiante para él, era, sin duda, purificar el mundo interior, comenzando por coger el toro por los



Max Ernst

cuernos, las zonas erróneas de la mente, fulminar las avispidas hierbas tóxicas que, en horas de cambio de turno de guardia, escalaron la tapia de la conciencia y han brotado indómitas, durante el otoño; llegan con fuerza de huracán, cual hordas salvajes que atacan a la desesperada, perforando el caparazón de los sesos. Por ello me desplazé muy de mañana al sitio que mencionaste para observar in situ el funcionamiento de la maquinaria y la garantía de los distintos tipos de depuradoras que oferta el mercado, que no se asemejan ni en fondo ni en forma a las máquinas ya consagradas, trapaperras, lavavajillas, o las propias lavativas.

La depuradora de uso personal, al igual que la de la planta depuradora en una gran urbe, precisa de una serie de requisitos para realizar su función; en primer lugar, colocarse en las raíces del problema, en el punto de encuentro de las aguas, que más tarde regarán el cerebro al abrir el grifo cada mañana a la vida, con objeto de filtrar la arenilla pensante acumulada, telarañas, diversos gránulos o empellones de ideas descascarilladas, rotas, que se han licuado por abandono o solidificado por la dureza ambiental, discurriendo sin remedio por las fibras nerviosas a través de sutiles canalillos o enormes acequias, que ahogan los brotes de tranquilidad, de agua clara, que alimenta pensamientos y los más tentadores proyectos. Me vas a permitir un breve ensayo con la depuradora, antes de incrustarme en las interioridades, poniéndome en sus manos, y una vez que se haya verificado la utilidad y puesta a punto de todos los ensamblajes del artilugio. Siempre con la esperanza de que el experimento tenga un final feliz.

Para abrir boca, no sería descabellado ejecutar unas puntuales muestras, a modo de un descafeinado cásting, con las líneas de algún conocido cerebro de las letras cuyas obras circulan por la red, como el libro – que acaso se ha impregnado de un contagioso virus oriundo de la alta montaña- que cayó en mis manos, y cuyo epígrafe declinaría citarlo en estos instantes por precaución, ya que puede cuasar trastornos pasajeros, y, por ello, te impulsa a que lo acerques a la depuradora para aliviar en lo posible el mal olor, aunque sería mejor borrarlo de un plumazo, y no andarse con rodeos, y se acabaría de una vez con el problema (Libro de Requiems), de Mauricio Wiesenthal:

«Ella tocaba el piano para que yo cantase a Tchaikovski. Y fue ella quien me enseñó a pronunciar en ruso la palabra amor, buscándola en los versos de Pushkin, en las páginas de Dostoievski, en Anna Karenina de Tolstoi y en las cartas de su juventud. Me acuerdo bien: liúbav, liúbov, porque ella cerraba siempre el sonido de la o no acentuada, considerándolo más elegante. Así aprendí que el amor, en ruso, es femenino, igual que el alma, el minuto, el dolor, el papel de escribir y el abedul. Todas las cosas importantes o bellas son femeninas en Rusia.

¡San Petesburgo! Magia de las noches blancas de junio, cuando se puede leer a Pushkin sin encender la lámpara, porque el sol nunca se oculta en el claro horizonte. Milagro de las noches de invierno, cuando las luces de gas se reflejan sobre las calles heladas, cuando se pueden seguir las huellas de Raskólnikov por los alrededores del viejo Mercado del Heno. Alegría de la primavera, cuando las aguas del Neva se rompen, como flores de nieve en un cuadro de Iliá Révin. Silencio sagrado del otoño, cuando los primeros aires tímidos se pasean por las fachadas de los palacios, por los canales dormidos, por las mansiones barrocas de la Moika, donde vivieron Pushkin y Esénin.

Me apasionan los rincones geográficos que tienen alma»...

Una vez que se complete el ciclo de prelavado, lavado y secado de la depuradora, introduciré mi cráneo a través de la gigantesca garganta con la ilusión y la esperanza de dibujar posiblemente los mejores horizontes e intenciones de los dioses de la primavera.

Una sombra inhumana

Por

Víctor Manuel Ramos



Afuera, los hombres clavaban.

Primero tres tablas, después otras tres, unidas a esas por un injerto de madera, crucificado entre la intersección de ambas, y, poco a poco, el conjunto tomaba la forma diamantina de un fétetro para un cuerpo delgado. Una caja de muertos.

La pusieron al sol, a ver si la madera resistía sin rajarse, y prepararon la tapa, del mismo contorno que el resto de la caja. El hombre descaimado que la terminó se sentó bajo la sombra insignificante de un árbol de pocas hojas, goteando el sudor. Se quitó la gorra, exponiendo un cabello negro y resbaloso, y miró al cielo que se asomaba más allá de los cohollos. Se dio cuenta de que Ramona, de entonces unos catorce años, lo miraba por la ventana como si estudiara su espécimen. Tomó la camisa, que llevaba en el bolsillo trasero de su pantalón y se la puso. La dejó desabotonada.

-Niña -le dijo-, no se preocupe, que su mamá se fue al cielo.

El hombre sudado apuntó a un conjunto de cirros lejanos y le dijo que los mirara, que las nubes estaban rizadas, y que eso se debía a que los ángeles pusieron una escalera hacia el otro mundo.

En eso, un jovencito llegó en burro, con un vestido blanco que el padre de Ramona encargó por algunas monedas, según se lo pidieron las mujeres que en ese momento rezaban la Salve con mucha convicción, *A Ti suplicamos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas*.

Una de ellas, de mirada larga como los años, tomó la vestimenta. La sujetó de las hombreras y, extendiendo sus brazos hacia arriba, dejó colgar el vestido para ver cuán largo era. Hizo gesto de aprobación y, exhibiendo una delicadeza admirable, lo sobrepuso sobre el cuerpo de la muerta.

Ramona volvió su atención hacia adentro y vio la chancleta vieja, cosida una y otra vez por los dedos largos de su madrastra, que todavía colgaba del dedo gordo de su pie derecho. En el atuendo blanco se reflejaba la luz vespertina, y Ramona se imaginó a la mujer caminando por entre la sierra, vestida con él. Pensó que de seguro no le gustaría tanto resplandor.

Fue en ese mismo reflejo disperso del sol, que rebotaba de aquel vestido y de la sábana que cubría la mesa, que Ramona advirtió una sombra inhumana entre el calor que los cocía a todos. Salía de entre las hebras desteñidas del pelo de la muerta, sujetado todavía por un moño que le servía de almohada.

Era una mancha que se desbarataba, harta de la sangre vieja y estéril que ahora era sustancia venenosa, y se regaba sobre la sábana blanca, buscando otro anfitrión, como la vida que horas atrás se marchó. Eran los piojos que, llevados por el instinto, huían de aquel cuerpo.

* De la Blogonovela «La vida pasajera»
<http://lavidapasajera.blogspot.com/>

Catáfilo

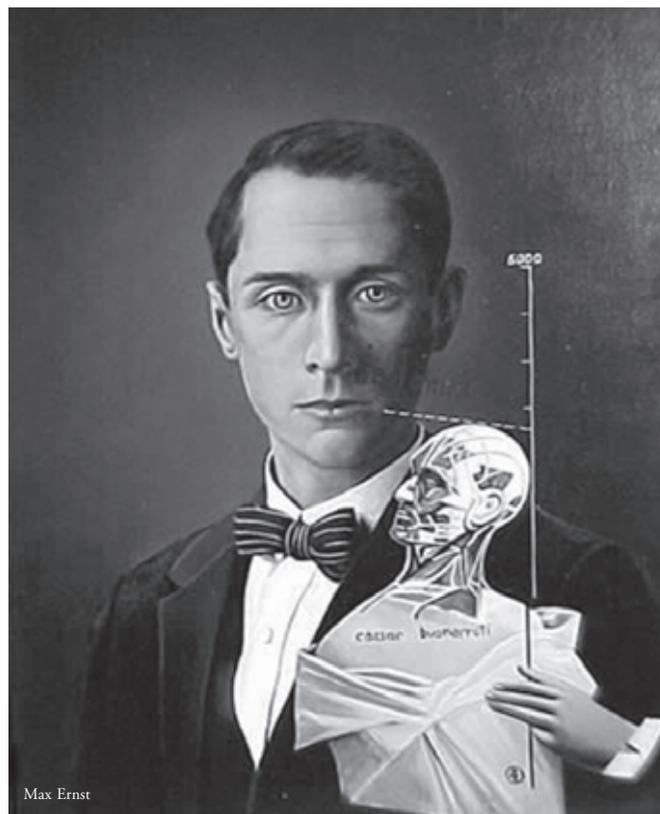
Por Franjamares

He soñado con él, padre prior, pero más que un sueño ha sido un diálogo muy real en la noche de mi celda. Lo he visto, ha estado hablando conmigo durante horas, sin parar, sin cederme apenas la palabra, agazapado a mi insomnio sin dejarme pegar ojo. ¡Claro, como él dispone de todo el tiempo del mundo! Bueno, de todo no, sólo hasta el retorno de nuestro señor, hasta el final de los tiempos o de la era, o de lo que sea, padre prior, por que ese hombre con rostro y manos de santo me contó tantas y tales cosas que me han dejado confundido.

Me dijo que se llamaba Catáfilo, aunque su primer nombre había sido Ausero, que venía de los Estados Unidos, donde le habían sucedido cosas horribles. Pero antes había recorrido el mundo entero, arrastrando su condena, errando sin lugar fijo donde echar raíces, sin una familia concreta, pateando todo el orbe durante su larga y prolongada existencia. Estuvo en Hamburgo, en Viena, en Lubeck, en Praga, en Baviera, en Bruselas, en Leipzig, en París, en Stamford, en Astrakán, en Munich, en Altbach... saltó luego a América y estuvo en Miami, en Quito, en Bogotá y Pereira... y regresó a Europa y pasó por Estambul... y por aquí, por Toledo, su ciudad favorita, en la que vivió hace muchos años y a donde suele retornar de cuando en cuando atraído por las únicas saudades que brotan de su atormentada alma.

Ahora mismo se encuentra aquí. No logro entender, padre prior, por qué me ha elegido a mí, a un humilde fraile como yo, por qué estrecha mi mano con la suya, la misma mano que tocó a Jesús en la cuesta del calvario; por qué vierte sus palabras en la intimidad de mi embeleso, con los mismos labios que atosigaron a Cristo con prisas mientras cargaba con el madero; por qué parece oírme con los mismos oídos que escucharon del Señor: «iré más rápido, pero tú deberás esperar hasta que yo regrese».

Pues aún sigue esperando, padre, y la fatiga apenas marchita su rostro de cuarentón eterno, aunque ya se hace manifiesta en sus ojos deslucidos, cansados. Me contó un episodio inquietante. Resulta que cuando estuvo hará unos siete años en Turquía, durante la fiesta anual de los judíos sefarditas en Ispahán, un caluroso día de Agosto, conoció a un importante broker de los Estados Unidos, propietario en New York de una planta entera en una de las Torres Gemelas, fatídicamente derribadas. Me dijo Catáfilo que hicieron una amistad inmediata, como si los atrajese una afinidad extraña, el destino de un pasado común, acaso. Así que Leopoldo le propuso (este es el nombre del broker) que trabajara para él en sus oficinas durante algún tiempo,



tal vez un par de años, que haría dinero rápido y de este modo podría seguir con su vida peregrina (de la que decía tener envidia) mucho más desahogado, con las alforjas llenas.

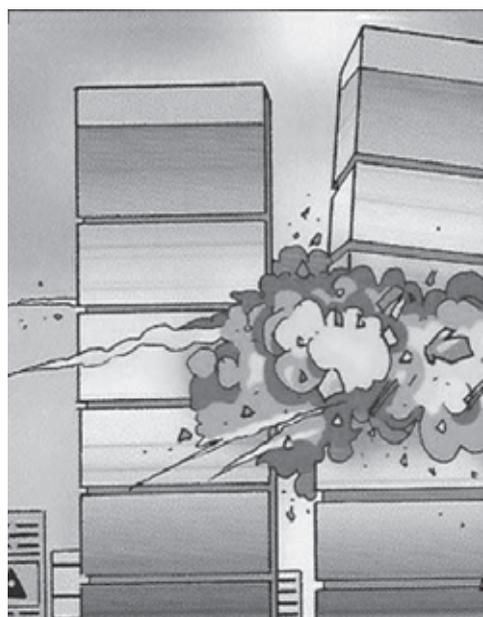
Le aburro, padre. Conozco ese gesto suyo. Sé perfectamente que está usted interesado en lo que digo. Sabe, desde que le diagnosticaron esa enfermedad que le aqueja, y que desvanece sus recuerdos, muchos opinan que usted apenas siente ni comprende, que es como una planta... ¡Qué equivocados están! Usted sabe de lo que le estoy hablando y además le gusta escucharme.

Seguiré entonces con Catáfilo. Comenzó a trabajar en el World Trade Centre, el complejo económico más poderoso del mundo, en la Torre Gemela número 1, en el despacho de su nuevo amigo de origen sefardita Leopoldo. Y todo iba de maravilla, a excepción de la comida (decía no acostumbrarse a esas pitanzas rápidas y estresantes), hacía buenos negocios, ganaba buenas sumas, hasta que un día, poco antes de las 9 de la mañana, sucedió lo que todo el mundo conoce y hemos visto mil veces repetido. De los centenares de judíos que trabajaban en aquel complejo World Trade Centre, ninguno fue víctima del 11-S, pues ninguno acudió a trabajar ese día, a excepción de Catáfilo. Éste, en la tarde y la noche anterior a la catástrofe, había recibido en su móvil varias llamadas y mensajes de Leopoldo, pero se negó a contestarlas ya que estaba un poco harto de ese aparatillo de los cojones, y andaba a esas horas por Central Park dándole de comer a los patos y observando con interés humano, no sexual (hay cosas que no cambian con los siglos), a las parejas de tórtolos enamorados retozar sobre el césped. Las llama-

das y los mensajes posteriores (hasta tres) eran para decirle que se tomara el día libre y no fuera a trabajar a la mañana siguiente. Él fue el único judío que acudió a su puesto de trabajo y fue el único también de su casta que perdió la vida en aquel macro atentado.

Bueno, padre prior, he de decirle que no perdió la vida, que salió indemne del infierno, protegido por la providencia de entre aquellos impresionantes fuegos a miles de grados, de entre las explosiones concatenadas (demolición controlada, me aseguró) que a remate echaron abajo los tres edificios. Y que salió de la colosal nube de llamas, humo y polvo, tan desconcertado y dolorido como un bombero más de la gran manzana, pero vivo, vivo y a salvo. Porque ahora sé, padre prior, que no se trata de una leyenda, que Catáfilo está condenado a vivir errando hasta el fin de los tiempos, hasta la segunda venida de Cristo, hasta la Parusía. Así es, padre. Fecha que según me confesó, cuando apuntaban ya las luces del alba sobre los muros del patio, no tardará mucho en acontecer, aunque usted y yo tal vez no la veamos.

También me reveló un sucio secreto: quién está detrás de todo eso, quién de veras ideó y organizó el atentado de Word Trade Centre y del Pentágono, en donde murieron más de 3000 personas y que ha sido el detonante de las guerras que hoy padecemos. Pero esto, padre prior, se lo contaré mañana, que ya lo encuentro cansado.



Dos versiones literarias sobre el final de Hitler

Por Miguel Ángel Jiménez

EL DILUVIO I (Hitler, el final I)



El hombre que lo había sido todo para Europa (tirano, genocida, señor de la guerra), se miró al espejo y vio ante sí, no al vigoroso líder del pueblo alemán, sino a un anciano decrepito, el rostro muy pálido, arrugas bajo los ojos y un pronunciado temblor en la mano izquierda. Sólo la antigua fuerza de su hipnótica mirada se mantenía. Observándose, se dijo: «Si Alemania pierde esta guerra, demostraré que es indigna de mí».

Fuera, el diluvio de bombas rusas arreciaba en todo Berlín, haciendo estremecerse el bunker de la Cancillería. Hitler fue a acariciar a Blondie para tranquilizarse y se dispuso a celebrar su cumpleaños. Aprovechando un momento de calma, pudo salir a respirar unas bocanadas de aire fresco a los jardines del exterior. El aspecto que le ofrecía la ciudad distaba mucho de la gloriosa capital imperial que él había soñado. El cielo tenía un color anaranjado, reflejando múltiples incendios y solo se divisaban edificios en ruinas. Trató de abstraerse de la realidad y se dirigió hasta sus invitados, sus más valientes soldados, un grupo de niños de no más de trece años que se había distinguido en la defensa de la periferia de Berlín. El Führer pasó revista a la formación. Los adolescentes le devolvían la mirada con una mezcla de terror y adoración. «¿Cuántos tanques has destruido?», le preguntó a uno. «Cinco, mi Führer», contestó el chiquillo. Hitler le condecoró tembloroso, «sigue así, muchacho, sigue así, vamos a echarlos de aquí». El muchacho abandonó por un momento su postura marcial y con unos ojos suplicantes y llenos de lágrimas, rogó: «quisiera volver a ver a mis padres, señor». Hitler hizo como que no escuchaba y volvió lentamente hacia el bunker. La granizada de bombas volvía a caer cerca.

Las súplicas del chiquillo le hicieron recordar un episodio que había intentado expulsar de su memoria pero que ahora volvía a surgir con fuerza inusitada. Fue en Hamburgo, durante una visita que realizó a la población para interesarse por las víctimas de un devastador bombardeo. Una mujer, que hasta aquella noche había creído en él, sorteó a los escoltas y logró llegar hasta él. Le contó la historia de su hija, víctima de la tormenta de fuego provocada en toda la ciudad por el lanzamiento de toneladas de bombas incendiarias. Tratando de escapar del sótano de la casa, que empezaba a arder, la chiquilla quedó atrapada en el asfalto que se estaba fundiendo debido al inusitado calor. Como en unas arenas movedizas, la niña fue engullida lentamente por la misma ciudad en la que



había nacido. «Aquí bajo nuestros pies reposa, mi Führer». Hitler se limitó a prometer una ayuda que finalmente llegaría con cuentagotas y trató de subir la moral de la población prometiendo bombardeos de represalia. Aquella niña aria, sacrificada en su guerra particular volvía a atormentarle. En aquel mismo momento podía ordenar la rendición del ejército, terminar con una guerra que sabía irremisiblemente perdida desde hacía tiempo. Pero no lo hizo. Le fascinaba el inmenso poder que seguía irradiando. El poder de decidir la muerte de razas enteras y de solicitar el sacrificio de su propio pueblo. El poder de

observar con satisfacción cómo la inmensa mayoría de sus súbditos seguían obedeciéndole aunque no creyeran ya en él. Volvió a imaginar la Europa por la que había luchado, una Europa pura, dominada por la raza aria, sin judíos y con los eslavos esclavizados bajo el yugo alemán. «Un hermoso sueño», se dijo.

Esa misma noche, una de las últimas de su vida, soñó con la niña de Hamburgo. Surgía de la tierra, quemada por el asfalto y con una mirada terrible y acusadora, le señalaba a él, provocándole un terror indescriptible. Detrás, millones de almas esperaban su turno.

EL DILUVIO II (Hitler, el final II)



Cuando regresaba a Berlín para hacerse cargo de la defensa de su capital, un coronel de las SS comentó: «Berlín será el más práctico de nuestros cuarteles generales, ya

que pronto podremos ir en tranvía al frente del Este y al frente del Oeste». Hitler se partía de la risa y ascendió al coronel a general por tan jugoso comentario. En su filosofía no cabía el pesimismo y estaba convencido de que iba a ganar la guerra. La circunstancia de que rusos, ingleses y americanos estuvieran invadiendo Alemania con bastante éxito era considerado por él como «dificultades pasajeras». De hecho estaba escribiendo un libro de autoayuda para dictadores y en aquel momento anotaba en su cuaderno: «Entre fraudes electorales, golpes de estado, desastres militares, bombardeos terroristas y atentados contra tu persona, la dictadura pasa como un suspiro...» Cerró la libreta como nostálgico. Su heroica epopeya estaba llegando a su fin.

Al llegar, encontró la ciudad algo alicaída, quizá debido al diluvio de bombas que tiraban los rusos, algo picados por la invasión sufrida cuatro años atrás. «¡Qué rencorosos!», pensó, «y tener que venir yo a ocuparme de esta tontería...» En el bunker encontró a algunos generales bajos de moral. Decían que algunos berlineses querían huir. «Vaya, vaya, no os preocupéis, que ya está aquí vuestro viejo tío Adolf». «Solo medidas de bárbara dureza pueden salvar a Alemania y estimular a sus soldados» «¿Qué les parece si proclamo a los cuatro vientos que si ganamos me afeito el bigote?, o mejor ¿y si organizamos una cabalgata por todo Berlín, un desfile de carrozas en

el que vayamos repartiendo caramelos? Podríamos llamarlo el día del orgullo nazi» Hitler no podía quedarse sentado, algo tenía que hacer para ayudar a su pueblo, pues se sentía algo responsable de sus males. Había tenido un malentendido con Stalin. «Cuando expresé mi firme voluntad de arrasar Moscú y Leningrado se me entendió mal, en realidad quería decir «abrazar»». «Así, cuando entramos para abrazarnos como hermanos con los rusos se nos recibió con mala cara. Una cosa llevó a la otra y al final tuvimos esta aburrida guerra, que ya empieza a resultar un poco pesada». A todo esto avisaron al Führer de que tenía una conferencia con Mussolini. Al tomar el auricular encontró a su amigo un poco consternado: «¡Benito, hombre ¡¿Qué tal te va, sinvergüenza? A ver cual de los dos dura más, jajaja. Espero que tus camisas negras estén un poco menos blandengues que de costumbre. Menudo aliado que me busqué...»

En aquel momento se cortaron las comunicaciones en el bunker. Los rusos disparaban directamente a la Cancillería. Hitler se enfadó bastante por la descortesía y expresó su firme convicción de no invadirlos más, por maleducados. «¡Eso no vale, encima de que todos van contra mí me bombardean mi propia casa! ¡Yo así no juego!»

Como se aburría, decidió organizar su boda con Eva Braun, por pasar el tiempo. Tras una noche de despedida de soltero sin alcohol ni mujeres y con comida vegetariana, llegó el gran día. El juez que celebraba el casamiento les preguntó a los contrayentes si eran de raza aria pura. Hitler, jugueteón, casi revela que su padre era judío, pero logró callarse, tapándose la boca de la risa. Dejó la tarea de descubrir ese detalle de su biografía a los historiadores. La boda fue una boda de tronío. Se llevaron a la novia aparte, y tras comprobar su virginidad, una de las secretarias salió con una toalla manchada de sangre, los miembros de la SS y generales presentes se rompieron la camisa entre exclamaciones. La fiesta fue tan animada que hasta se descorchó una botella de champán. El romántico Hitler no le dio a elegir el destino de su viaje de novios a su esposa, aunque si que le dejó escoger el medio de transporte. «¿Prefieres veneno o pistola, cariño?»

TABLÓN DE COMPLICIDADES



¿Es Usted un ciudadano normal, o todavía piensa?

NX

NEXOGALERÍA DE ARTE

ARTE CONTEMPORÁNEO/PRÍNCIPE 12 LA HERRADURA

ARTE
ARTES LIBRES
ARTES LIBRES
LIBRES ARTES
LIBRES ARTES
LIBERARTE
LIBERARTE
LIBRARTE
LIBRARTE
LIBRA TE
LIBRATE
LIBRE
LIBRE



... ..
¿ARTES?...
¿LIBRES? ...

www.arteslibres.net

Espacio libre, abierto y gratuito para descubrir la producción artística de personas interesadas en mostrarla. Para enviar material para la web (fotos, textos, música) nekovidal@arteslibres.net

"escribir es jugar, escribir es vivir, escribir es gozar"

Taller de Proyectos
Un sábado al mes, de 19 a 22 h.
En el taller trabajamos la fase de gestación y desarrollo de un texto. En este taller jugamos con las palabras, los experimentamos, descubrimos, nos damos cuenta de cómo nos relacionamos y cómo todo, escribimos.

Taller de Escritura Creativa
Viernes de 19 a 22 h.
El duende en la palatra

Coordina: Ricardo Sanz
Tel: 952 524 233
eduardo@palatra.com



Tertulia Viernes

Tertulia ENTRELÍNEAS,
Nerja
Todos los Viernes, 20 h.
Centro Municipal Usos Múltiples,
C/ Carabeo, Nerja



Tertulia Revista **VOCES**
Todos los sábados, 18,30 h.
Casa de la Cultura, 2.ª planta
Almuñécar

Sé Lector
de Arte, Ocio y Cultura

Almuñécar, La Herradura, Frigiliana, Maro, Nerja, Torrox

Sé Lector

Revista de Arte, Ocio y Cultura
Almuñécar, La Herradura, Frigiliana, Maro,
Nerja, Torrox...
e-mail. revista.selector@gmail.com

Jamás me suscribiría a una revista que aceptase a los lectores como yo.

ASOCIACIÓN
AMIGOS DE LA HERRADURA

III Certamen de Poesía
Información Telf. 666 377 278

Sobre los Autores

Juan Manuel Alaminos: Almuñequero. Licenciado en Derecho, miembro fundador de la revista *VOCES*, músico y cantautor, autor del disco DC: *Alaminos*.

Miguel Ávila Cabezas: Granada, 1953, poeta y profesor de Literatura. Dirige la colección de poesía *Palabras Mayores* de la Ed. *Alhulia*. Autor entre otros de los libros: Poesía: *Aguas Salobres, La Casa del Aire, Un Viento Clandestino, Mas no Desotra Parte, Anfa*. Aforismos: *Loquinarias*.

Pilar Barrenechea: Pertenece a la asoc. *La Aventura de Escribir* de Nerja. Ha publicado su obra narrativa en la revista *VOCES*.

María Bueno: Nerjeña, colaboradora de las páginas literarias de *EL FARO*.

Juan Bruca: Burdeos 1925. Escritor-traductor bilingüe. Premio de Novela Negra (Caín-Gallimard, 92) por *Reflets dans un Oeil Froid (Reflejos en una Mirada Fría)*. Ha publicado en revistas como *Caín, XYZ, NYX, Albatros, Noroît*. Es miembro fundador de esta revista, colaborador de *EL FARO* de Motril y autor del libro *Novelas non Ejemplares* (Úbeda 93).

Lola Carmona: Profesora. Miembro de la Asoc. *La Aventura de Escribir* de Nerja.

Helena Cosano: Escritora nacida en Nueva Delhi. Diplomática desde 2004. Autora de la novela *Tres reencuentros y nueve días de amor teóric* y del libro de relatos *Mariposas*.

Jean Defrancisco: Pintor, escultor y escritor francés afincado en Almuñécar. Autor del blog *El pájaro azul*.

Juan Diego: Granada, 1978, Profesor de primaria, con estudios de ciencias religiosas. Poeta.

Vichy Fernández: Profesora. Cofundadora de la Asoc. *La Aventura de Escribir* de Nerja. Ha publicado su obra en diversas publicaciones.

Franjamares (Fco. Javier Martín Franco): Granada, 1964. Miembro del consejo redactor de esta revista y director de las páginas literarias de *EL FARO*. Tiene publicado el cuento *El Abuelo* y de las novelas: *La muerte Roja, El tranquilo y La Rapsodia Final*.

Alicia Gaona: Ha pasado su vida entre la Argentina y España, colaboradora habitual de las páginas literarias de *EL FARO*.

Alejandro García Boyano, Madrid 1938, vivió en el Sahara español durante diez años; el desierto, mágico lugar, marcó su obra literaria. Es cofundador y miembro del consejo redactor de esta revista, colaborador de el periódico *EL FARO* Y autor de los libros: *Voz de Silencios, ¿Conoce el poeta?* y *Buscando cariños*.

Elmys García Rodríguez: Holguín, Cuba, Ha publicado su obra poética en España en revistas como *Arboleda, Voces...* y otras.

Jenny: Nacida en Bélgica, residente en Nerja desde hace años, miembro de la Asoc. *La Aventura de Escribir* de Nerja.

Miguel Ángel Jiménez: Malagueño, licenciado en derecho, colaborador habitual de las páginas literarias de *El Faro*, autor del blog "El hogar de las palabras".

Joaquín López Martín: Almuñécar 1956, con estudios de Biología, ha colaborado en distintas revistas literarias. Miembro del consejo redactor de *VOCES*, colabora habitualmente en las páginas literarias de *EL FARO* de Motril.

Luis A. Maldonado: Músico y cantautor argentino-español, autor del CD "*El Chamán*".

Mari Carmen Martínez, Licenciada en Medicina. La literatura supone para ella el equilibrio perfecto de su profesión rigurosa y científica. Colaboradora habitual de esta revista y del periódico *EL FARO*.

Juan López: Traductor. Políglota. Con estudios de filología inglesa.

Pamela Pérez Bernal (Rosa de Nácar): Valparaíso (Chile). Licenciada en Bellas Artes, pintora y poeta. Fue miembro del taller literario *Sin Fama* en Chile. Ha participado en distintas publicaciones y en libros como: *De Raíz,, Mujeres del Mundo y Asparkia*.

Begoña Ramírez: Almuñécar, 1964. Con estudios de Psicología en la Universidad de Granada y en la UNED, es colaboradora habitual de esta revista y del periódico *EL FARO*.

Víctor Manuel Ramos: Periodista y escritor, oriundo de República Dominicana y radicado en Estados Unidos. Autor de los Blogs: "*Libro Abierto*" y "*Cuentos agrícol*", de la blogonovela "*La vida pasajera*" y del libro de relatos *Morirsoñando*.

Pilar Redondo (Cuba Pareggi): Nació en Zaragoza. Profesora de Inglés. Desde los años 80 viene colaborando en distintas revistas y publicaciones literarias. Ha publicado recientemente el poemario *Azul acero*. Es cofundadora y miembro del consejo redactor de esta revista.

Mariló Rodríguez Díaz: Licenciada en Filología Inglesa, colaboradora habitual de la revista *VOCES* y de las páginas literarias de *EL FARO*. Su poesía aparece en los libros. *Amor Olvidado* y *Sentimientos Enfrentados*.

Manuel Sánchez Mariscal: Arcos de la Frontera, 1942. Poeta. Cofundador de la revista *LIZA* en su ciudad natal, colabora en diferentes revistas poéticas españolas y foros latinoamericanos. Autor de los libros: *Sombras y Detrás de los Cristales*.

Ricardo Sanz: Coordina el lugar para la escritura creativa *El duende de las Palabras* en Nerja, donde organiza talleres, maratones y otras actividades relacionadas: Tiene publicado el libro de microrrelatos *Microbios*, y varios conjuntos con sus compinches de *La Aventura de Escribir*.

Marisa Sendón: Nació en Santiago de Compostela, desde los años 90 viene colaborando en distintas publicaciones y revistas literarias. Autora entre otros de los libros: *Lo que veo, Lee Mis Palabras, Poema de Niños y para Ellos*. Cofundadora de la revista *VOCES*.

Marina Tapia Pérez: Nació en Chile. Pintora y poeta. Vive en Madrid desde el año 2000, donde participa en distintas actividades culturales.

María Tremiño: Nació en Valladolid, con estudios en Pedagogía y Dramaturgia, es colaboradora habitual de esta revista y del periódico *EL FARO*.

Vanessa Vallejo: Almuñequera. Profesora de educación primaria. Autora del libro: *Historia de mi época triste*.

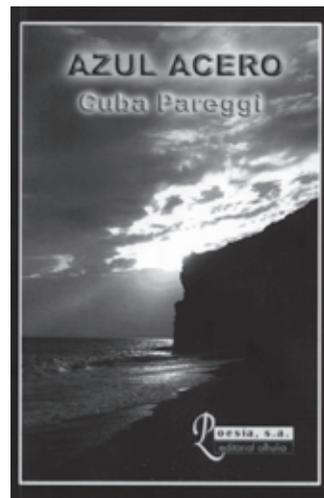
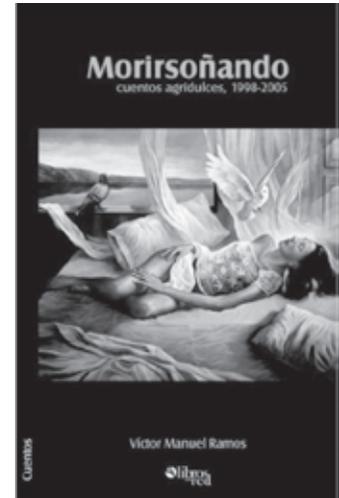
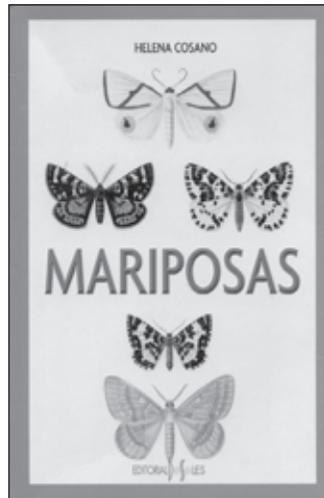
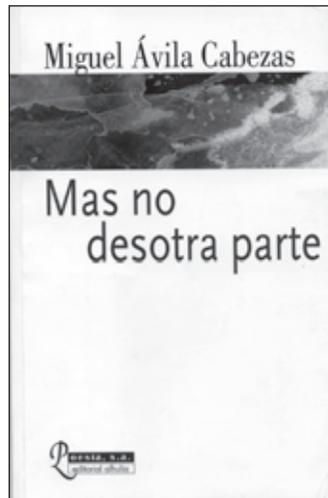
José Vasanta (José Guerrero Ruiz): Los Guájares (Granada), 1940. Es Licenciado en Filosofía y Letras (Sección de Filología Románica). Es miembro del consejo redactor de *VOCES*. Sus relatos aparecen en el libro "Tras la pasada tormenta"

Dolores Valero: Almuñequera. Aficionada a la poesía y a la escritura en general.

F Antonio Vidal Seara (Nekovidal): 1959; ha vivido entre Montevideo, Orense, Tokio, Madrid y Nerja. Escritor, escultor y pintor. Dirigió la revista *EN* (1982-84). Ha publicado entre otros los libros de aforismos: *Antimimetismos* y *Anábasis*; y de relatos: *Cuanto de Nunca Acabar* y *Oficio de Bravezas*. Dirige la web: www.arteslibres.net.

LEER con **VoCES** y sus autores...

CUADERNOS DE LITERATURA



BLOGOTECA **VoCES** para leer a nuestros autores también en Internet

CUADERNOS DE LITERATURA

